

WYNALIDADO
ARGENTINAS
1800-41030

A. J. Perez
Análisis de



EUPHONIA

CAPÍTULO III

MENTALIDAD DEL GAUCHO

1. *Gauchos y paisanos.*

Las modificaciones introducidas en la industria europea del tejido hacia la sexta década del pasado siglo, en tanto requerían lana larga, repercutieron en nuestro país produciendo tanto la selección y perfeccionamiento de las razas ovinas, como un notable incremento de la producción lanera. La excelente y útil monografía de Giberti¹ sintetiza bien la situación: en 1850 se exportaron 7.681 toneladas de lana; en 1855, 12.455; en 1858, 18.950 y en 1875, 90.720 toneladas. Vale decir que en veinticinco años las exportaciones aumentaron en un 1.180 por ciento.

El incremento ovino no supone por cierto, abandono de la antigua riqueza bovina. También reproduce Giberti, sobre el particular, una observación de Jurado² que señala la relación entre ambas riquezas ganaderas durante el periodo 1852-1873: en el bienio 1852-1853 los productos ovinos exportables alcanzaban un cuarto del valor de los bovinos; en 1862-1863, los valores exportables de ambos se igualaban; y en 1872-1873 los ovinos

¹ GIBERTI, HORACIO, *Historia económica de la ganadería argentina*, Buenos Aires, ed. Solar/Hachette, 2ª ed., 1961, pp. 152-153.

² JURADO, JOSÉ MARÍA, *vide Anales de la Sociedad Rural Argentina*, t. IX, 1875.

producen un 50 a 60 por ciento más que los bovinos. Y Jurado puntualiza: "Esto no quiere decir que las vacas hayan quedado estacionarias en los valores que producían, porque entre 1853 y 1863 aumentaron esos valores en un ochenta por ciento y de 1863 a 73 en otro tanto, pero las ovejas aumentaron en la primera década un setecientos por ciento y en la segunda un trescientos por ciento aproximadamente".

El frenesí ovino se mantuvo a pesar de los inconvenientes. En 1868 los Estados Unidos establecieron ciertas restricciones aduaneras que hicieron peligrar nuestros productos lanares; pero entonces los criadores de ovejas buscaron una salida por las graserías. Mariano Balcarce calcula que llegaron a sacrificarse en graserías quince millones de reses ovinas, y hay quien asegura que, entre 1868 y 1874, se llegó a cambiar ovejas por gallinas en proporción 1 por 1. De cualquier manera, lo cierto es que las ovejas ocupaban día a día más superficie, desplazando a las vacas a zonas más alejadas: esto se debió al conocido fenómeno de que la vaca transforma las praderas y mejora los pastos; y así, más o menos cada lustro, las delicadas ovejas copaban campos refinados por las aún toscas vacas de largas guampas. Los choques de intereses entre criadores de vacas y de ovejas fueron hartamente comunes, y las rencillas alternaban cotidianamente con el abigeato; a estas rivalidades se sumó bien pronto la tirria de los ganaderos contra los agricultores; y cada vez se hacía más necesario delimitar las tierras, tanto para evitar las incursiones de ganados por campos ajenos cuanto los arreos a campo traviesa, estos últimos a menudo malintencionados, que ocasionaban pérdidas, disgustos y conflictos.

La valiosa contribución de Sbarra³ sobre la historia del alambrado, informa que, si bien en 1845 se rodeó

³ SBARRA, NOEL S., *Historia del alambrado en la Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955. Hay edición EUDEBA, Buenos Aires, 1964 (Biblioteca de América, Libros del Tiempo Nuevo, n° 26).

la huerta y jardín de la estancia Santa María de Richard B. Newton con un alambre de un dedo de grueso, solo en 1855 se llevó a cabo el primer ensayo serio de cercar parcelas importantes con alambrado de cuatro hilos; esta innovación fue debida al cónsul prusiano Francisco Halbach, quien la introdujo en su estancia Los Remedios, con gran aplauso de Sarmiento por haber osado [*sic*] cercar con alambre su estancia. Por su parte, agrega Giberti⁴ que hasta entonces solo se separaban algunas parcelas destinadas a la agricultura por medio de fosos y cercos de espinas —en el centro y Noroeste con pircas—, recordando que en los *Anales* de la Sociedad Rural de 1883 se destacaba: "Hasta el año 1875 nuestros ganaderos vivían poco menos que a la buena de Dios"; y es claro que eran cosas comunes el abigeato y la invasión de intrusos en los campos de mejores pastos. Según Giberti, es el aumento de ovinos lo que apura la necesidad de alambrear; como hemos dicho ya, creemos que concurieron otros factores. Pero lo importante es que proliferó el alambrado en poco tiempo: la importación de alambre correspondiente al cuatrienio 1877-1881 alcanzó a 55.645 toneladas, cantidad suficiente para alambrear un perímetro de más de sesenta kilómetros.

Los primeros alambrados, sin embargo, exigían mucho trabajo y resultaban costosos, pues era casi imprescindible guarecerlos por una zanja paralela, a fin de que el ganado no los volteara arrimándose a ellos para rascarse. En 1878 Mariano Zambonini expuso en Palermo, por primera vez, una muestra de alambre de púas, solución radical para que el ganado buscara otras formas de quitarse los pruritos; pero no tuvo inicialmente éxito alguno, y su aceptación universal fue muy lenta. Aun en 1902, la Sociedad Rural Argentina debió responder a una consulta del gobierno sobre la conveniencia de "prohibir el uso de alambres de púa en los cercos contiguos a los caminos públicos para evitar las heridas de

⁴ Vide GIBERTI, H.: *Historia económica*, p. 154.

los animales en tránsito, que acarrea la inutilización de muchas pieles⁶. Entonces la Sociedad Rural dio el *placet* al punzante alambre, rechazando de plano la posibilidad de tal prohibición. Y la pampa comenzó a erizarse de púas hirientes...

Se acabaron, así, las bien remuneradas tareas de los 'zanjeadores' (en su mayoría vascos e irlandeses). Redujéronse proporcionalmente los largos rodeos, las mañaneras 'campiadas' y las 'recogidas' de que habla Ascasubi⁶, y el plácido andar por la pampa a campo traviesa con el ganado, que tanto impresionó a Cunninghame Graham⁷. El hombre de campo se vio precisado a agregar a su apero dos nuevos elementos característicos: la 'california' y un perno para estirar el alambre. Sbarra⁸ reproduce una estrofa de *Campo de Buenos Aires* de Miguel D. Etchebarne, que describe al 'mensual' de la pampa contemporánea:

"tenía un recado sencillo,
corto, a la usanza surera,
y al borde de la encimera
la california tocaba
con ruido seco de aldaba
la llave torniquetera⁹."

⁶ Vide SBARRA, N. S., *Historia del alambrado*, pp. 74-77 (ed. EUDEBA, pp. 96-97).

⁶ ASCASUBI, HILARIO, *Paulino Lucero* (1843), *Aniceto el Gallo, gacero prosista y gauchi-poeta argentino* (periódico de 1854, y extracto editado en París en 1872), y *Santos Vega* (1872). Una eficiente y cuidada selección de estas obras, con prólogo de Jorge Luis Borges, ha sido editada por EUDEBA, Buenos Aires, Serie del Siglo y Medio, n° 15, 1960.

⁷ CUNNINGHAME GRAHAM, ROBERT B., *El Río de la Plata*, con estudio preliminar de Sanín Cano, Buenos Aires, 1932. Hay selección correcta de Antonio Aita en edición Peuser, Buenos Aires, 1955. También en Busaniche (*Estampas*).

⁸ SBARRA, N. S., *Historia del alambrado*, p. 76 (ed. EUDEBA, p. 103).

⁹ La supuesta 'llave' es un perno agujereado.

Tras esta breve introducción, volvamos a comparar rápidamente las realidades argentinas que vieron, respectivamente, Hutchinson y Bryce, referidas ahora solo al ámbito rural. Hacia 1865 la campaña estaba poblada de unos vacunos criollos enjutos, de patas largas y enormes guampas, que debían terminar sus andanzas en el saladero¹⁰. Algunas parcelas se araban con elementos rústicos, casi totalmente de madera, y se defendían mediante fosos y ramas. En 1876 Adolfo Alsina, como ministro de Guerra del presidente Avellaneda, contrató al ingeniero francés Alfred Ebelot para que construyera una zanja de tres metros de ancho por 2,15 metros de profundidad desde Fortín Guerrero (sur de Córdoba) hasta Bahía Blanca: el célebre 'zanjón de Alsina' quiso indicar que allí terminaba el país civilizado; más allá, solo había desierto poblado de indios belicosos, con algún fortín aislado que resguardaba la frontera. Apenas se había iniciado la inmigración; prácticamente no había colonias¹¹. El agua se extraía de los pozos con baldes de cuero más o menos ingeniosos, que Sbarra ha descrito bien¹². Las posibilidades —y por mucho tiempo hasta las perspectivas de circulación interna en tan vastos territorios, eran nulas¹³...

Saltemos ahora hasta 1910. Alambrados, molinos, ferrocarriles, telégrafos, proliferación urbana, multiplicidad de utensilios para los usos más diversos, desaparición del indio, supresión del bandidaje fronterizo, ejército regular y consiguiente fin de 'levas', colonización, agricultura intensiva, granjas, tambos, ganados de pedigrée, poblamiento de ovinos... Sin duda, el cambio operado

¹⁰ Véase fotografía y descripción de un vacuno de 1860 en GIBERTI, H., *Historia económica*, p. 114.

¹¹ Sobre colonización, vide SCHOFFLOCHER, ROBERTO, *Historia de la colonización agrícola en Argentina*, Buenos Aires, Raigal, 1955.

¹² SBARRA, N. S., *Historia de las aguadas y el molino*, La Plata, El Jagüel, 1961, cap. III y IV.

¹³ Cf. BARBA, ENRIQUE, M., *Rastrilladas, huellas y caminos*, Buenos Aires, Raigal, 1956.

en la vida rural ha sido grande, intenso, radical. Y ese pavoroso cambio modificó, claro está, al tradicional poblador de nuestros campos. A propósito, declara Giberti en tono apodíctico, haciéndose eco de una creencia generalizada: "Los hilos del alambrado dan también el golpe de gracia al gaucho, que finaliza inexorablemente su vida andariega y ociosa"¹⁴.

Esta afirmación, sin duda harto significativa, no es caprichosa, trasnochada, ni tampoco original; por el contrario, se acepta universalmente. Pero cabe preguntarse si por sabida y aceptada es proporcionalmente veraz. Para ello, conviene analizar qué es eso que se llama *gaucho*, o mejor, y para ser más precisos, qué ha sido sucesivamente eso que llamamos *gaucho*.

Si, con la inmensa mayoría de sus coetáneos, damos crédito absoluto al parecer de Wernicke¹⁵, seguramente coincidiremos con Giberti en que la vida del gaucho era "andariega y ociosa". La *élite* a que pertenecía Wernicke entendía, por concentración de las ideas circulantes en los ámbitos de su clase y del porteño, que *gaucho* tenía sinonimia intrínseca con 'vago'. Para el porteño acomodado, tanto de la *élite* cuanto de la burguesía ascendiente, el gaucho no era el peón de campo, sino el orillero de los mataderos suburbanos y, por gratuita extensión, el bandido rural. Y como los patrones de estancia llamaban comúnmente así, en la provincia de Buenos Aires, a todo malhechor criollo, los mismos paisanos, a pesar suyo y sobre todo en el trato con sus amos, llegaron a veces a minusvalorar lo gaucho, aunque les doliera el alma desprenderse externamente de algo que empapaba lo más íntimo de su ser.

Hay centenares de títulos y decenas de autores que se han ocupado del gaucho. Hace muy poco ha aparecido

¹⁴ GIBERTI, H., *Historia* . . . , p. 155.

¹⁵ WERNICKE, EDMUNDO, *Memorias de un portón de estancia*, Buenos Aires, Kraft, 1946.

en Montevideo un macizo trabajo de Assunção¹⁶, que puntualiza minuciosamente los valores diversos del vocablo a lo largo de los años en el Río de la Plata, preferentemente en la Banda Oriental. Allí no falta tampoco un extenso y serio estudio etimológico, que concluye en que nuestro vocablo *gaucho* puede derivar del francés *gauche*; de tal manera, resultaría que en la médula etimológica *gaucho* equivaldría a 'no diestro', quizá —apurando el matiz peyorativo— hasta a 'torcido'.

Dejemos tan delicada y erudita discusión a los filólogos, que para algo son los especialistas. No nos mueve el análisis del vocablo, sino de la mentalidad; seguramente al gaucho le preocupa muy poco saber de dónde proviene su nombre genérico. Y aunque no buscamos la polémica, estimamos que para aprehender la mentalidad del gaucho conviene desligarse del pesado bagaje que constituye un supuesto criterio de autoridad. Esta especie de rebelión obedece a que una gran cantidad de autores que se han ocupado del gaucho como personaje 'típico' ha pertenecido a las clases dirigentes y pensado como ellas, mientras otro número equivalente (ora con firme afán político, ora por mero snobismo) se ha valido del gaucho como palanca para la exaltación del proletariado. Atendiendo a los últimos cien años, pareciera que solo escasísimos autores han comprendido lo gaucho y han expuesto el sentir gaucho con sentido auténtico: y la palma, claro está, corresponde a José Hernández. Además, hay abundantes cuadros muy vivos, sinceros e ingenuos del gaucho y de lo gaucho, debidos a la aguda observación de muchos viajeros que recorrieron nuestra campaña y expusieron sus impresiones sin prejuicios de círculo.

En la época de la revolución emancipadora —dejamos de lado lo colonial—, el grupo dirigente radicado en Buenos Aires daba a *gaucho* un valor altamente despectivo, sin exceptuar ni al mismo Belgrano, tan conocedor

¹⁶ ASSUNÇÃO, FERNANDO O., *El gaucho*, Montevideo, Imprenta Nacional, 1963.

del interior y tan sensible para aprehender la emotividad popular. Para Belgrano, el paisanaje peleaba con heroísmo y coraje infinitos¹⁷, pero con ánimo no solo patriótico, sino también interesado, pues esperaba lograr botín para luego “retornar a sus casas a disfrutar el saqueo¹⁸”; de allí que se valiera mucho de esos “facinerosos”, en la seguridad de que “con un sargento desaforado” eran capaces de emular en temeridad al Cid¹⁹. Tanto Belgrano como sus cofrades del grupo dirigente de Buenos Aires, procuraban evitar el uso del vocablo *gaucho*, porque en tanto ellos lo peyoraban, entendían que era ofensivo. Una notable excepción se dio en San Martín, como que estaba al margen del vocabulario tradicional de la *élite* y era proclive —como buen conductor militar de garra— a valerse siempre de modismos regionales, según puede observar fácilmente quien se tome el trabajo de disecar sus escritos y extraer de ellos modismos y giros idiomáticos adecuados siempre al ambiente propio de donde hizo la guerra, sea en el Norte, en Mendoza, en Chile o en Perú; según Mary Graham, él mismo le expresó que, a imitación de Harum-al-Raschid, solía recorrer fondás y otros lugares populares, disfrazado de paisano humilde, para saber qué pensaba y quería y hacía la gente común²⁰. Nada tiene pues, de extraño, que San Martín sea

¹⁷ 1812, setiembre 29, Tucumán. Oficio de Belgrano al Supremo Poder Ejecutivo, en *Documentos del archivo de Belgrano*, t. IV, pp. 231-238.

¹⁸ 1812, octubre 23, Tucumán. Oficio de Belgrano al Supremo Poder Ejecutivo, en *Documentos del archivo de Belgrano*, t. IV, pp. 254-258.

¹⁹ 1813, diciembre 25, Jujuy. Carta de Belgrano a San Martín, en *Documentos para la historia del Libertador San Martín*, t. II, pp. 52-55.

²⁰ GRAHAM, MARÍA, *Diario de su residencia en Chile (1822) y de su viaje al Brasil (1823)*. San Martín, Cochrane, O'Higgins, Madrid, ed. América, sin fecha (c. 1917). La parte correspondiente a su conversación con San Martín ha sido reproducida por BUSANICHE, JOSÉ LUIS, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, ed. Solar, 1942, pp. 246-253 (véase en esta transcripción, p. 250).

uno de los contadísimos dirigentes de su época que usa el vocablo *gauchos* como sinónimo de paisanaje y con sentido ponderativo y hasta heroico.

El 23 de marzo de 1814 cursó San Martín al Gobierno dos oficios relacionados con la guerra de recursos que había oficializado en el Norte. En el primero decía: “El paisanaje está tan empeñado en hostilizar al enemigo e impedirle la extracción de ganados, que me asegura el mismo Saravia que la expedición que emprendió anteriormente el coronel Castro al mando de cuatrocientos hombres avanzándose hasta Guachipas, no pudo sacar más ganado que el que iba protegido con toda su fuerza; porque los Gauchos de entre los bosques perseguían, destruían y ahuyentaban cuantas partidas mandaba a recogerlo. Puedo asegurar a V. E. que ellos solos le están haciendo al enemigo una guerra de recursos tan temible, que lo han puesto en la necesidad de despachar una división de más de trescientos hombres con el único objeto de proteger la extracción de mulas y ganado vacuno²¹”. El Gobierno entendió que este comunicado era importante y debía publicarse; así lo hizo en la *Gaceta Ministerial* del 10 de abril. Pero en vez de ‘gauchos’ apareció ‘patriotas campesinos’. El original, que solía ir directamente a la imprenta oficial, tiene testada la palabra ‘gauchos’ y sobre ella, entre líneas, se descubre la letra de Posadas para la versión porteña: “patriotas campesinos”...

En el segundo comunicado decía San Martín: “Por conducto del mismo Güemes dio parte el capitán comandante de Gauchos don Pedro José de Zabala de una guerrilla que tuvo el 9 del corriente en el Carril del Bañado con una partida enemiga de diez hombres, de los que hizo cuatro prisioneros, le tomó siete fusiles, e hirió al comandante y otro más que lograron escapar. En la citada comunicación del 20 me avisa también el comandante

²¹ 1814, marzo 23, Tucumán. Oficio de San Martín al Supremo Director del Estado. Archivo General de la Nación, X.3.10.7; corresponde al número registrado 78 de Guerra.

Güemes que por las inmediaciones de Jujuy mataron los Gauchos a un capataz y un peón enviados por don Pedro Antonio Olañeta a recoger mulas, trayéndose la comisión original con que había autorizado el citado Olañeta al Capataz Mariano Ucedo". A Posadas impresionó mucho la insistencia de San Martín en destacar las virtudes del paisanaje, y en nota marginal del 6 de abril apuntó: "Acúcese recibo y dénese las gracias a los valientes defensores de la Patria que indica en su oficio ²². Y mandó luego el papel para que se publique en la *Gaceta* del mismo día que el anterior, pero previamente testó los vocablos 'Gauchos' y puso entre líneas 'patriotas', razón por la cual el periódico los reprodujo con las voces corregidas.

San Martín, pues, acepta y repite la voz 'gauchos' que en sus partes indican los jefes salteños Saravia y Güemes, y hasta acepta que existe un Cuerpo de Gauchos constituido por la bravía milicia paisana. Si en el comunicado n° 79 habla de un capitán comandante de Gauchos, en el anterior es terminante en cuanto al significado del vocablo, pues refiriéndose al mismo elemento colectivo que hacía las guerrillas, lo llama *paisanaje* primero y *Gauchos* después. Además, la expresión tiene un dejo de heroicidad y de orgullo patrio, que denuncia el matiz propio del Noroeste en 1814. San Martín aprehendió cabalmente ese matiz, y siguió usando la voz con idéntico sentido; dos años más tarde diría al diputado mendocino ante el Congreso de Tucumán, con referencia al ejército realista y la necesidad de detenerlo en su avance: "Para hacer intransitables aquellos países no se necesita un solo soldado: sobra con la gauchada para que se mueran de hambre ²³".

²² 1814, marzo 23, Tucumán. Oficio de San Martín al Supremo Director del Estado. Archivo General de la Nación: X, 3.10.7; corresponde al número registrado 79 de Guerra.

²³ 1816, junio 14, Mendoza. Carta de San Martín a Tomás Guido, en FREGIERO, CLEMENTE L., *San Martín, Guido y la expe-*

Pero la gente de Buenos Aires no entendía así la cosa. Allí 'gaucho' tenía sentido despectivo, equivalente a vago, holgazán, bandolero. Por eso Posadas, captando bien el matiz dado por San Martín, reemplazó la voz por una expresión equivalente: "patriotas campesinos". Es claro que así se quitó al oficio de San Martín lo más rico de su sabor; pero la *Gaceta* no estaba destinada a los gauchos (en su casi totalidad analfabetos), sino a aquellos para quienes 'gaucho' no era palabra grata.

La equivalencia entre *gaucho* y *paisano* durante la primera década de nuestra vida independiente no era exclusiva del Noroeste. Samuel Haigh, ese viajero inglés tan objetivo, cuando expone su viaje por las pampas, en 1817, nos deja un riquísimo cuadro del gaucho que él conoció como pastor de ganados, peón de campo, domador; los comentarios de Haigh son altamente ponderativos, y hasta apunta: "No existe ser más franco, libre e independiente que el gaucho". Cuando describe la vida del gaucho, ratifica esa declaración: "No tiene amo —dice—, no labra el suelo, difícilmente sabe lo que significa gobierno; en toda su vida quizá no haya visitado una ciudad y tiene tanta idea de una montaña o del mar como su vecina subterránea, la vizcacha. [...] Sencillas, no salvajes, son las vidas de esta 'gente que no suspira', de las llanuras. Nada puede dar, al que lo contempla, idea más noble de independencia que un gaucho a caballo; cabeza erguida, aire resuelto y grácil, los rápidos movimientos de su bien adiestrado caballo, todo contribuye a dar el retrato del bello ideal de la libertad ²⁴".

dición a Chile y el Perú. A propósito de un nuevo libro, apud Nueva Revista de Buenos Aires, año II, t. IV, 1882, pp. 291-315 (vide pp. 301 y 312-313); tomado del libro *Ráfagas* de CARLOS GUIDO y SPANO, t. I, p. 282. También se publica en *Revista de Buenos Aires*, t. IV, p. 241 y ss.

²⁴ HAIGH, SAMUEL, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y Perú*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920 (reeditado por Yapeyú, 1950). Véase el capítulo III.

El matiz heroico que se da a la voz 'gaucho' por la época en el Noroeste, no va, pues, a la zaga de este que apunta Haigh. Pero a quienes se les llenaba la boca con ese dejo dulzón y corajudo de 'gaucho' era, no más, a los gauchos; y allí está como prueba de época la poesía de Bartolomé Hidalgo, que a cada rato destaca el patriotismo, el valor y el entusiasmo heroico del paisanaje, como en esos conocidos versos:

“Se jue y me quedé caliente,
sintiendo no tanto el tajo
como el haberme impedío
ver las junciones de Mayo:
día ese por el cual
me arrimaron un balazo
y peliaré hasta que quede,
en el suelo, hecho miñangos”²⁵.

Mientras tanto, para los hombres de gobierno, para la 'gente decente' en general y, sobre todo, para la *élite* porteña, 'gaucho' era voz insultante; y siguió siéndolo por mucho tiempo: “El ser gaucho es un delito”, dice el verso 1324 de *Martín Fierro*²⁶.

Durante el período de las guerras civiles se exalta relativamente al gaucho. La relatividad consiste en que se valen del vocablo con todo ponderativo todos aquellos que quieren conquistar adeptos entre la multitud campesina para engrosar las filas de sus huestes; ese mismo arbitrio sigue teniendo vigencia en la época de Hernán-

²⁵ HIDALGO, BARTOLOMÉ, *Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Charo de todo lo que vio en las fiestas mayas de Buenos Aires* (año 1822), reproducido en *26 poetas argentinos* de EUDEBA, pp. 29-36 (30).

²⁶ HERNÁNDEZ, JOSÉ, *El gaucho Martín Fierro y La vuelta de Martín Fierro*. Cuando no hagamos referencias concretas a una determinada edición, seguiremos el texto y la numeración correspondiente a la edición de EUDEBA, Buenos Aires, 1960, Serie del siglo y medio, n° 8.

dez, según los versos 1371-1372 de *Martín Fierro*: “Porque el gaucho en esta tierra solo sirve p'a votar”.

A los unitarios puros de la primera hora no les hacía ninguna gracia ponderar a los gauchos. Ya ha advertido Echeverría que el partido unitario “se atenía a las soluciones más altas y especulativas de la ciencia europea, y sacrificaba a veces a un principio abstracto un grande interés social”²⁷. La influencia de los románticos, que terminaron aliados, a pesar suyo, de los unitarios, hizo aceptar a medias la ponderación exterior del gaucho. Hilario Ascasubi es fiel expresión de este sentimiento, en él sincero y hondo como que trató al gaucho de muy cerca en su agitada vida campera²⁸. Echeverría no llegó a tanto, si bien fue el primero que volcó a la poesía el tema rural mediante *La cautiva*.

Desde el fracaso definitivo de la Liga del Interior hasta Caseros, es decir durante la década 1842-1852, los ejércitos federales dominan en todo el país, y en ellos se enrola el paisanaje. Los antirrosistas identifican indiscriminadamente las huestes federales con montoneras gauchas; el general Paz, después de haber ponderado el valor de esas tropas colecticias durante los días de la Independencia, se queja del destino posterior: “Los paisanos —dice—, a quienes damos el nombre de *gauchos*, que ellos hicieron un nombre de honor, fueron cada día haciéndose más aguerridos”; pocas líneas después agrega, en tono entre lastimoso y peyorativo, que esas fuerzas se transformaron en montoneras para “servir contra nuestro propio ejército, cuando tiempos más desgraciados engendraron esa guerra civil que casi ha aniquilado a la República Argentina”²⁹. A lo largo de esta década,

²⁷ ECHEVERRÍA, ESTEBAN, “Segunda carta a Pedro de Angelis”, en la ya citada edición de *Dogma socialista*, p. 273.

²⁸ Véase MUJICA LAÍNEZ, MANUEL, *Vida de Aniceto el Gallo* (Hilario Ascasubi), Buenos Aires, Emecé, 1943.

²⁹ PAZ, JOSÉ MARÍA, *Memorias póstumas del general*, [...], La Plata, 2ª ed. (a cargo de Irene Rebollo), La Discusión, 1892, t. I, p. 176.

lo gauchesco pasa a ser lo bárbaro para esa intelectualidad que al cabo asumiría el poder político; y el *Facundo* de Sarmiento —cuya publicación como folletín se inició en Chile en 1845— es la expresión más genuina y cabal de ese criterio. Por entonces, todos los enemigos de Rosas, con Mármol a la cabeza, llaman despectivamente 'gaucho' al Restaurador. Se intensifica hasta la exaltación insultante y soez el matiz peyorativo de 'gaucho' en tanto adjetivo; como sustantivo, torna a ser sinónimo de montonero, salvaje, bandido, villano, traidor, ladrón, criminal y bastardo. Véanse algunas expresiones de Mármol, referidas desde luego a Rosas, en las que hace alusión a la calidad 'gaucha' de don Juan Manuel:

Salvaje de la Pampa que vomitó el infierno. [...]
Y cuando tus hermanos al pie del Chimborazo
sus altaneras sienas vestían de laurel,
al viento la melena, jugando con tu lazo,
por la desierta pampa llevabas tu corcel. [...]
Cuando a tu patria viste debilitado el brazo
dejaste satisfecho, la sombra del ombú,
y al viento la melena, jugando con tu lazo,
las hordas sublevaste, salvajes como tú³⁰.
y tú, rama del pasto de los suelos,
gaucho sin Dios ni ley —de oscura madre³¹.
Esa es la astucia del gaucho pampino:
secar las entrañas del pueblo argentino
y luego sin fuerzas tenderlo a sus pies³².
Gaucho salvaje de la pampa ruda³³.

³⁰ MÁRMOL, JOSÉ, *Poesías completas*, con prólogo de Rafael Alberto Arrieta, Buenos Aires, Academia Argentina de Letras, 1946 (2 tomos). Ver: *A Rosas el 25 de mayo de 1843*, en t. II, pp. 57, 58 y 59.

³¹ *Id.*, *vide Cantos del peregrino. (Canto duodécimo)*, en t. I, p. 263.

³² *Id.*, *vide Al sol de Mayo de 1847*, en t. II, p. 120.

³³ *Id.*, *vide Rosas. El 25 de Mayo de 1850*, en t. II, p. 162.

La conciencia antigua de los intelectuales se universalizó después de Caseros; Urquiza perdió el apoyo de la *élite* en tanto adoptó actitudes gauchas. Después de Pavón, cuando se inicia la estructura nacional de la triunfante oligarquía paternalista, la voz 'gaucho' y sus derivados se reserva para las huestes del Chacho Peñaloza y sus pares. Y cuando ya no quedan más 'gauchos montoneros', se aplica la notación despectiva de 'gaucho' a los 'bárbaros' de la campaña que, en un país ávido de europeizarse, pretenden mantener formas anquilosadas del tradicionalismo criollo. Para esta época serán gauchos esos 'salvajes' que solo sirven para seguir a Felipe Varela, o a los Taboada, según el bando; esos que siguen añorando la época del caudillismo; esos que, como observó Cunningham Graham hacia 1870 en las pulperías de campaña, se entregaban al juego con naipes mugrientos, se emborrachaban con *Carlón* y se deleitaban escuchando a algún payador enamorado... Ése es el elemento que la oligarquía paternalista debe extirpar de cualquier manera, porque es un cáncer social que impide la europeización de la pampa.

La guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay (1865-1870) fue buen pretexto para iniciar la extirpación formal y material del gaucho, mediante conscripciones forzosas del elemento rural como carne de cañón; pero las indiscriminadas 'levas' no terminaron con la guerra: lejos de ello, se intensificaron perfeccionando la crueldad de sus métodos. Si la defensa de la soberanía dio razón al reclutamiento de gauchos a lo largo del quinquenio bélico, durante la paz exterior subsiguiente la razón valedera sería, por curiosa paradoja, el afán civilizador cuyo norte era el progreso europeizante.

En 1872 se halla Sarmiento en las postrimerías de su mandato presidencial. Han terminado las correrías de Varela y se han calmado los Taboada tras la muerte del bravo Manuel (1871). Sigue habiendo por el litoral 'gauchos montoneros', secuaces ahora de López Jordán. La indiada ataca de continuo al norte del río Colorado, pero

el gobierno está empeñado en grandes obras materiales e institucionales que le impiden distraer las ingentes sumas que exigiría la atención decidida de la frontera meridional: la solución del momento, aunque precaria, se perfila incrementando el reclutamiento forzoso de gente indeseable para que sirva en esas soledades a los intereses supremos de la civilización, ya que para otra cosa son inútiles. Los contingentes de gauchos vuelcan en las unidades militares fronterizas a desgraciados que solo tienen dos caminos: morir en la lucha contra el indio o ser sableados impunemente por la 'autoridad' bajo la acusación de "vagos y malentretenidos"³⁴. Y en ese mismo año de 1872 aparece la célebre producción de José Hernández. Véase el pedido de un 'boliche' de campaña a su abastecedor porteño, correspondiente a 1873³⁵:

50 gruesas de fósforos
 2 quesos de bola
 10 tercios de yerba
 1 barrica de cerveza
 2 pipas de vino Carlón
 50 *Martin Fierro*.

En 1874, año y medio después, se habían agotado ya siete ediciones; la undécima es de 1878, es decir a seis años de la primera. En 1879 apareció *La vuelta de Martin Fierro*; un año después, agotadas tres ediciones, salió a venta la cuarta.

La intención de Hernández al publicar en 1872 *El gaucho Martin Fierro* está puntualizada por él mismo en su carta-dedicatoria que sirve de breve prólogo a la obra: "No le niegue su protección —dice— usted que conoce bien todos los abusos y todas las desgracias de que es víctima esa clase desheredada de nuestro país". En otro párrafo agrega: "Quizá la empresa habría sido para mí

³⁴ En su lugar veremos que esta aseveración no es exagerada.

³⁵ RIVERO ASTENGO, A., *Pellegrini*, t. I, p. 220.

más fácil y de mejor éxito, si me hubiera propuesto hacer *reír* a costa de su ignorancia, como se halla autorizado por el uso en este género de composiciones³⁶; pero mi objeto ha sido dibujar a grandes rasgos, aunque fielmente, sus costumbres, sus trabajos, sus hábitos de vida, su índole, sus vicios y sus virtudes; ese conjunto que constituye el cuadro de su fisonomía moral, y los accidentes de su existencia llena de peligros, de inquietudes, de inseguridad, de aventuras y de agitaciones constantes". Y declara también que ha procurado retratar objetivamente, "con todas sus especialidades propias, ese tipo original de nuestras Pampas, tan poco conocido por lo mismo que es difícil estudiarlo, tan erróneamente juzgado muchas veces, y que al paso que avanzan las conquistas de la civilización, va perdiéndose casi por completo".

El éxito editorial habla bien del impacto emotivo logrado. Y ha de tenerse en cuenta que la inusitada comercialización del folleto gauchesco no se hizo en la Capital, sino en el campo, allí en donde pululaban los gauchos analfabetos, esos 'vagos y malentretenidos', esos holgazanes cuya vida ociosa —al decir de Giberti— terminó cuando el alambrado cuadró las estancias.

Vagancia; malentretamiento; ocio; holganza; vana entrega a las delicias de la vida de naturaleza... Lo mismo pintó a su hora Rafael Obligado, para quien el gaucho, después de haber servido heroicamente en las guerras de la Independencia³⁷, carecía de objeto pues

³⁶ Alude Hernández a los versos joco-gauchescos que Estanislao del Campo había publicado dos años antes, en 1870, encabezados por el conocido *Fausto*.

³⁷ En el prólogo de Augusto Cortina a las *Poesías* de Rafael Obligado (Buenos Aires-México, Espasa-Calpe, 6ª ed., 1951, Col. Austral, n° 197), se recuerda que el *Santos Vega* contaba originariamente solo tres partes: El alma, La prenda y La muerte del payador. El otro canto, El himno del payador, fue agregado por Obligado en 1887; y conviene advertir que es en éste, precisamente, en el que Obligado señala el papel heroico que en su momento jugó el gaucho

se ocupaba de distraerse en competencias inútiles y en cantar a su prenda en horas de estéril pasatiempo: ya vimos que Obligado, en 1885, entiende que Juan Sin Ropa, y no Santos Vega, tiene el secreto del trabajo "antes no honrado". ¿Y cómo dice Hernández que se va a ocupar de los trabajos del gaucho? ¿Acaso trabajaba?...

Sí y no; según qué entendamos por gaucho. La *élite*, y aun la burguesía urbana, consideraba gaucho al maleante o al vago; pero entendía también que el pastor y el peón de campo no eran gauchos, sino *paisanos*. No se advertía que el paisano sí se sentía gaucho, aunque quizá no se atreviera a ostentar su condición ante sus patrones 'puebleros', que consideraban gaucho al malhechor y al cantor haragán. El pobre paisano no tenía ni siquiera la posibilidad de enorgullecerse identificándose con su propia índole. Hasta que *Martín Fierro* fue leído y conocido por las clases acomodadas (lo que no ocurrió hasta fines del siglo), éstas siguieron creyendo que 'gaucho' era una voz insultante. Y aun en la cuarta década de nuestro siglo era fácil hallar algunos miembros supérstites de la *élite* finisecular que seguían creyéndolo. Pero el paisanaje encontró mucho de él en la obra de Hernández, porque halló que la voz *gaucho* se usaba allí como él la sentía, la amaba y la deseaba. Y desde que *Martín Fierro* adquirió la jerarquía de obra clásica, gaucho y paisano volvieron a identificarse; y 'gaucho' recobró su viejo matiz heroico, su antiguo dejo épico que implícitamente reconoce San Martín en 1814, que señala Haig en 1817, que insinúa Hidalgo en 1822. Se impone, pues, la pregunta: el cambio en la vida rural, ¿mató o revitalizó al gaucho?... Según cómo se mire —y según quién lo mire— la respuesta puede afirmar una cosa o la contraria.

en defensa de la libertad, como advertido de que, en la forma original, el gaucho —al que amaba— carecía absolutamente de todo justificativo y de todo motivo apologético.

Pero es indudable que nuestro campo, con ovejas y vacas de *pedigrée*, y a pesar del pavoroso cambio operado, siguió necesitando la realización de tareas que el *gringo* no podía llevar a cabo porque era *maturrango* para el caballo e ignorante de las cosas camperas. La inmigración se asentó en colonias agrícolas, formó las granjas, posibilitó los tambos, propagó los sembradíos de granos y de forrajes, tendió los ferrocarriles y el telégrafo, estableció boliches, creó poblaciones y enseñó nuevas técnicas para el tratamiento del ganado en todas sus variedades. No obstante —y si bien desapareció casi por completo el pastor solitario, siempre escaso—, vacas, ovejas y caballos, fundamento de nuestra economía hasta bien entrado el siglo, fueron cuidados y mantenidos por paisanos, por peones de estancia, por mensuales o como se les quiera llamar; y esos individuos conservaron —y siguen conservando— lo esencial de la índole del *gaucho* *Martín Fierro*, no solo en la provincia de Buenos Aires sino en todo el país. Y desde comienzos de nuestro siglo, el paisano se enorgullece nuevamente de autocalificarse gaucho. En muy buena parte, esa especie de revitalización del gaucho y de lo gaucho se debe al *Martín Fierro*.

El poema de Hernández se ha utilizado y se sigue utilizando para los más diversos fines. Una de las últimas obras 'martinfierristas' es la de Eduardo B. Astesano, titulada *Martín Fierro y la justicia social. Primer manifiesto revolucionario del movimiento obrero argentino*; la publicación lleva el sello de Ediciones Relevo para la serie "Hacia la Revolución Nacional", Buenos Aires, 1963. El solo título de esta obra, aunque no se atienda a la elocuencia del pie de imprenta, habla a las claras de la intencionalidad del enfoque; y no tiene nada de novedoso, pues más o menos coincide con el que inspiró a Horacio Rega Molina su *Proyección social del Martín Fierro*, editada en 1950 por la Subsecretaría de Informaciones de la Presidencia de la Nación, en un folleto cuya cubierta ostenta el título 'proyectado' sobre un significativo perfil presidencial demasiado conocido en la

época... Ambas producciones —y muchas otras que omitimos aquí— son índice de una sola de las múltiples formas en que se ha explotado el poema gaucho. De él se han valido en profusión los 'antisarmientistas', aprovechando la circunstancia de que Hernández era partidario de López Jordán. La corriente que suele llamarse 'liberal' ha utilizado también profusamente el *Martín Fierro* con objeto muy distinto, como el de resaltar las formas de vida pampeanas o elaborar eruditos estudios referentes al vocabulario gauchesco, la versificación o la descripción del paisaje, cuando no para ponderar la libertad de imprenta de que se gozaba bajo el régimen oligárquico-paternalista. Otros, intermedios como Bianchi³⁸, aplauden la valentía de Hernández, su rebelión contra las formas sociales e intelectuales más o menos estereotipadas, y exaltan el valor folklórico de la obra. A *Martín Fierro* se lo ha comparado y se lo sigue comparando con *Don Quijote*, con la *Iliada*, con la *Eneida*, con algunos Cronistas de Indias, con el *Poema de Mio Cid*. Y quien quiera, hallará por cierto analogías para enfrentarlo a la *Divina comedia* y a *Hamlet*... La bibliografía ahoga y hasta detiene por su magnitud. Pero a nosotros nos interesa exclusivamente comprender lo gaucho y el gaucho, aprehendiendo su peculiar mentalidad. Y para ese solo objeto nos valdremos del *Martín Fierro* y otras fuentes complementarias.

Rodríguez Molas publicó un opúsculo³⁹ que constituye una importante y valiosa contribución para el conocimiento del gaucho en el último cuarto del siglo pasado. Saca allí a luz una serie de artículos aparecidos en *El*

³⁸ BIANCHI, ENRIQUE, *Martín Fierro, un poema de protesta social*, Buenos Aires, Kraft, 1952.

³⁹ RODRÍGUEZ MOLAS, RICARDO, "Un estudio anónimo sobre el gaucho contemporáneo a José Hernández publicado en 1877", en *Revista Universidad*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, abril-junio de 1960, pp. 79-146.

*Correo de los Niños*⁴⁰, publicación porteña fundada "por varias niñas" que rivalizaba con *El Correo de las Niñas*, periódico coetáneo en el que colaboraba Ventura R. Lynch con el seudónimo de 'Mosquetón'. Interesa anotar la rivalidad porque el mismo Lynch, por esos años, publicó un ensayo del que también nos valdremos⁴¹. El poema de Hernández, los artículos desenterrados por Rodríguez Molas y el libro de Lynch, son expresiones contemporáneas pero provenientes de ámbitos distintos; de allí su excelencia para el análisis comparativo.

El cronista anónimo de *El Correo de los Niños* se propuso trazar algunos rasgos característicos del gaucho, personaje que, a su entender, "se va desgraciadamente sin dejar, de su íntimo carácter, rasgos perfectamente acentuados". Y a fin de probar la falta de conocimientos que sobre el gaucho tenía lo más selecto de la intelectualidad de su época, reproduce un lírico trozo de José Manuel Estrada sobre el gaucho, comentando: "Nada tan sublime como ese lenguaje; pero nada tan exagerado como esa pintura. Es la fantasía la que se ha expresado. Es el filósofo que toma una idea y la sublimiza con la galanura de la frase. Hernández se acerca más a la verdad, porque se ha colocado más cerca del fogón".

Quien lea el trozo de Estrada concluirá en que, sin duda, el redactor de *El Correo de los Niños* tiene mucha razón. Para Estrada, el punto de partida es que el gaucho "nace guitarrero y payador"; y de allí arranca un cursi estudio pseudopsicológico-sociológico-étnico que no

⁴⁰ Los artículos de *El Correo de los Niños*, de Buenos Aires, aparecieron entre diciembre de 1877 y febrero de 1878, en los números 107, 116, 118, 122, 123, 127, 129, 132 a 136 y 138 de esa publicación.

⁴¹ LYNCH, VENTURA R., *La Provincia de Buenos Aires hasta la definición de la cuestión Capital de la República*, Buenos Aires, 1883. Reedición de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, con prólogo de Vicente Forte, 1925. Nueva edición retocada y corregida de Editorial Lajouane de Buenos Aires, con el título de *Folklore bonaerense*, 1953. Las citas corresponden a esta última edición.

convence a nadie ⁴². Sin duda tiene razón el cronista anónimo: "A un tipo como el gaucho no se estudia desde la ciudad". Y para demostrarlo, anota con maravillosa precisión: "Para conocer el gaucho, es preciso tomarlo desprevenido al lado del fogón, en una carreta, en la cancha, corriendo en el rodeo, boleando en la pampa, bailando en un rancho, cantando en una ramada, pialando en una yerra, domando en un corral, durmiendo en el palenque, arreando en un camino, bromeando en una trastienda, peleando en una tranquera, rumbiando de noche, campiendo de día, recogiendo, pastoreando, rondando, y entregado libre, espontáneamente a sus faenas, costumbres y vicios".

Estas pocas pero certeras líneas del cronista anónimo bastan para ver dos perfiles del gaucho de 1877. Y según la selección de párrafos, el perfil mostrará una u otra cosa. Quienes, con Giberti, quieran atender a la "vida andariega y ociosa" del gaucho, pueden armar el párrafo precedente con una selección *ad hoc*, y quedará:

"Para conocer el gaucho es preciso tomarlo desprevenido al lado del fogón, en la cancha, boleando en la pampa, bailando en un rancho, cantando en una ramada, bromeando en una trastienda, peleando en una tranquera, y entregado libre, espontáneamente a sus costumbres y vicios".

Armada así la proposición, podrá hacerse los más divertidos y al mismo tiempo condenables cuadros del gaucho vagabundo, holgazán, inútil y vicioso. Pero armémosla ahora con todo lo que acabamos de dejar en el tintero:

"Para conocer el gaucho es preciso tomarlo desprevenido en una carreta, corriendo en el rodeo,

⁴² La opinión de Estrada, reproducida por el cronista de *El Correo de los Niños*, puede verse en el opúsculo de RODRÍGUEZ MOLAS, pp. 88-90.

pialando en una yerra, domando en un corral, durmiendo en el palenque, arreando en un camino, rumbiando de noche, campiendo de día, recogiendo, pastoreando, rondando, y entregado libre, espontáneamente a sus faenas y costumbres."

En este caso podremos trazar un cuadro apologético estupendo, a manera de himno al trabajo honrado que envidiaría el mismo Hesíodo y podría inspirar unos *Érga kai hemérai* pampeanos...

Lo curioso es que ambas cosas se han hecho a propósito del gaucho. Y así han nacido, crecido y culminado las versiones antitéticas del 'gaucho bueno' y el 'gaucho malo'. Por supuesto, con idénticos criterios selectivos, se puede escribir toneladas de libros sobre el lado bueno y el lado malo de cualquier cosa: sobre todo de hombres, de todas las razas, estirpes, clases, nacionalidades, culturas e inteligencias. Si a alguien se le ocurriera seleccionar los pecados, tentaciones y pensamientos tuertos de un santo, indudablemente podría escribir un grueso volumen del 'santo malo' para oponerlo a los innumerables volúmenes existentes de 'santos buenos'; a fin de cuentas, los santos son tales en tanto supieron sufrir y vencer las debilidades humanas que a diario enfrentaban; un santo inhumano sería una aberración... Pero el historiador no es apologista ni juez, moralista ni político; y si se propone estudiar algo, debe atender a toda la realidad que es objeto de su estudio. Eso queremos hacer a propósito del gaucho a fin de diseñar su mentalidad peculiar, y sin caer en tipificaciones paradigmáticas utilizables con fines extrahistóricos.

Como bien señala nuestro articulista de 1877, el gaucho tenía, cual todos los hombres, faenas, costumbres y vicios. No hay por qué exagerar las faenas; pero tampoco hay por qué exaltar los vicios, ni poetizar las costumbres en bien ni en mal. El agudo cronista de época nos informa, concretamente, de muchos trabajos que realizaba el gaucho de sus días: boyero, resero, pialador,

domador y todas las actividades propias del pastor de ganados, como apunta en esos gerundios elocuentes (arreando, rumbiando, campiendo, recogiendo, pastoreando, rondando). Todos son trabajos duros, bravíos, que requieren voluntad, esfuerzo, dedicación, interés. Y quienes hacen tales trabajos no son vagos, ni holgazanes, ni inútiles, ni viciosos, ni pendencieros, aunque las veinticuatro horas del día les den tiempo para trabajar, holgazanear, vagar, pelear y satisfacer sus vicios, como ocurre en el mundo entero a todos los seres humanos.

Recurramos ahora a la otra fuente contemporánea, la obra de Ventura R. Lynch, individuo de la generación del ochenta que cursó hasta cuarto año de medicina, visitó varias veces Europa, se destacó como hombre de letras, pintor y músico, y ocupaba sus ocios útiles permaneciendo largas temporadas en estancias bonaerenses, estadias que aprovechó para estudiar el folklore pampeano *in situ*, sin excluir lo indígena, para lo cual visitó los toldos de Namuncurá y otros caciques. Transcribimos enseguida una página de Lynch correspondiente al final de su capítulo sobre "El gaucho actual"⁴³, que viene muy al caso para compararla con la crónica de *El Correo de los Niños*, periódico rival del *de las Niñas*:

"El paisano, aparte de sus faenas, hoy, siempre tiene tiempo para ocurrir un ratito a la *pulpería*. Allí hacen la tarde o la mañana, según el carácter de cada uno. Algunos chupan hasta perder la cabeza, otros se contentan tan solo con beber un trago. En honor de la verdad, debemos decir que no es general que el gaucho libe hasta caerse.

"La índole gaucha es más bien la de todos los seres que llevan una vida tan presto monótona como agitada. En todas partes ella se manifiesta; si en el trabajo y en la guerra es fuerte, valiente y ardoroso, las fatigas no le doblegan con facilidad; para él es lo mismo domar un potro que caminar diez leguas a pie. Lo comprueban

⁴³ LYNCH, V. R., *Folklore* (ed. 1953), pp. 27-29.

hechos históricos de todo género. No hay más que recorrer el catálogo de nuestras contiendas tanto civiles como nacionales; y en todas descollará el soldado argentino como atrevido, audaz, temerario, paciente, fuerte y resignado. Tanto el frío como el calor, el agua como el sol no le arredran ni le amedrentan.

"El mismo construye su rancho de paja y barro sin ser albañil ni arquitecto. Sus corrales, todo lo que le rodea, tiene el mérito de ser construido e inventado por él.

"Sobre el potro es una potencia. Se lo atan perfectamente, lo ensillan, y cuando está pronto, de un salto se halla sobre su lomo sin temor ninguno a que se bolee con él o lo mate en una rodada.

"Apenas comienza a nacer el día ya el gaucho está al lado del fogón. Desde ese momento no se le cae el mate de la mano, ni el cigarrillo de la boca o tras la oreja.

"Luego sale a dar una vuelta por el rodeo o la majada, o bien abre la puerta del corral.

"A mediodía se desayuna, abriendo el apetito con una numerosa sucesión de cimarrones y terminando con otra progresión de la misma especie.

"Torna enseguida a dar un vistazo a las haciendas. A la oración encierra las majadas o el rodeo, larga los caballos que le han servido en el día y ata al palenque los que harán el servicio al siguiente. Luego a cenar y después a dormir.

"Generalmente, antes de la cena y del almuerzo, es cuando reunidos en torno al fogón se les oye el sin número de cuentos por el estilo de los que hemos narrado, o toman la guitarra y preludian algún gato, triunfo, estilo o hueya.

"El gaucho es supersticioso y aunque no así no más se le hace tragar la píldora, cree en cuanto milagro y apariciones cuenta el rito católico. No obstante, es vivo, suspicaz e inteligente. No tiene punto de comparación con los montañeses de Galicia, Nápoles y otros países de Europa.

"En el hogar, en la familia es cariñoso, amante, tierno. Sus hijos desde criaturas se acostumbran a vivir sobre el caballo, razón por la cual uno de sus principales caracteres es la inclinación de las extremidades de los pies hacia adentro. Los paisanos fabrican quesos, manteca y hacen chorizos."

Comparados estos dos testimonios de época, la correspondencia es satisfactoria. Ninguno de estos autores se queda en las costumbres, ni en los vicios, ni en el trabajo; ambos hacen referencia a las tres cosas, y en pocas líneas nos proveen de ricos elementos para nuestro análisis. Además, convendrá que tengamos en cuenta otros factores interesantes para entender mejor en nuestros días la mentalidad de estos hombres que tenían un poco de nómadas, de aventureros, de inestables, de amantes del gran espacio. Adviértase que, hasta la proliferación de las colonias, los únicos establecimientos orgánicos de la campaña eran las grandes estancias. En ellas, los peones no vivían todos concentrados, pues muchos andaban dispersos en 'puestos' solitarios y relativamente alejados; la casa solariega de la estancia era el punto obligado de reunión y el único lugar de tertulia. Los 'poblados' estaban distantes, y la ínfima circulación interior los dejaba casi incomunicados entre sí.

En tanto el peón de campo sabía que su aislamiento era total, no se interesaba en producir nada propio. Su alimento era la carne, pues abundaba el ganado y pululaban los 'cimarrones'; con la invasión ovina, disponían de los carneros viejos y alternaban con mazamorra. No tenía objeto cultivar nada. Cualquier cultivo suponía un esfuerzo extraordinario que nada compensaba para la vida suya, de su compañera y de montones de hijos. ¿Para qué cultivar verduras, si no le gustaban?... El 'patacón' de su jornal le permitía satisfacer eso que él llamaba 'los vicios': vino, ginebra, tabaco y papel, algún emprendado para su apero. Los 'otros' vicios no costaban dinero efectivo, salvo alguna bagatela como recuerdo. La vida del gaucho transcurría monótona. Su

obligación y su distracción era el campo infinito. Su amigo y su herramienta, el caballo.

La pretensión de comparar esta vida con la del inmigrante es imposible, porque son dos maneras de enfrentar el mundo, y sobre todo de enfrentar el trabajo. Ocurrir algo parecido a lo que se da entre 'puebleros' y 'payuca': al oficinero habitante de la urbe le parece noiganza andar todo el día paseando a caballo, y al ecuestre paisano se le hace incomprendible eso de trabajar sentado en una oficina con aire acondicionado y música funcional.

Los 'gringos' y 'gallegos' se establecieron en fincas reducidas. Nada sabían de las tradicionales tareas camperas, ni podían competir con el gauchaje en el manejo y dominio del ganado, y de puro maturrangos hasta temían al caballo. Véanse las observaciones de Hernández sobre la inutilidad campera del gringo, en el canto 5 de *Martin Fierro*:

889/92 Yo no sé por qué el Gobierno
nos manda aquí a la frontera
gringada que ni siquiera
se sabe atracar a un pingo.

895/900 No hacen más que dar trabajo
pues no saben ni ensillar;
no sirven ni pa carniar;
y yo he visto muchas veces,
que ni voltiadas las reses
se les querían arrimar.

919/24 Pa vichar son como ciegos:
no hay ejemplo de que entiendan
ni hay uno solo que aprenda
al ver un bulto que cruza,
a saber si es avestruza,
o si es jinete, o hacienda.

A estos inmigrantes instalados en estancias subdivididas o en colonias, les repugnaba el charque, el carnero y la mazamorra; estaban acostumbrados a una dieta fundada en pastas y verduras. En cada colonia se organizaba espontáneamente el intercambio, y a poco se establecían poblaciones para facilitararlo. Los gringos venían aquí sin nada, dispuestos a lograr aquello que en sus tierras no podían ni soñar; y lo hacían a fuerza de trabajo como ellos entendían el trabajo, que era una forma enteramente distinta de la que entendía el paisanaje criollo.

Que fuera distinta la forma de entendimiento del trabajo, no quiere decir que el elemento rural nativo no trabajara. Lo hacían a su manera. Para el gaucho trabajar significaba cuidar lo existente y mantenerlo en buen estado. Y con eso se conformaba, porque el patrón tampoco esperaba ni deseaba otra cosa. Si no se abandonaba el ganado, el crecimiento vegetativo de éste aseguraba la estabilidad de su negocio; y al patrón le bastaba con que el peón le diera esa fundamental garantía.

Si la vida del inmigrante era dura en la tarea agrícola, la del peón de campo no era más blanda en su desierto. Pero el gringo tenía un consuelo, porque sabía algo que el gaucho ignoraba: que es posible el intercambio, la relación humana, la cooperación social. Y las colonias fueron creciendo a la par que se iban conformando nuevos pueblos, de manera tal que la vieja aislamiento comenzó a esfumarse. Como si obedeciera al mandato de Sarmiento y al canto de Obligado, el desierto levantaba ciudades de sí mismo, en las que se derramaba la Europa.

Junto con este crecimiento, y como factor concurrente y complementario, se agilitó la circulación interior. El ferrocarril, el telégrafo, la organización del correo, en fin, fueron los instrumentos de la movilidad interna. Y es claro que, cuanto mayor era la circulación, tanto más se expandían las colonias y más necesidad había de mano de obra eficiente.

El gaucho servía de poco para todo eso. Y ocurrió

que día a día se le fue achicando el campo de sus actividades específicas. Los arreos interminables de leguas y leguas se redujeron en proporción al avance de la red ferroviaria y el alambrado. Además, los inmigrantes comenzaron a establecerse en la campaña, no solo como colonos, sino también como bolicheros, vale decir comerciantes minoristas de zonas rurales; y junto al boliche, estos hacendados pioneros sembraban papas y hortalizas, criaban cerdos, hacían embutidos... En definitiva, el gringo era, en cualquier actividad, un servidor de la tierra, mientras que el gaucho estaba acostumbrado a gozarla.

La circunstancia de no poder gozar la tierra como antes, hace que el gaucho sienta que pierde su libertad. Cada vez menos podía trabajar como él entendía el trabajo; cada vez más, trabajar suponía servidumbre a la tierra, en vez de goce de ella. Los patrones empezaron a agringarse, pretendiendo que sus peones hicieran trabajos de gringo. Y el criollo, el paisano, el gaucho, se fue sintiendo extraño en su propio suelo.

No. El gaucho no es vagabundo. Lo que pasa es que ya casi no puede trabajar en lo suyo. Véanse esas deliciosas memoranzas del tiempo ido a las que canta *Martín Fierro*:

133/38 Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
y su ranchito tenía
y sus hijos y mujer...
Era una delicia el ver
cómo pasaba sus días.

139/44 Entonces, cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba,
a la cocina rumbiaba
el gaucho, que era un encanto.

145/50 Y sentado junto al jogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.

151/56 Y apenas la madrugada
empezaba a coloriar,
los pájaros a cantar
y las gallinas a apiarse,
era cosa de largarse
cada cual a trabajar.

Hasta aquí, las aseveraciones de Hernández en nada se oponen a lo que dice el cronista de 1877 y confirma Ventura Lynch. Y ahora *Fierro* dice que los gauchos se largaban "a trabajar" cada uno en lo suyo. Veamos los preparativos de "cada cual":

157/62 Éste se ata las espuelas,
se sale el otro cantando,
uno busca un pellón blando
éste un lazo, otro un rebenque,
y los pingos relinchando
los llaman dende el palenque.

163/68 El que era pión domador
enderezaba al corral,
ande estaba el animal
bufidos que se las pela...
y más malo que su agüela
se hacía astillas el bagual.

Hasta el verso 186 sigue la descripción de la doma coincidiendo exactamente con las apreciaciones para las de Lynch. Y también coinciden los versos siguientes que describen el resto de las tareas hasta la hora de dormir:

187/92 Y mientras domaban unos,
otros al campo salían
y la hacienda recogían,
las manadas repuntaban,
y así sin sentir pasaban
entretenidos el día.

Un paréntesis para observar la importante declaración de *Fierro*: el trabajo era un entretenimiento. El gaucho se complacía con esas ejercitaciones, en tanto volcaba en el trabajo su sed de espacio, de aventuras, de acción libre.

193/98 Y verlos al cáir la noche
en la cocina riunidos,
con el juego bien prendido
y mil cosas qué contar,
platicar muy divertidos
hasta después de cenar.

199/205 Y con el buche bien lleno,
era cosa superior
irse en brazos del amor
a dormir como la gente,
pa empezar al día siguiente
las fáinas del día anterior.

Otra vez coincide Hernández con los otros testimonios contemporáneos. De paso, obsérvese (versos 204-205) que la monotonía, lejos de aburrir al gaucho, le incita; porque jamás "la faena del día anterior" era idéntica a la del nuevo día. Ni el potro, ni el rodeo, ni la campiada, ni la ronda; porque tampoco era igual el campo, ni el sol, ni el día, ni eran iguales las sensaciones en cada instante de ese libérrimo y continuo desafío a la cambiante naturaleza. Y como nada le apuraba ni le urgía, el gaucho desdeñaba olímpicamente el peso angustioso del tiempo histórico:

6667/68 El tiempo solo es tardanza
(Vuelta) de lo que está por venir. . .

El pasado es un mero recuerdo cálido de días felices, de esas épocas gloriosas en que el gaucho podía trabajar a sus anchas, que cada vez se hacían más y más lejanas, por más imposibles:

205/10 ¡Ricuerdo! ¡Qué maravilla!
Cómo andaba la gauchada,
siempre alegre y bien montada
y dispuesta pal trabajo. . .
Pero al presente. . . ¡barajo!
no se la ve de aporriada.

211/16 El gaucho más infeliz
tenía tropilla de un pelo,
no le faltaba un consuelo
y andaba la gente lista. . .
Tendiendo al campo la vista
solo vía hacienda y cielo.

Otra vez la sed de espacio; otras vez el alma aventurera; otra vez las reminiscencias de aquellos campos infinitos que ahora empezaban a cortarse con fosos y hasta con alambres. Eso añoraba *Fierro* ya en 1872: por entonces mucho (no todo) había cambiado, y el gaucho advertía la presencia de nuevas faenas para las que no servía porque le eran extrañas y hasta odiosas. Ahora trabajar equivale a sufrir, a arañar la tierra como gringo maleta; pero en esos tiempos idos sí que se trabajaba lindo:

223/28 Aquello no era trabajo,
más bien era una junción,
y después de un güen tirón

en que uno se daba maña,
pa darle un trago de caña
solía llamarlo el patrón. . .

El gaucho no aspiraba a más. No le importaba ganar plata, como al gringo, sino ganar fama: porque así ganaba paralelamente confianza en sí mismo y aprecio de su patrón —que era tan gaucho como él—, dando pruebas de lealtad cordial y eficiencia gaucha. Ganar plata era cosa de gringos y de gallegos; para el gaucho la riqueza consistía en lucir su baquía campera; no guardaba la plata, sino que la ostentaba orgulloso en su *chapeado*; su lujo y su goce radicaba en sus aperos. Allí está esa cándida expresión de *Fierro*, referida a lo que tenía en su época de oro, cuando para su mal lo mandaron a la frontera y cargó sus riquezas en el brioso parejero:

373/78 No me faltaba una guasca,
(esa ocasión eché el resto):
bozal, maniador, cabresto,
lazo, bolas y manea. . .
¡El que hoy tan pobre me vea
tal vez no creará todo esto! . . .

El gaucho, pues, trabajaba; y trabajaba duro, pero en lo suyo, en lo que entendía, en lo que le gustaba, en lo que sabía hacer. Nicanor Magnanini, pialando recuerdos, ha escrito: "Lo describo tal como fue: trabajador incansable de titánica resistencia, siempre que se tratara de ejecutar sus faenas de campo, aquellas a las cuales estaba habituado y constituían para él, placer ejecutarlas, pero haragán, indolente e incapaz de hacer otros trabajos ⁴⁴".

Ya hemos visto el ritmo de vida impuesto al país a partir de 1860. Sin duda, la concepción gaucha de la vida

⁴⁴ MAGNANINI, N., *El gaucho "surero" de la provincia de Buenos Aires*, Buenos Aires, La Facultad, 1943, pp. 37-38.

no podía conciliar cómodamente con la aceleración europeizante que la oligarquía paternalista había decretado. El cambio producido en la vida rural afectó hondamente la situación mental del gaucho, vale decir, del hombre de campo, del paisano, del pastor de ganados, del peón de estancia, ya que todos éstos se autodenominan gauchos.

Obsérvese que los autores que se ocupan del gaucho en esta época lo identifican con el peón de campo. Lynch, impresionado por la dicotomía gaucho bueno-gaucho malo, advierte que no hay que confundir el gaucho 'verdadero' y el gaucho 'compadre'. El primero es, lisa y llanamente, peón de estancia. El segundo, un fenómeno patológico del que nos ocuparemos en su lugar; pero así como hemos señalado ya que, en el arrabal porteño, todo compadrito es reo, aunque no todo reo es compadrito, cabe adelantar aquí lo mismo para el gaucho y sus desviaciones patológicas⁴⁵.

Por último, conviene tener en cuenta que la brusquedad del cambio, operado en poquísimos años, produjo en el gaucho un desasosiego creciente respecto de las nuevas formas de vida y de trabajo, para las que no se sentía idóneo ni dispuesto. Tal escozor se manifestará en rebelde protesta contra lo que consideraba insensibilidad gubernativa e injustificada intrusión gringa. De allí el enfrentamiento entre el gaucho y la oligarquía paternalista.

2. *El gaucho ante la élite,*

El arrasamiento de la pampa para el trasplante de Europa, que con inusitada violencia se inicia al día siguiente de Pavón, a lo largo de una década ha mordido tan fuerte en todos, que hasta los defensores del gaucho entienden, en su momento, que es inminente la desaparición de cuanto huele a pampa. Y así, se hace referen-

⁴⁵ Cf. LYNCH, V. R., *Folklore* (ed. 1953), p. 28.

cia al gaucho como a un personaje que se va, aunque todavía no se ha ido.

En 1872 Hernández se esfuerza por apuntar "rememoranzas del tiempo ido". Pero diez años después sigue habiendo gauchos que actúan como añora *Fierro*. En la carta-prólogo de 1872 dice Hernández que el gaucho "va perdiéndose"; pero la presunta desaparición paulatina resulta lerda, pues lo mismo repite cinco años más tarde el cronista de *El Correo de los Niños*, reitera Hernández en 1879 y confirma Lynch en 1883. Y una prueba irrefutable de que el gaucho seguía existiendo, pese a los presagios de desaparición, es la fabulosa difusión del *Martín Fierro* en la campaña mediante ediciones sucesivas, máxime si se atiende a que eran pocos los paisanos que sabían leerlo.

¿A qué obedece, entonces, ese uso del pasado, como si se hiciera referencia a algo que ya no existe? ¿Ignoraba acaso Hernández la subsistencia del gaucho en sus días?... No. No lo ignoraba; no podía ignorarlo, y la *Vuelta* es prueba eficiente de ello. El uso del tiempo pasado es en sí mismo una protesta contra el gobierno insensible, la *élite* farolera y el gringo intruso, que quieren imponer formas de vida importadas sin advertir que hay una realidad concreta que no se puede ignorar ni omitir. Es una protesta airada, pero que lleva en su seno, sin embargo, la certeza de su inutilidad. Será un disparate arrasar la pampa y lo pampeano, pero ya no hay fuerza capaz de dar un golpe de timón para cambiar el rumbo demoleedor. El gaucho se va, se está yendo, se tiene que ir, aunque se desgarré el alma tradicionalista que, en su dolor, habla de él como de algo virtualmente acabado, ido, muerto, que quisiera resucitar.

El paulatino avance de la convicción respecto de la necesaria desaparición del gaucho puede observarse en el proceso que siguió la antigua tradición del payador Santos Vega, hasta que Obligado compuso su versión. Según Pagés Larraya, en 1877 comenzó Obligado a cla-

borar su famosa obra ⁴⁶. Y este mismo autor nos informa que, si bien Juan Sin Ropa era un personaje popular antes de que Obligado lo incorporase a su obra, en ella "aparece por primera vez Juan Sin Ropa como oponente de Santos Vega, identificado como el Diablo y a la vez como símbolo del progreso". Lamentablemente, la rica y oportuna metáfora de Obligado no ha sido debidamente aprehendida, ni aun en su propia época. Pagés Larraya apunta que en la página 337 del volumen VII (1885) del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*, que dirigía Navarro Viola, se dice con referencia al poema de Obligado que la obra queda disminuida con este "raro consorcio de Satán, tal como lo concibe la imaginación popular, predicando una nueva vida de adelantos y de civilización". Y Pagés Larraya, adhiriendo a esta opinión, resta valor al invento de Obligado, pues entiende que las virtudes del poema se ven disminuidas "por una restringida concepción filosófica que ve al Diablo encarnando al progreso y la inmigración, vencedores del bardo ingenuo y primitivo".

Nada extraño nos parece que el observador del *Anuario* de 1885 hallara de muy mal gusto que el Diablo saliera predicando "una nueva vida de adelantos y de civilización". Pero sí nos extraña, y mucho, que nuestro erudito colega comparta ese criterio en 1961. Y como disentimos radicalmente, hemos considerado oportuno fundamentar nuestro juicio de que la metafórica creación de Obligado es admirable. Como punto de partida, nos valdremos del mismo ensayo de Pagés Larraya, en tanto señala acertadamente que Miguel Cané, en 1856, "había profetizado con sagaz intuición que cuando las generaciones venideras hubiesen borrado la fisonomía remota de la pampa, los poetas, que por entonces añoraban la civilización europea", retornarían a las fuen-

⁴⁶ PAGÉS LARRAYA, ANTONIO, "Santos Vega, mito de la pampa", en *Revista Universidad*, Santa Fe, U.N.L., octubre-diciembre de 1961, n° 50, pp. 17-36.

tes del cancionero tradicional. Y a propósito, agrega parte de una décima de 1838 que dice:

Duerme, duerme Santos Vega,
que mientras en el desierto
se oiga ese vago concierto
tu nombre será inmortal.

La importantísima contribución de Rodríguez Molas, en la que reproduce el estudio anónimo aparecido en *El Correo de los Niños*, será otra vez fuente de valor inapreciable. La serie de artículos se inicia a fines de 1877, o sea exactamente en la época en que Obligado, según Pagés Larraya, comenzó a pensar su poema, y cinco años después de publicado el *Santos Vega* de Ascasubi. Vale la pena reproducir *in extenso* un trozo del anónimo estudio ⁴⁷:

"Cuenta la tradición que Santos Vega cantó con el Diablo, y que durante tres días con sus noches no se debilitó la lucha. Al fin, Santos Vega venció, por eso se conserva esta copla:

"Yo soy José Santos Vega
el cantor y payador,
el que cantó con el Diablo
y en todo lo aventajó.

"A este Santos Vega se le atribuye el sistema de las preguntas y respuestas en la cifra; pues viéndose tan acosado por el Diablo que se le presentó en figura de negro, apeló a las preguntas; se conservan, entre otras muchas, éstas:

"Vení para acá moreno
una pregunta te haré,
cuántos pelos tiene un perro
acabado de nacer.

⁴⁷ RODRÍGUEZ MOLAS, R., *Un estudio*, pp. 115-118.

"A la que el negro contestó:

"Ya que la pregunta me ha hecho
la respuesta le daré,
si ninguno se le ha cáido
todos los ha de tener.

"Se comprende que la respuesta es tan capciosa
como la pregunta. Santos Vega no se desconcertó y le
volvió a preguntar:

"Vení para acá moreno
te haré una pregunta boba,
con cuántos granos de maíz
se hace una mazamorra.

"Y el negro contestó, inmediatamente:

"Ya que la pregunta me hace
la respuesta le he de dar;
en estando la olla llena
ya está la cuenta cabal.

"Al ver Santos Vega un negro tan advertido, sospecha fuera *alma de la otra vida* que lo venía a tentar; esta sospecha lo llevó hasta encontrar la verdad y como para espantar al *malo* le dijo:

"Vení para acá moreno
que te quiero preguntar,
¿cuántos pasos dio la Virgen
para subir al altar?

"El mandinga se retorció, pero al punto dio esta respuesta:

"Ya que la pregunta me hace
la respuesta le he de dar,
como la alzarón en andas
no se pudieron contar.

"Comprendió al fin Santos Vega que se las tenía que ver con el mismo demonio y, apurando los argumentos de iglesia, por ver si reventaba, volvió a preguntarle:

"Vení para acá moreno
revolcao en la ceniza,
que te quiero preguntar
lo que contiene la misa.

"El diablo retorciéndose más y más, contestó sin embargo:

"La misa contiene mucho;
rezarla con devoción,
rezar los siete misterios
de la sagrada pasión.

"Y después de cambiarse unas cuantas preguntas y respuestas más, se oyó como a modo de cañonazos [una fuerte explosión] y el rancho quedó con insoportable olor a azufre, por lo que todos se convencieron que el *mesmo* diablo cojo, había sido vencido por el ya desde entonces inmortal Santos Vega."

Hasta aquí el cronista de *El Correo de los Niños*. En resumen, queda que Vega entabla el duelo poético con un negro que resulta ser el diablo. Mientras los temas giran en torno de cosas comunes, no hay forma de doblegar la resistencia del negro-diablo; pero en cuanto Vega entra en tema *tabú* para su oponente, éste se reuerce cada vez más, hasta que al fin revienta y desaparece.

Ventura R. Lynch recogió una versión similar en 1883, vale decir, dos años antes de que Obligado publicara su poema en París. Tras breve introducción, apunta Lynch ⁴⁸:

⁴⁸ LYNCH, V. R., *Folklore* (ed. 1953), pp. 18-19.

"En estas circunstancias fue cuando apareció Santo Vega. De triunfo en triunfo, marchando siempre de un punto a otro, pasó un día al Sud de esta provincia. Era la única parte donde no era conocido. Llegó a una casa de negocio y después de pedir una *mañanita* se retiró a un rincón con ánimo de descansar las fatigas de su viaje.

"Un grupo de gauchos que allí *copaba de lo lindo* miró con desprecio la humildad del forastero. Entre ellos un negro altanero, *mentao* de malo y reconocido de primer payador de la comarca, viendo la actitud que guardaba aquel intruso, se propuso divertirse, divirtiendo a sus amigos.

"Tomó la guitarra, preludió un cantar *por cifra*, y le preguntó *quién era, de adónde venía y pa dónde iba*.

"Dicen que Vega salió, tomó su guitarra que jamás faltaba en los *tientos de su recaó* y volviendo a la *enrre* mada comenzó a cantar:

"Yo soy Santos Vega
aquel de la larga fama...

"Tres días y tres noches siguieron trovando aquellos dos payadores, hasta que al fin, habiendo entrado en un tema religioso, viéndose cercado el negro en sus últimos baluartes, estalló o reventó; porque el negro aquel había sido *el mesmo diablo en persona*."

Hasta aquí el fondo de la leyenda es idéntico: negro-diablo, desafío, payada, tema *tabú*, victoria de Vega y desaparición del oponente satánico. Pero la versión de Lynch introduce la variante de que Vega es el forastero que sorprende al mejor cantor de la comarca. Los espectadores, así, se sorprenden por la ciencia del forastero, y el cantor *mentao* revienta. Además, el forastero se presenta con aspecto humilde. Pero las diferencias no terminan aquí, pues el relato, según la versión de Lynch, tiene un agregado de singular importancia:

"Esta tradición se conserva intacta en nuestros días;

pero al recorrer los pueblos del Norte, se eclipsa la fama de Santos Vega, para ceder su puesto a Trillería.

"Cuentan que Vega, después de vencer al diablo, pasó a esa región buscando con quién cantar. Llegó una noche a un baile donde estaba Trillería. Era éste un paisanito sencillo y nadie se ocupaba de él. Al hacer Santos Vega el reto que era de práctica, Trillería sintió arder la sangre en sus venas y arrancando una guitarra a los que estaban tocando, le contestó aceptando:

"Venga esa maula
que yo me le he de afirmar.

"La lucha fue viril y encarnizada. Dos días con sus noches sonó la *cifra* y en cada nota, cada armonía, iba una estrofa, un idilio donde brillaba el talento y la inteligencia de los payadores. Por fin, Santos Vega rompió su guitarra declarándose vencido.

"Esta contra-tradición que ha invadido los pueblos del Norte, ha sido inventada por los cordobeses, con ánimo de desvirtuar la tradición del gaucho porteño."

Aquí se insiste en el elemento forastero. Es el forastero quien lanza el desafío; y es un hombre sencillo del que nadie se ocupa el que acepta y lo vence. Lynch llama a esta leyenda contra-tradición, y advierte "que ha invadido los pueblos del Norte". Y Rafael Obligado, aunque oriundo de Buenos Aires, aprendió a querer la tierra en su estancia de la Vuelta de Obligado, en Ramallo, junto al Paraná, vale decir en las regiones norteñas pobladas de ceibos, en esos "pueblos del norte" invadidos por la leyenda de Trillería. Todo permite inferir que conocía las versiones porteña y cordobesa de Santos Vega, como pareciera calificarlas Lynch.

Y a la luz de las dos versiones, halló riquísimos elementos para armar la complicada metáfora que en sus días pareció indigerible al cronista del *Anuario*, y que hoy resulta para nuestro colega Pagés Larraya "una restringida concepción filosófica".

Según la versión de Obligado, Juan Sin Ropa, cuyo nombre mismo indica la indigencia, la sencillez y la des- preocupación que por él podía sentir el paisanaje, es el forastero que lanza el desafío el cantor *mentao* y lo vence introduciendo un tema *tabú*. Hay una mezcla de elementos de las versiones compiladas en 1877 y en 1883, enriquecida por la paráfrasis de la derrota de Vega por Trillería, ya que Obligado transfiere el triunfo de Trillería a Juan Sin Ropa. En las versiones tradicionales, el diablo reventía y desaparece; ahora quien desaparece es Vega, no el Diablo, y con Vega el ombú —símbolo pampeano— envuelto en llamas.

Obligado advirtió bien que para el paisanaje el progreso europeizante era satánico, no ponderable como suponen Navarro Viola y Pagés Larraya dando valor absoluto a 'civilización'. El indigente Juan Sin Ropa es ese gringo forastero al que nadie lleva el apunte porque es un inútil para las cosas camperas. Y ese hombre común —sencillo como Trillería— lleva a cabo la obra diabólica de arrasar hasta con las cenizas y el recuerdo del viejo quehacer gaucha. Obligado, con exquisita sensibilidad —y tal vez con angustia—, retoca la contra-tradición. Una contra-tradición que ya no la inventan los cordobeses por celos a los porteños, sino que la impone férrea, decidida, cruelmente la política oligárquico-paternalista con su indeclinable acción europeizante.

El sensible poeta de los ceibos, afincado por un lado a la tierra, y por otro embelesado ante el progreso que postula la clase gobernante ('su' clase), expone a fin de siglo la suerte dolorosa pero necesaria que espera a la pampa gaucha de Santos Vega. Tal era el sentir resignado de un sector de la *élite* en el que mordía la tendencia romántico-tradionalista. El *Santos Vega* de Obligado es una adaptación magníficamente actualizada a su época de las versiones circulantes sobre el célebre payador y enfrentada a la acción devastadora que había decretado la oligarquía paternalista para lo pampeano, lo campero, lo bárbaro, lo gauchesco. Supo Obligado, como

nadie, transformar la vieja tradición manteniendo incólumes sus elementos permanentes: payador famoso, forastero mísero, desafío, aceptación altiva, payada dudosa, diablo, victoria mediante el valimento de temas *tabú* que excogita el más humilde, derrota y eliminación radical del vencido. De ninguna manera, pues, el poema de Obligado denota "una restringida concepción filosófica". Por el contrario, es una prueba incomparable, quizá única, de la angustia que aquejaba al grupo tradicionalista de la *élite*, consciente de que estaba llevando a cabo la diabólica obra de europeizar un país bárbaro aunque pleno de cálidas añoranzas que debían destruirse para lograr el objetivo propuesto. Desterrar lo gaucha equivale a destruir las más entrañables y queridas tradiciones; pero el progreso lo exige para asegurar al país un porvenir venturoso...

También en Hernández, a propósito de su obra de 1872, se descubre esa sensación de derrota de lo gaucha, si bien luego se reconforta. Cuando finaliza *El gaucha Martín Fierro* aparece manifiesto el pesimismo del autor:

2275/80 Ruempo, dijo, la guitarra
pa no volverme a tentar.
Ninguno la ha de tocar,
por seguro tenganló;
pues naides ha de cantar
cuando este gaucha cantó.

El primer argumento de Hernández, pues, termina con la muerte del gaucha y lo gauchesco. Ese es el último gaucha, ésa la última expresión de un sentido de vida gaucha que se va, irremisiblemente, para desaparecer. Sin embargo, quiere dejar Hernández alguna luz de esperanza dudosa sobre el futuro del gaucha: cuando Fierro y Cruz se deciden a cruzar la frontera, virtualmente desaparecen en la infinitud del desierto. ¿Desaparecen?... Es la duda de Hernández, y deja abierta una remota posibilidad:

2299/304 Y siguiendo el fiel del rumbo
se entraron en el desierto.
No sé si los habrán muerto
en alguna correría;
pero espero que algún día
sabré de ellos algo cierto.

Por el tono, parecería que tal duda representara, lo mismo que la profecía de Cané, la seguridad de que "algún día" lo gaucho sería reconsiderado con la debida atención. Por de pronto, le basta a Hernández con dejar asentados

2315/16 Males que conocen todos
pero que naides cantó...

Pasan siete años. En ese lapso, el éxito de *Martin Fierro* ha sido inusitado, colosal. En las pulperías, en los boliches, en los fogones, en todos los lugares de la pampa, gauchos de la estirpe de *Martin Fierro* escuchan ávidamente las estrofas de Hernández. ¡Vaya si existe el gaucho! Existe, sí, y tiene una vigencia mucho mayor de la que el mismo Hernández sospechaba. ¿Por qué, entonces, dejar rota la guitarra? Si el gaucho vive con insospechada pujanza, ¿por qué considerarlo vencido? Sobre el gaucho pesa, sin duda, una sentencia de muerte; pero ocurre que el condenado se niega a morir; se aferra a la vida y quiere perpetuarse: ¿por qué callar, pues, y dejar que la rueda mueva hasta el recuerdo?... Y en 1879 José Hernández publica *La vuelta de Martin Fierro*, advirtiendo:

2435/40 Aunque rompí el instrumento
pa no volverme a tentar,
tengo tanto que contar
y cosas de tal calibre,
que Dios quiera que se libre
el que me enseñó a templar.

El gaucho vuelve en toda su pujanza, porque quiere vivir en tanto ha adquirido conciencia de que existe. Y esta *Vuelta* del gaucho tiene un contenido radicalmente distinto del argumento primigenio.

Es fácil valerse de frases hechas, y aplicar el adagio "nunca segundas partes fueron buenas", para señalar la diversidad del 'tono' rebelde de la primera que contrasta con el 'tono' admonitorio de la segunda. Pero no es tal fácil advertir sin análisis la intención perseguida por Hernández en uno y en otro caso. *El gaucho Martin Fierro* es, sin duda, "un poema de protesta social", como lo ha calificado Bianchi. Pero *La vuelta de Martin Fierro* acusa un objetivo distinto.

Con su protesta inicial, Hernández ha logrado mucho; quizá mucho más de lo que él mismo esperaba. Enseguida veremos algunos comentarios de 1873 y 1874. El ex presidente Mitre, el viejo guerrero de la Independencia Tomás Guido, el magnífico Ricardo Palma, entre muchos, aplaudieron a Hernández. Otros, como Avellaneda, Cané y José Manuel Estrada, tuvieron expresiones de cordial afecto hacia el poeta, aunque prefirieron eludir el tema político-social que palpitaba en la entraña del poema. Pero de cualquier manera la protesta había sido lanzada, y las sucesivas ediciones la actualizaban continuamente, con el aplauso de unos, el disimulado silencio de otros y el patente desagrado de muchos...

Advirtió Hernández, a mérito del estupendo éxito editorial, que su *Martin Fierro* había copado la campaña. Y pronto se dio cuenta de que su formidable protesta, en definitiva, solo aportaba al paisanaje una nostalgia conmovedora y una rebeldía ahogada por la decidida acción gubernativa. Pero el paisanaje necesitaba algo más. Era menester proveerlo de los elementos culturales indispensables para enfrentar el cambio de la vida rural y sobrevivir a la hecatombe; y había que darle tales elementos en forma tal que para él fueran inteligibles, valiéndose de su propio idioma y aprovechando al máximo la entrañable riqueza del refranero popular. En otras

palabras, el gaucho tiene que aprender lo que sabe el pueblera; y eso, exactamente, quiere enseñarle Hernández:

2371/76 El campo es del inorante,
el pueblo del hombre estruido;
yo, que en el campo he nacido,
digo que mis cantos son
para los unos... sonidos,
y para otros... intención.

La intención de Hernández será aprehendida por el paisanaje; y en la medida en que ese paisanaje aprenda a vivir en el nuevo ambiente, a amoldarse a las nuevas formas de vida, es indudable que la tradición gaucha permanecerá incólume, no morirá ni perecerá:

2389/94 Lo que pinta este pincel
ni el tiempo lo ha de borrar;
ninguno se ha de animar
a corregirme la plana:
no pinta quien tiene gana,
sinó quien sabe pintar.

2407/18 Y el que me quiera enmendar
mucho tiene que saber;
tiene mucho que aprender
el que me sepa escuchar;
tiene mucho que rumiar
el que me quiera entender.
Más que yo y cuantos me oigan,
más que las cosas que tratan,
más que los que ellos relatan
mis cantos han de durar.
Mucho ha habido que mascar
para echar esta bravata.

Y en el primer canto de la *Vuelta*, no más, comienza Hernández a señalar que el gaucho, malgrado

sus detractores, está en óptimas condiciones para contribuir con su trabajo al desenvolvimiento del país. Y destaca también que hay en el paisanaje una sana y recta intención de brindar su esfuerzo al progreso; siempre y cuando lo dejen trabajar en paz:

2449/60 He visto rodar la bola
y no se quiere parar.
Al fin de tanto rodar,
me he decidido a venir,
a ver si puedo vivir
y me dejan trabajar.

Sé dirigir la mansera
y también echar un pial;
sé correr en un rodeo;
trabajar en un corral;
me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

Ya no es Fierro el gaucho peleador y altanero que en 1872 se fue al desierto a morir entre los salvajes, llevando la Cruz de su inexorable destino, harto ya de ese progreso extranjerizante que lo rechazaba y al que no podía adecuarse. Allí, entre los indios, apuró el cáliz de su Gólgota y enterró su Cruz de matrero. Este Fierro que vuelve en 1879 es un gaucho que ha vivido, sufrido y reflexionado sobre sus posibilidades de vida en el nuevo escenario de su vieja pampa, y ahora, consciente de sus fuerzas, retorna con el propósito de ayudar a sus hermanos. Por eso mismo, exige de éstos que le escuchen atentamente y sigan con cuidado su relato intencionado, para aprovechar las ricas enseñanzas de su dolorosa experiencia. Sabe Fierro que tiene en el paisanaje entero un auditorio fiel, y recalca la necesidad de que no le pierdan palabra:

2461/72 Y empriesténme su atención
si así me quieren honrar;
de no, tendré que callar,
pues el pájaro cantor
jamás se para a cantar
en árbol que no da flor⁴⁹.

Hay trapitos que golpiar,
y de aquí no me levanto;
escuchenme cuando canto,
si quieren que desembuche;
tengo que decirles tanto
que les mando que me escuchen.

Este gaucho consejero es muy distinto del anterior. *El gaucho Martín Fierro* de 1872 tenía un destinatario bien señalado: la oligarquía paternalista y su expresión antigaucha en el gobierno. Si queremos personalizar más, no resulta difícil ni aventurado inferir la dedicatoria a Sarmiento: *Martín Fierro* es la antítesis de *Fa-cundo*.

Con el poema de 1872 Hernández logró el impacto buscado; pero supletoriamente se puso de manifiesto el hondo interés de la campaña por el tema, cosa enteramente inusitada. Ya ha advertido Borges⁵⁰ que Ascasubi ha sido inmolado a la gloria de Hernández, a pesar de que la temática de uno y otro sea radicalmente distinta, aun opuesta en algunos aspectos. Y halla injusto que Ascasubi haya sido "sacrificado por los historiadores de la literatura y (lo que sin duda es más grave)

⁴⁹ Esta aseveración, harto repetida, no es exacta, aunque sea un lugar común. Hernández la asienta con el manifiesto objeto de recalcar categóricamente su intención de que su canto florezca, vale decir, de que el paisanaje aproveche sus enseñanzas. Por eso mismo, en seguida les *manda* que lo escuchen.

⁵⁰ BORGES, JORGE LUIS, *Hilarlo Ascasubi*, presentación de la selección de dicho autor editada por EUDEBA (Siglo y medio, n° 15), pp. 7-12 [9].

por el olvido de los argentinos, a la mayor gloria de Hernández". No parece haber advertido el pulcro poeta contemporáneo que Ascasubi *dice* muchísimo menos que Hernández, porque mientras este último trata un problema vital y palpitante, pleno de implicaciones políticas que en su momento sonaron a cañonazos, el otro canta a algo perimido, o al menos inactual. No es grave que lo hayan olvidado los argentinos, pues la obra de Ascasubi no tiene vigencia ni la tuvo en su momento, mientras que la de Hernández la tuvo a su hora, la sigue teniendo y la tendrá mientras un hábil político sepa usarla como arma de combate para exaltar la rebelión de los oprimidos. Grave es, en cambio, que algunos historiadores de la literatura olviden u omitan esta evidencia.

Logrado el impacto doble con *El gaucho Martín Fierro* de 1872, a Hernández le quedaban dos caminos, como ya hemos dicho: dejar la guitarra hecha astillas, para que su protesta siguiera ganando ediciones, o valerse de su fama entre el paisanaje para salvar al gaucho del aniquilamiento a que estaba condenado por la *élite*. Y como sus bien conocidos afanes didácticos iban apareados sólidamente a su fibra de caudillo y a su instinto de cantor, puso todo su ser y su saber campero y pueblerino al servicio de la educación del paisanaje, volcándolo en *La vuelta de Martín Fierro* de 1879, destinada ahora al gaucho —no al antigaucho—, aunque aprovechara la ocasión para golpear allí en donde el hierro estuviera caliente.

El contenido intencional de la *Vuelta* no deja lugar a dudas. Véase la composición del poema en sus 33 cantos. Del primero, introductorio, ya nos hemos ocupado con algún detalle (versos 2317 a 2478). Los cantos 2 a 10 (versos 2479 a 3872) se refieren a los peligros, las angustias, los dolores y las desazones que pasa el gaucho inadvertido que, ansioso de libertad, va a mezclarse con el 'salvaje'; y termina declarando que entre el infierno del indio y el infierno de la política gubernativa, se queda con este último:

3863/66 Me voy, le dije, ande quiera,
aunque me agarre el Gobierno;
pues infierno por infierno,
prefiero el de la frontera.

El canto 11 relata la alegría de Fierro al tener noticias de sus hijos, y sirve de introducción para la presentación de éstos, que encarnan diversos personajes gauchos. El 12 cuenta las aventuras del hijo mayor, que harto de miserias sufre encima la injusticia, y de puro ignorante termina en la penitenciaría; y aunque pintado con fuertes colores los horrorosos sufrimientos allí padecidos, pone también de manifiesto la bondad intrínseca de los guardianes de la ley, como advirtiendo que no se trata de sadismos personales, sino de vicios inherentes a la administración carcelaria, que deben ser corregidos por la autoridad competente: quiere, así, destacar el horror por las consecuencias emergentes del delito, haciendo entender a los gauchos que no son los hombres sino las leyes las que castigan, sin que ello quite la necesidad de una reforma administrativa:

4371/88 Grabenló como en la piedra
cuanto he dicho en este canto;
y aunque yo he sufrido tanto,
debo confesarlo aquí:
el hombre que manda allí
es poco menos que un santo.

Y son güenos los demás,
a su ejemplo se manejan;
pero por eso no dejan
las cosas de ser tremendas.
Piensen todos y compriendan
el sentido de mis quejas.

Y guarden en su memoria
con toda puntualidá,

lo que con tal claridá
les acabo de decir.
Mucho tendrán que sufrir
si no creen en mi verdá.

Desde el canto 13 al 19 (versos 4401 a 5218), el hijo segundo de Fierro cuenta sus pintorescas aventuras con su malhadado tutor, el Viejo Vizcacha; en estos siete cantos, Hernández introduce los más útiles apólogos del refranero popular con el objeto de prevenir al paisanaje contra los abusos de la 'viveza' criolla, y al mismo tiempo quiere ponerlos en guardia por eventuales ingenuidades; aprovecha, también, para formular agudas críticas sobre costumbres camperas que deben ser desarraigadas, como la práctica del curanderismo. Tales críticas se intensifican a partir del canto 21 —el 20 sirve para introducir a Picardía, el hijo de Cruz—, combinándolas con anatemas a la vagancia, vicio al que era por demás afecto el hijo del buen amigo, y en ello se extiende hasta el canto 28 (versos 5257 a 6202). En el canto 29 introduce Hernández un moreno que desafía a Fierro⁵¹ (versos 6203-6232), y en los cuatro últimos cantos (versos 6233-7210) el poema trata extensamente los más diversos temas de la vida hogareña, sentimental, religiosa, laboral, social, económica y cultural del gaucho, tanto en las payadas entre Fierro y el moreno cuanto en los consejos destinados por Fierro a sus hijos y al de Cruz. A propósito, conviene advertir que, aunque derrota al moreno en buena ley, procura eludir la pelea de rigor luego de señalar la inutilidad de la venganza.

A partir del verso 7133 (canto 33), hay un verdadero plan de acción que Fierro propone a los gauchos que lo escuchan, para acabar con la vida errante y sin sentido social. Ahora, más que consejos, asienta mandatos

⁵¹ En tanto es un negro forastero que desafía al cantor *men-tao*, puede haber algunas influencias de la versión de Santos Vega corriente hacia 1877.

a manera de aforismos, comenzando con una postulación de derechos inherentes a la ciudadanía, que el gaucho debe reclamar para sí:

7139/44 Es el pobre en su orfandá
de la fortuna el desecho.
Porque naides toma a pechos
el defender a su raza.
Debe el gaucho tener casa,
escuela, iglesia y derechos.

Todo se conseguirá a su hora; más para ello también debe el gaucho poner mucho de sí: especialmente, debe recordar que forma la masa popular, y que en tanto esa multitud tenga conciencia de que debe mejorar su destino, las cosas se irán arreglando paulatinamente:

7151/56 Mas Dios ha de permitir
que esto llegue a mejorar;
pero se ha de recordar,
para hacer bien el trabajo,
que el fuego, pa calentar,
debe ir siempre por abajo.

Hernández conoce su fama entre el gauchaje; y se vale también de ella para infundir la confianza en el porvenir que esos paisanos necesitan; por eso les entrega *La vuelta de Martín Fierro*, grávida de prudentes consejos y pautas de conducta:

7169/74 Y en lo que explica mi lengua
todos deben tener fe.
Ansí, pues, entiendanmé,
con codicias no me mancho,
no se ha de llover el rancho
en donde este libro esté.

Pero no le basta con esa afirmación. Quiere también Hernández dejar constancia expresa de su solemne

compromiso ante el paisanaje de que dedicará todo su esfuerzo, toda su acción, toda su vida —como buen caudillo que íntimamente era—, a la tarea que ha emprendido de educar y defender a sus paisanos desgraciados:

7181/86 Y guarden estas palabras,
que les digo al terminar:
en mi obra he de continuar
hasta dárselas concluida,
si el ingenio o si la vida
no me llegan a faltar.

Y en tanto sabe que su voz llega al alma de esos gauchos que quiere educar y defender, se autodeclara símbolo de lo gaucho:

7187/98 Y si la vida me falta,
tenganló todos por cierto,
que el gaucho, hasta en el desierto,
sentirá en tal ocasión
tristeza en el corazón
al saber que yo estoy muerto.

Pues son mis dichas desdichas
las de todos mis hermanos.
Ellos guardarán ufanos
en su corazón mi historia;
me tendrán en su memoria
para siempre mis paisanos.

En *El gaucho Martín Fierro* de 1872, el final, trágico, apenas si esbozaba una esperanza de dudosa pervivencia. Por el contrario, en *La vuelta de Martín Fierro* de 1879 el sentido de lo gaucho perdurará eternamente. Por eso mismo hace un llamado a la concordia, aconsejando olvidar pasadas rencillas para que todos puedan concurrir en mancomunado esfuerzo al logro del bien común:

7199/204 Es la memoria un gran don,
cualidá muy meritoria;
y aquellos que en esta historia
sospechen que les doy palo,
sepan que olvidar lo malo
también es tener memoria.

El poema de 1872 terminaba desafiante, con el dedo acusador en alto para señalar que había querido sacar los trapitos al sol, diciendo —como en paráfrasis a la sátira de Quevedo⁵²— lo que todos saben y nadie dice. Muy lejos de esa intención, en el poema de 1879 Hernández quiere beneficiar a todos sin pelear con ninguno:

7205/10 Mas naides se crea ofendido
pues a ninguno incomodo;
y si canto de este modo
por encontrarlo oportuno,
no es para mal de ninguno
sinó para bien de todos.

A mérito de los contenidos de los poemas de 1872 y 1879, parece indudable la diversidad de intenciones de Hernández. La reacción que la *Vuelta* provocó en la *élite* no pasó de ser la que produce una buena obra inteligentemente elaborada. La primera edición de la *Vuelta* lleva, a manera de prólogo, unas pocas páginas tituladas *Cuatro palabras de conversación con los lectores*, presentación de la que luego nos ocuparemos; al final, en

⁵² QUEVEDO Y VILLEGAS, FRANCISCO DE, *Epístola satírica y censoria (al Conde-Duque de Olivares)*. Dice al comienzo de ella:

No he de callar, por más que con el dedo,
ya tocando la boca, o ya la frente,
silencio avises o amenazas miedo.
¿No ha de haber un espíritu valiente?
¿Siempre se ha de sentir lo que se dice?
¿Nunca se ha de decir lo que se siente?

apenas media página, agradece Hernández a Tomás Guido una conceptuosa carta que se publicó en *La Tribuna* y *La Prensa* y reprodujeron luego otros periódicos; apunta también aquí el autor su agradecimiento a Adolfo Saldías y a Miguel Navarro Viola por sus estimulantes elogios, e informa finalmente que, ante la inminente edición de la *Vuelta*, aparecieron buenos augurios en *El Herald* de Azul, *La Patria* de Dolores, *La Capital* de Rosario y otros “diversos periódicos de la ciudad y campaña”. La segunda edición y las sucesivas llevan idénticos agregados, sin ninguna modificación ni ampliación; poco después, la *Vuelta* pasó a integrar una unidad con el primer argumento, editándose ambos poemas en un mismo volumen.

Muy distinta cosa ocurrió con las ediciones de *El gaucho Martín Fierro* posteriores a 1872. Una tras otra fue agregando cartas, comentarios y opiniones que diversos personajes representativos enviaron a Hernández, cuyos párrafos están colmados de rico sabor político. En julio de 1878 apareció la undécima edición del poema de 1872⁵³, agotados en cinco años y medio la friolera de 41.000 ejemplares; hoy mismo solo en casos excepcionales un libro argentino logra un éxito semejante en librerías, y en su época fue algo increíble. A propósito de esta fabulosa venta, el editor anota: “Tan singular producción, que causa maravilla cuando se estudia el progreso de su carrera, no vive y ensancha su crédito por una belleza literaria, que no le falta, sino porque está destinada especialmente a defender una clase abatida por los abusos del poderoso, cada uno de esos habitantes de la campaña necesita buscar en su lectura la razón de su derecho, casi siempre desconocido, y tener a la vista el drama palpitante del sufrimiento y de la deso-

⁵³ HERNÁNDEZ, JOSÉ, *El gaucho Martín Fierro*. (Undécima edición precedida de varios juicios críticos a propósito de la primera y ordenada con tres láminas y el retrato del autor). Buenos Aires, Librería Nueva Maravilla (Victoria 287), 1878.

lación, que una política errada presenta cada día en las vastas soledades del desierto”.

¿Qué había de cierto en estas aseveraciones del editor cuando sacó la tirada del poema inmediata anterior a la aparición de la *Vuelta*? Veamos algunos testimonios contemporáneos:

El 8 de octubre de 1869, es decir, tres años antes de que apareciera *El gaucho Martín Fierro*, el senador santafesino Nicasio Oroño protestaba ante sus pares de la Alta Cámara: “Cuando la grito ha llegado a su último punto; cuando ha venido a comprobarse que las guarniciones de los fortines eran insuficientes, que estaban desnudas, desarmadas, desmontadas y hambrientas; solo entonces se ha visto que, por una especie de pudor y a pesar de sus denegaciones, el Ministerio trataba de enviarles siquiera lo indispensable para mitigar el hambre y cubrir la desnudez de los soldados”. Naturalmente, esos soldados abandonados a la buena de Dios, eran gauchos...

No parece, sin embargo, que el Ministerio haya seguido siendo solícito, a pesar de la grito y las comprobaciones del caso, pues el 14 de noviembre de 1872 —apenas un mes antes de que apareciera la obra de Hernández— el diario de Mitre, *La Nación*, publicaba, entre otros, estos elocuentes párrafos: “Desde 1862 hasta la fecha se han invertido 23 millones de [pesos] fuertes, solo en la frontera, y si a esto se agrega el monto de las propiedades particulares perdidas, el decaimiento de la industria, la depreciación de la tierra, el trastorno que causa el servicio forzado, el cautiverio de centenares de personas y la muerte de mayor número, tenemos que retroceder espantados ante este cuadro de desolación y ruina, cuya exactitud parecería sospechosa, si no estuviese confirmada por hechos que todos conocen, de una incontestable evidencia. [...] Parece que el despotismo y la crueldad con que tratamos a los pobres paisanos, estuviese en la sangre y en la educación que hemos recibido. Cuando ven al hombre de nuestros campos, al

modesto agricultor, envuelto en su manta de lana, o con su poncho a la espalda, les parece que ven al indio de nuestras pampas, a quien se creen autorizados a tratar con la misma dureza e injusticia, que los conquistadores empleaban con los primitivos habitantes de la América. [...] Cuando se quiere mandar un contingente a la frontera, o se quiere organizar un batallón, se toma por sorpresa o con sorpresa al labrador y al artesano, y mal de su grado se le conduce atrincado a las filas”... Y no vale la pena extender la transcripción.

Aunque Mitre —o su cronista— hace las de Posadas en 1814, y cambia ‘gauchos’ por ‘labradores’, ‘agricultores’, ‘hombres de nuestros campos’, y hasta ‘artesanos’ en su afán de buscar sucedáneos, es indiscutible que se refiere, no más, a los gauchos; no asienta esa voz porque, a la sazón, sonaba a grosera para las *élites* urbanas. El 23 de marzo de 1873, *La Tribuna* de Montevideo lo confiesa palmariamente: “Al leer las páginas interesantes de *Martín Fierro* —dice un comentarista— nos hemos reconciliado con el infeliz *gaucho*. Francamente, lo querríamos mal. El chiripá, la bota de potro y el inseparable pañuelo al cuello, nos prevenían siempre desfavorablemente; lo creíamos feroz cuando tal vez pudo ofrecernos techo y alimento en el *rancho* en que pasa su vida”.

Buenos Aires, con despectiva superioridad, resolvió ignorar la obra de Hernández, como si su silencio fuera suficiente para defenestrar esa protesta airada. Los primeros aplausos llegaron desde la otra Banda, en ancas de *La Tribuna*, periódico que, a partir de su honesta declaración, se transformó en catapulta de la gloria de Hernández. El humilde folletito gaucho fue recibido con júbilo en España, en Estados Unidos, en Francia y hasta en las Antillas. Una entidad literaria yanqui designó a Hernández miembro honorario, y por conducto de *La Tribuna* montevideana se esforzó por conseguir un retrato del bardo pampeano. Esto ocurría en junio de 1873; y hasta entonces, la prensa argentina, en general, seguía silenciosa, obediente al ejemplo porteño.

A fines de 1873 rompió ese silencio *El Mercurio* de Rosario, en un vibrante artículo que *La Tribuna* reprodujo en Montevideo íntegramente el 13 de diciembre. El diario rosarino salió a la palestra haciéndose eco de una carta que su colega de Montevideo había recibido desde Nueva York, en la cual se ponía de manifiesto la valoración que en Estados Unidos se había hecho de *El gaucho Martín Fierro*; y el cronista de Rosario, entre otras consideraciones, apunta: “La obra de Hernández, pues, ya es popular en el extranjero y ha dado a su autor una justa celebridad. En tanto, ¿qué ha hecho la prensa argentina? ¿Se ha ocupado acaso de recorrer sus páginas, de formular su juicio, de saludar siquiera a su autor? No; ha callado con el abandono que le es peculiar, cuando se trata de las figuras distinguidas que se levantan entre nosotros. ¡Mezcla de egoísmo y de indiferencia, donde no brota una chispa de ese fuego santo, que en el lenguaje patriótico, llámase orgullo nacional! Nosotros no creamos reputaciones, antes bien, devoramos nuestros hijos a semejanza del Dios de la fábula. [...] ¿Quién conoce la obra de Hernández, sin embargo de haberse anunciado en las librerías? Sus compatriotas, los argentinos, muy pocos; pero en cambio ya es aplaudida en la Banda Oriental, en Norteamérica, en España y en París. Muy pronto será conocida en todas partes del mundo, donde haya quien hable el idioma de Cervantes. ¿Y eso a quién lo debemos? —a los extranjeros que nos honran”.

Así se enteró la prensa argentina de que Hernández, pese al silencio decretado en torno, era un valor mundial de las letras. Y que mientras el analfabeto paisano recitaba de memoria sus cantos, la orgullosa *élite* ignoraba su existencia: esos grupos que se esforzaban por imitar lo europeo, se dieron de narices con la curiosa circunstancia de que a la civilizada Europa le interesaba lo que ellos creían indigno por bárbaro. Así, más o menos desde las postrimerías de 1873, la *élite* y su prensa comenzó a preocuparse por *El gaucho Martín Fierro*,

hasta el extremo de que —¡oh, la incurable farolería!— llegó a reproducirse el poema de pe a pa unas veces, y otras casi totalmente, en *La Pampa*, *La República*, *La Libertad* y hasta en *La Prensa*; a estos diarios metropolitanos habían precedido poco antes *La Tribuna Oriental* de Paysandú, *El Pueblo* de San Nicolás, *El Noticioso* de Corrientes, *La Época* de Rosario y *La Prensa* de Belgrano...

Hubo, sin embargo, voces aisladas y valientes que desde mucho antes habían ponderado los valores del poema gaucho. Una de ellas fue la del célebre historiador Mariano A. Pelliza, quien descubrió el valor de *Martín Fierro* como algo muy distinto del ‘compadre’, y escribió una larga carta a Hernández en fecha 27 de marzo de 1873. En ella, sin entrar de lleno en el análisis político, hace algunos comentarios que consideramos interesantes: “*Martín Fierro* —dice— es la encarnación de la multitud: órgano reproductor del lamento de los gauchos sujetos al bárbaro servicio de fronteras que, como una onda poderosa, vino a estrellarse ante la indiferencia granítica de los gobiernos”. Señala también Pelliza que Hernández “se hallaba en condiciones ventajosas para desarrollar su tesis, porque habiendo vivido por mucho tiempo en contacto con el gauchaje de las cuatro provincias litorales, y siendo como es, un observador fino y de criterio, tenía que ofrecernos en sus cuadros la verdad, eterna fuente de la belleza”. Y termina su carta —a la que volveremos luego— con una categórica declaración: “Ni como aspiración noble a favor de los habitantes del campo, ni como crítica de los abusos cometidos en el servicio de fronteras, ni como interpretación del gaucho moralmente juzgado, he tenido, hasta hoy, la ocasión de leer algo que le aventaje”. Conviene tener en cuenta que Pelliza, a pesar de sus vicisitudes, no era un apologista de las masas ni del caudillismo, y menos del ‘rosismo’ de tinte oclocrático. De allí que atribuimos gran interés a esa tajante afirmación que, por ser de época, adquiere singular valor: “*Martín Fierro* es la

encarnación de la multitud". En 1872 el número de inmigrantes era aún escaso, y la masa estaba compuesta, efectivamente, por paisanos, campesinos, jornaleros, peones o como se quiera llamar a los gauchos personificados en Fierro.

Tampoco faltó valentía a alguna hoja impresa. El 6 de febrero de 1873 —o sea dos meses después de aparecido el libro y uno antes de que Pelliza escribiera su carta—, *El Mercantil* publicó un comentario firmado por *Lautaro*, en el que ponía de manifiesto que el interés del diario se había despertado ante "el brillante éxito que ha obtenido en la campaña" la obra de Hernández; y al leerla, descubrió el cronista que dicha producción "está muy lejos de lo que generalmente se llama un *fiambre*", pues entre sus méritos cabe apuntar que "el más ignorante paisano comprenderá el fondo de verdad y aun la moral del argumento". Y *Lautaro* apunta enseguida inteligentes observaciones: "*Martín Fierro*, no es el tipo de gaucho patriota que allá en la alborada de nuestra independencia nos describía Hidalgo; entusiasta, indomable y cristiano. No es tampoco el gaucho que nos exhibe Ascasubi luchando por las libertades de su patria en los ejércitos de Paz o Lavalle —ni menos el paisano semieducado que nos pinta Del Campo en su popular *Fausto*—, *Martín Fierro* es una creación de otro género; es el hijo desheredado de una raza de centauros, envilecido, perseguido, y menospreciado por la sociedad en que vive, engendro miserable de la guerra civil y la ignorancia, con todo el caudal de pasiones que puede abrigar en su corazón un ser humano, y sin siquiera el derecho de manifestarlas libremente; verdadero paria de nuestros días, pero indomable; ignorante, pero con arranques de nobleza; resistiéndose a ser arrasado al ignominioso servicio de frontera; y batiéndose como un león con la partida del pago. Jinete como un tártaro, fuerte como un atleta, práctico en las inmensurables sendas del desierto como un árabe, sufrido, sobrio como nadie en el mundo: esto es algo de lo que el autor nos hace

conocer en su tipo, y a la verdad que la creación no ha podido ser más feliz. Aquí en los grandes centros de población nadie se cuidará del tipo; todo el mundo ignora que a esa raza de hombres que va desapareciendo empujada de las brisas de la civilización, se le deben nuestra independencia y nuestras libertades!".

Es muy importante tener en cuenta que todas estas opiniones y comentarios, y muchos más, fueron agregados por los editores en las tiradas sucesivas del poema de Hernández. Y hemos reservado para postre el más rico de esos comentarios de época: la carta enviada a Hernández desde Montevideo por Juan María Torres, el 18 de febrero de 1874, la cual fue publicada días después en *La Patria* con la denominación *Juicio crítico sobre Martín Fierro*. Dejaremos de lado —como hemos hecho con los comentarios anteriores— aquello que se refiere al aspecto literario, para seleccionar algunos trozos que ponen de manifiesto las implicaciones políticas y sociales que el poema tuvo en su época, cuando se enfrentó al silencio de la *élite* antigaucha esta expresión gaucha radicalmente alejada del afán europeizante.

"*Martín Fierro* es una creación verdadera —dice Torres—, de que debe enorgullecerse la literatura de su país, y que acaso no será comprendida, ni estimada en lo que vale, porque no debe su existencia a un nombre inglés, francés o yankee, a uno de esos nombres de celebridad acaso innmerceda, pero ruidosa, que atestan el mundo de necedades, y que el mundo recoge o aplaude como si fueran bellezas reales. ¿Por qué esta fatalidad? porque nadie se cree ilustrado si no habla de lo que no entiende, si no aplaude lo que es desatinado y absurdo, pero que tiene el raro mérito de haber nacido muy lejos del país, y de autor estrepitoso y extranjero."

Compara enseguida cómo los norteamericanos han sabido valorar los méritos de sus hombres; y a propósito de los homenajes tributados allá a Fenimore Cooper —autor de sencillas pero cálidas novelas locales— y del silencio que aquí se guarda respecto de Hernández,

agrega: "¿Por qué entonces esa diferencia? porque Copper [sic] nació en país donde se tiene orgullo en ser yankee, y en preferir lo propio a lo ajeno; y *Martín Fierro* en otro, en donde se tiene orgullo en ser necio; donde casi es vergüenza haber nacido en él, y donde se desdénia lo de casa por bueno que sea, para tomar y aplaudir lo ajeno aunque no valga nada". El toque nacionalista, como se ve, es hondo. Y como nosotros hemos señalado con hartura ese desbordante afán europeizador de la oligarquía paternalista, podemos valorar mejor el párrafo transcrito.

Pero Torres no se conforma con esa acusación. Está dispuesto a atacar de frente la farsa culterana de la *élite*, y resuelve decir de manera categórica e indudable que esa mismísima *élite* constituye, precisamente, el 'vulgo' ignaro supuestamente inferior: "Para el vulgo, para los que no comprenden lo que leen —y entre éstos hay mucha gente de pro— solo es una historieta gauchesca, buena cuando más para ser cantada en las pulperías y fogones de campaña, pero indigna de ocupar por un momento los ocios de las altas y serias inteligencias, que con su vanidad y su ignorancia honran y dirigen al país". Mas, no contento con esta mordedura sangrienta, agrega: "Para estas gentes, que con decir: 'los gauchos no inventaron el vapor ni el telégrafo (cosas que tampoco inventaron ellos), los gauchos se van', creen haberlo dicho todo, *Martín Fierro* no tiene, ni puede tener importancia; pero para los que saben leer, para los que comprenden lo que leen, la tiene y grande".

Entonces comienza Torres un ataque despiadado, con el objeto de mostrar que la obra de Hernández representa "una lección de Gobierno administrativo que todo hombre serio e ilustrado debe tomar". El resto de la carta es un alegato vehemente, hasta inspirado. A lo largo de doce páginas, en las que de continuo intercala estrofas del *Martín Fierro* que poetizan sus aseveraciones, se torna agrio fiscal acusador y pasa revista a la administración gubernativa, señalando con su índice

catoniano las pestilentes lacras denunciadas por Hernández. Vayan, como muestra, algunos párrafos:

"¿Hay que reforzar la guarnición de la frontera? Se hace una arreada de estos desgraciados ni más ni menos que como en otro tiempo se hacían las correrías de las yeguas y ganados baguales. Se les acecha como a bestias, y se cae repentinamente sobre ellos. Los más diestros o previsores, escapan; pero el mayor número queda, y sin atender a súplicas, ni a miramientos de razón o justicia, los arrancan a los brazos de sus mujeres, de sus hijos, a sus pocos bienes que quedan perdidos, y reuniéndolos a otros tomados del mismo modo, los llevan a la frontera. [...] ¿Es razonable, es digno este modo de proceder? ¿Hay equidad, hay justicia en hacer pesar exclusivamente sobre estos desventurados, un servicio que debía pesar igualmente sobre todos los ciudadanos o que mejor aún, debía ser hecho por tropas de línea? ¿Hay equidad, hay justicia en tenerlos indefinidamente en la frontera, donde cuando no mueren, o huyen, se envejecen, mientras sus familias se disuelven, y sus pocos bienes se pierden? ¿Hay dignidad, hay justicia en tenerlos sin paga, y hambrientos en desiertos inhospitales, donde el sol los abrasa, el frío los hiela y el indio los diezma? Pero, ¿es solo esto lo que sufre el pobre paisano? ¡No! hay algo que es mucho peor, y es el trato bárbaro, inhumano que reciben de sus jefes, de los cuales son, no soldados, sino esclavos." Y a continuación el panegirista de *Martín Fierro* reproduce los versos 415 a 430 del canto tercero, esgrimiéndolos como valiente y decidida denuncia pública:

415/30 Y qué indios ni qué servicio:
si allí no había ni cuartel.
Nos mandaba el coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel.

Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice un quincho, corté paja...
¡La pucha que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!

Y es lo pior de aquel enriedo
que si uno anda hinchando el lomo,
se le apean como un plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!

Curiosamente, sin embargo, elimina los siguientes versos, 431 y 432, que resumen con incisiva ironía la protesta:

Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.

Lo dicho es apenas el comienzo. Torres sigue con su denuncia implacable, dura, punzante: "Pero aun hay más —anota—, y es que ocupándolos en estos trabajos, ni los arman, ni los instruyen, ni los disciplinan, de modo que cuando los bárbaros llegan, se encuentran tan nulos y tan incapaces de medirse con ellos, como lo estaban al dejar sus familias, lo cual explica esas continuas y sangrientas derrotas. ¿Es digno de un pueblo culto, es honroso para un gobierno que se dice ilustrado, que esto suceda?"

Y el alegato toma ahora forma de ataque directo a ese "gobierno que se dice ilustrado". Es decir, no directo, pues en ningún momento personaliza a nadie... Pero es tan terrible la alusión, que no deja dudas. El párrafo que sigue es la cúspide de la violencia, y seguramente habrá arrancado a Sarmiento alguna frase interjectiva irreproducible: "Y no hay que decir que el pueblo y el Gobierno lo ignoran —agrega Torres apurando la crítica—, pues hasta los ciegos y los sordos lo saben. ¿Por qué sucede, pues? Porque el pueblo culto sumergido en

la molicie y los goces, mira con apatía, con culpable indiferencia las lágrimas y los sufrimientos que corren y se padecen en lo que llaman fango de la sociedad; y a los que gobiernan, les es corto el tiempo para las exigencias de la fortuna y de la vanidad. ¡Los Presidentes, los Ministros, ocuparse de los dolores, de los infortunios de tales gentes! Sería asqueroso; indigno de su carácter y de su ilustración"... El 'palo' no puede ser más directo, ni más violento... ni más exacto. A propósito de esta ocuparse la farolera *élite* gobernante de asuntos comunes, recuérdese aquella pedantesca expresión del mismo diario *La Patria* que, en su edición del 4 de agosto de 1886, en el *akmé* de la farolería, hace referencia a las importantísimas cosas de que tenían que ocuparse "los hombres eminentes de la República Argentina", para perder el tiempo atendiendo a 'cómicos' como Sarah Bernhardt...

En otra parte de este estudio crítico y alegato político, Torres resume admirablemente y en pocas líneas el argumento de *Martín Fierro*, centrado en su desgracia de haber servido al Gobierno. "Tenía rancho —acota—, hacienda, mujer, hijos, y era feliz. La autoridad lo arranca de su hogar, lo arrebató a sus afecciones, lo lleva a la frontera, al desierto, al hambre, al frío, a los tormentos, a los peligros, para que con su valor y su sangre defiendan la sociedad, siempre agredida, o amenazada por los indios. Lo llevan, prometiéndole alimentos, ropa, paga y libertad a los seis meses de servicio. En vez de alimento, encuentra hambre, en vez de ropa, desnudez y frío; en vez de paga, palos y estaqueadas; y en vez de seis meses, se pasan más de tres años sin que se piense devolverlo a su familia. Desesperado con su esclavitud y su miseria, huye de una tiranía insostenible, de un servicio que había ultrapasado los límites del deber y de la justicia, y vuela a su rancho, a los brazos de su mujer y de sus hijos". Enseguida reproduce varias estrofas que, como advierte, "parten el corazón", pues cuenta que a su retorno no halló nada, quedándose

“más triste que Jueves Santo” (verso 1020). De ellas, hay dos realmente estupendas para señalar la tragedia familiar a que condujo la arbitrariedad administrativa; una está referida a la mujer, justificando su adulterio; la otra a los hijos, de los que nada sabe:

1051/56 ¡Y la pobre mi mujer
Dios sabe cuánto sufrió!
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán,
sin duda a buscar el pan -
que no podía darle yo.

1075/80 Los pobrecitos tal vez
no tengan ande abrigarse,
ni ramada ande ganarse,
ni rincón ande meterse,
ni camisa qué ponerse,
ni poncho con qué taparse.

Corta Torres el argumento, porque quiere aprovechar la oportunidad para intercalar otra cuña política en su alegato: “Estos versos tan naturales, tan sentidos —sique—, que parecen escritos con lágrimas; estas quejas tan tiernas, tan patéticas, y que harían llorar a las piedras si las tuvieran: ¿No dicen nada al corazón, ni a la inteligencia de las gentes que se llaman ilustradas; de los hombres que gobiernan y hacen las leyes? ¿No conmoverán a los que tienen el poder y el deber de poner término a tales atrocidades, a tales sufrimientos? Probablemente no, porque *Martín Fierro* es un bárbaro, un gaucho que se va. ¿Qué importa entonces que haya nacido en el país, que haya derramado su sangre defendiéndolo contra los extranjeros o los indios, que la haya derramado en las contiendas civiles en defensa de Gobierno, de libertades y leyes, de que gozarán otros; pero de que él jamás gozará? ¿Quién es él, para interrumpir con sus penas los placeres y el sosiego de un hombre

ilustrado, de un hombre del poder? ¿Qué importa su llanto, sus desgracias, si la sociedad, si los gobiernos están a demasiada altura para fijarse en los dolores, en los infortunios que yacen a sus pies?”

Dado el golpe, continúa Torres el interrumpido argumento de *Martín Fierro*, después de señalar que la autoridad contribuyó canallescamente a volatilizar los bienes del gaucho: “Sin familia, sin bienes, sin hogar, y perseguido como un vago, halla refugio en la pulpería y el pajonal; se hace nómada y camorrista, frecuenta las *milongas*, y pelea y mata, porque destruidos los lazos que lo unían a la sociedad, su miseria, la persecución que se le hace, y el continuo peligro en que se encuentra, han borrado de su mente toda idea de sociabilidad, y despertado en él los instintos del desierto, la soledad, la independencia y el desprecio de la vida propia, como de la ajena”.

Concluido el argumento, lanza Torres el último dardo político: “Tales son —exclama— las consecuencias que un detestable sistema de gobierno y de administración produce en las provincias argentinas del Oeste del Plata, y por eso dijimos, que *Martín Fierro* era antes que todo ‘una lección moral de Gobierno administrativo’. Póngase término a ese insufrible desorden, cámbiese ese cruel y vergonzoso sistema, y centenares de infelices dejarán de ir a engrosar las hordas salvajes, llevándoles el contingente de su valor y su desesperación”.

Este estudio de Torres es una fuente riquísima para nosotros. Sin perjuicio de los intereses que persiga el autor, constituye sin duda un precioso documento de época que ratifica palmariamente la protesta social contenida en *El gaucho Martín Fierro* de 1872. Y también pone de manifiesto que no hemos estado muy equivocados cuando, al analizar la mentalidad de la oligarquía paternalista, destacamos insistentemente esa peculiarísima característica de desprecio, o al menos de honda peyoración y marcado desinterés por todo cuanto se vinculara a las formas tradicionales de vida, en la medida

en que tales formas fueran impedimento para el trasplante liso y llano de Europa sobre la pampa.

Pero, además, todos estos comentarios, formulados por personajes relevantes, están indicando con indudable elocuencia que en un grupo de esa misma *élite* había prendido con fuerza el criterio doctrinario que en su momento enunció Mitre, referente a que el paisano, el hombre de campo, el gaucho —al que Mitre supone amestizado—, constituía el único elemento que efectiva y objetivamente podría constituirse en “principio de cohesión nacional”, en ese fárrago cosmopolita que invadía el país; de allí que Mitre también brindara su aplauso ponderativo a *Martín Fierro*. Porque esta obra de Hernández se diferencia radicalmente de todas las que hasta entonces se habían escrito, y supera a todas las que se escribieron después. En la misma carta —y dejando ya de lado la política— Torres advierte juiciosamente: “*Martín Fierro*, no es un gaucho sabio, un gaucho apócrifo, de esos que nos marean con sus gracejos vulgares y con la crítica que hacen de una sociedad que no conocen —valga la alusión a Estanislao del Campo—. *Martín Fierro* es un gaucho legítimo, que solo habla, pero bien, de lo que entiende, y que contándonos su historia, nos hace ver y comprender esos hombres tan numerosos, tan esparcidos en la base de la sociedad argentina, de quienes todo el mundo habla, pero muy pocos conocen. Hijo legítimo de las llanuras, nacido sobre el caballo, criado al aire libre, tiene en alto grado las calidades y todos los instintos del hombre de la naturaleza; es jinete, pastor, soldado, poeta y nómada; así sus cuadros son animados y tienen el colorido y la expresión de la verdad”.

Este grupo de la *élite* que ponderaba lo gaucho en tanto había aprendido a conocer sus valores, se esfuerza por eso mismo en evitar su aniquilamiento. Y Hernández, como ya hemos visto, se ingenia en *La vuelta de Martín Fierro* hasta hallar, a lo largo de treinta y tres cantos, un argumento propedéutico capaz de ubicar al

gaucho en la nueva realidad nacional, que, paralelamente, fuera ‘entrador’ en el paisanaje. En su lugar veremos en qué medida *entró* ese argumento de la *Vuelta* en la modalidad intrínseca del gaucho.

Así como el paisanaje se solazó con la *Vuelta* más que lo que se había entusiasmado con lo que popularmente pasó a llamarse la *Ida*, el culteranismo oligárquico-paternalista fue incapaz de comprender el valor didáctico de la *Vuelta* como se repugnó ante la *Ida*. En un valioso ensayo aporta Cutolo interesantes datos sobre el particular⁵⁴, y nos provee un fecundo testimonio de cómo entendió Navarro Viola —dirigente católico, y por tanto muy alejado del liberalismo a ultranza, que en su momento felicitó a Hernández más o menos por compromiso— los dos libros de Hernández. En tanto Navarro Viola distaba mucho de querer hacer el ‘caldo gordo’ al sector dominante de la *élite*, su opinión debe ser destacada. Como ya vimos, el afamado poeta tenía a su cargo el registro crítico del *Anuario Bibliográfico de la República Argentina*; y a propósito de los libros aparecidos en 1879, dice respecto de Hernández: “Su primer trabajo lleva el título de *Martín Fierro*. La *Vuelta* es hasta cierto punto inferior en el desenvolvimiento de los sucesos, demorados por extensos párrafos de enseñanza moral con pronunciado carácter didáctico. Parece que el autor se hubiese preocupado por borrar la mala impresión que su primer libro deja en todo lector sensato, por falta de una tendencia y fin moral en esa epopeya de crímenes puestos cuidadosamente en relieve como hechos heroicos. Esa circunstancia rompe el equilibrio y las proporciones de la narración, que encierra, sin embargo, muchos trozos de verdadera intención poética”.

La insensibilidad de Navarro Viola —que era de los menos insensibles— da la pauta de qué motivos tuvo

⁵⁴ CUTOLO, VICENTE OSVALDO, “La histórica edición de «La vuelta de Martín Fierro»”, en *Revista Universidad*, Santa Fe, U.N. L., abril-julio de 1960, pp. 227-236, *vide* nota 14 a p. 234.

Torres para formular sus duras críticas contra el purismo culterano de la *élite*. Navarro Viola no entendió los contenidos de los poemas de Hernández, ni aprehendió la riqueza de sus formas. Que no entendió los contenidos, queda probado por el disparate que asienta en el *Anuario*, sin sacar ningún provecho de su observación en cuanto al aspecto propedéutico de la *Vuelta*; pero ni siquiera repara que esa 'demora' en el relato de los sucesos, debida a intercalaciones marginales, se adecua exactamente al modismo campero, tan proclive a introducir divagaciones explicativas. Tampoco entendió Navarro Viola la revolución poética de Hernández, según queda probado con otro párrafo de su misma anotación: "El Martín Fierro y la Vuelta han adquirido —dice— una popularidad que nunca consiguieron las mejores producciones de Ascasubi y del Campo. Hernández está muy abajo de ellos en cuanto a la forma, especialmente en las exigencias de la versificación: la medida misma del verso es muchas veces defectuosa, y las rimas son casi siempre falsas". Ni es falsa la rima —que concilia la consonancia de la milonga en décimas con la tradicional asonancia del romance—, ni es defectuosa la medida: lo que pasa con la medida es que hay que saber leer con todos los defectos de pronunciación, acentuación y dicción que son inherentes al personaje gaucho que habla. Y en cuanto al valor estético, la situación mental de Navarro Viola le impide descubrir que en *Martín Fierro* y en la *Vuelta* hay infinitamente más poesía que en las obras de Ascasubi y del Campo.

Aunque habíamos resuelto dejar ya en paz a Torres, la peregrina tesis de Navarro Viola nos impulsa a volver al sagaz crítico, ahora para apreciar cómo juzga un sensible contemporáneo la poesía de José Hernández: "Poeta, es incorrecto y verboso, pero claro, verdadero y expresivo. Su narración esmaltada y embellecida por las metáforas e imágenes que emplea, es unas veces indolente y perezosa, animada y rápida otras, pero siempre sencilla, siempre verdadera, siempre melancólica. [...]

Quando describe, pinta, y sus cuadros son vivos y animados como la naturaleza misma". Y luego de reproducir unos cantos referidos al indio, exclama: "Esto es soberbio, magnífico, y hasta la versificación por su vigor, su rapidez y su pavorosa eufonía, es grande y digna de la pintura que traza. En ningún idioma puede hacerse nada mejor. El sentimiento que en todo el canto rebosa, es dulce hasta lo tierno; penetrante hasta el dolor. [...] Esta es la verdadera poesía, la poesía del dolor y del alma. ¡Cuántos volúmenes de necedades brillantes contienen las Bibliotecas, cuyo jugo exprimido, no vale el pensamiento y la ternura de estos pocos versos! [...] Habrá gentes, sin embargo, para quienes la belleza de pensamiento y de poesía de que está profusamente sembrada, no serán tales bellezas, por la razón soberanamente estúpida de que el estilo y el lenguaje, son gauchescos; como si bajo todos los lenguajes y estilos no pudieran manifestarse con propiedad y elevación, los sentimientos del alma, los quejidos del dolor, los encantos de la poesía!".

Navarro Viola, fiel representante de la mentalidad oligárquico-paternalista, ni siquiera advierte que el fin didáctico denunciado en la *Vuelta* dista mucho de ser un *mea culpa* de Hernández. El poema de 1879 estaba destinado al paisanaje, y el autor sabía bien que los gauchos le entenderían, aunque la *élite* creyera que, arrepentido, cantaba la palinodia. Y el gauchaje le entendió, ¡vaya si le entendió!... También Cutolo señala que en el prólogo de la novena edición de la *Vuelta*, los editores apuntaban "que uno de sus clientes, almacenero por mayor, mostraba en sus libros los encargos de los pulperos de campaña, y allí junto a 12 gruesas de fósforos, una barrica de cerveza y 100 cajas de sardinas figuraban nada menos que 12 *Vueltas de Martín Fierro*". Como se ve, la proporción entre gruesas de fósforos y obras de Hernández se mantiene incólume a lo largo de los años: 50 y 50 es lo mismo que 12 y 12. Con las gruesas de fósforos el paisanaje alumbraba sus ranchos, y con los

poemas gauchescos iluminaba sus mentes poco habituas a reflexionar...

No. El afán didáctico de la *Vuelta* no es un *mea culpa*, ni mucho menos. Por el contrario, es otra forma de desafío, aunque ahora el tono aparezca más cordial. *La vuelta de Martín Fierro* quiere mostrar y muestra que al gauchaje hay que enseñarle con métodos gauchos, no con sistemas importados de los Estados Unidos. La solución demográfica de la pampa se dará educando al gaucho, y no eliminándolo mediante el forzado enfrentamiento con el indio hasta que desaparezca el último resto del alma pampeana. Hernández sabe que el gaucho tiene valores insustituibles; y sabe también que la riqueza nacional, por muchos años todavía, sigue asentándose en la ganadería; y sabe que sin gauchos la ganadería argentina se derrumbaría irremisiblemente; y sabe que con eso se hundiría el país en la miseria, pese a toda la importación de gentes, costumbres, técnicas y maquinarias europeas.

Al gaucho no hay que eliminarlo: hay que educarlo. Para que tal programa sea posible tiene que aprender a leer, y sobre todo tiene que querer leer, porque el gaucho no hace lo que no quiere por más que le den palos para que lo haga. Si se le provee de un material que lo entusiasme, será el primero en esforzarse hasta lograr su objetivo. No le falta ni inteligencia ni voluntad: el problema reside en crearle un interés vital. Eso no se va a lograr mediante la milagrosa proliferación de escuelas y bibliotecas, tanto porque materialmente es imposible, cuanto porque el gaucho va a remolonear si se le impone la exigencia escolar, sobre todo a los hombres maduros. La obligatoria escolaridad infantil podrá ser una solución a largo plazo. Pero no basta enseñar a los futuros obreros del campo. El país se está incrementando ahora a pasos agigantados, y la obra educativa debe enfrentarse con un realismo que permita la inmediata elevación cultural y adaptación de esas masas analfabetas, ignaras, pero inquietas y, sobre todo, útiles.

Esto no es ocurrencia nuestra. Hernández lo sabía por lo menos desde 1874, vale decir, desde que advirtió que en menos de un año y medio la campaña había absorbido la friolera de 28.000 volúmenes de *El gaucho Martín Fierro*. Prueba radical, y suponemos que definitiva, de lo que acabamos de afirmar, es la carta de Hernández a los editores que integra el prólogo de la octava edición, fechada en Montevideo, agosto de 1874, cuyos párrafos principales reproducimos enseguida:

"Quizá tiene razón el señor Pelliza al suponer que mi trabajo responde a una tendencia dominante de mi espíritu, preocupado por la mala suerte del gaucho. Mas las ideas que tengo al respecto las he formado en la meditación, y después de una observación constante y detenida.

"Para mí, la cuestión de mejorar la condición social de nuestros gauchos no es solo una cuestión de detalles de buena administración, sino que penetra algo más profundamente en la organización definitiva, y en los destinos futuros de la sociedad, y con ella se enlazan íntimamente, estableciéndose entre sí una dependencia mutua, cuestiones de política, de moralidad administrativa, de régimen gubernamental, de economía, de progreso y civilización.

"Mientras que la ganadería constituya las fuentes principales de nuestra riqueza pública, el hijo de los campos, designado por la sociedad con el nombre de *gaucho*, será un elemento, un agente indispensable para la industria rural, un motor sin el cual se entorpecería sensiblemente la marcha y el desarrollo de esa misma industria, que es la base de un bienestar permanente, y en que se cifran todas las esperanzas de riquezas para el porvenir. Pero ese *gaucho* debe ser ciudadano y no paria; debe tener deberes y también derechos, y su cultura debe mejorar su condición. [...]

"No se cambia en un año, ni en un siglo a veces, la planta de la riqueza pública de una Nación. Muchas

falsas teorías, muchos principios erróneos [...] han sido a ser destruidos por los adelantos de la ciencia [...]. Así ha sucedido en todas las ciencias, así sucede por tanto en las ciencias sociales. [...] Los pueblos no ven ya en el aislamiento, que los condenaba a marchar paso a paso, realizando lentamente las conquistas de las ciencias, a asegurar su progreso y su perfeccionamiento. Hoy, sus evoluciones son menos tardías, llevan imprimiendo otro sello, y obedecen a otra tendencia. En nuestra época un país, cuya riqueza tenga por base la ganadería [...] puede no obstante ser tan respetable y tan civilizado como el que es rico por la agricultura, o el que lo es por sus abundantes minas, o por la perfección de sus fábricas. La naturaleza de la industria no determina por sí sola los grados de riqueza de un país, ni es el barómetro de su civilización. La ganadería puede constituir la principal y más abundante fuente de riqueza de una nación; y esa sociedad, sin embargo, puede hallarse dotada de instituciones libres como las más adelantadas del mundo; [...] De estas ideas, a darle a un libro la tendencia que se ha observado en el que nos ocupa, no hay distancia que recorrer. [...]

"Para abogar por el alivio de los males que pesan sobre esa clase de la sociedad, que la agobian y la abaten por consecuencia de un régimen defectuoso, existe la tribuna parlamentaria, la prensa periódica, los clubes, el libro, y por último el folleto, que no es una degeneración del libro, sino más bien uno de sus auxiliares, y no el menos importante. Me he servido de este último elemento, y en cuanto a la forma empleada, el juicio solo podría pertenecer a los dominios de la literatura. Pero en este terreno, *Martín Fierro* no sigue, no podía seguir otra escuela, que la que es tradicional al inculto payador. [...] Ojalá que *Martín Fierro* haga sentir a los que escuchan al calor del hogar la relación de sus padecimientos, el deseo de poderlo leer. A muchos les haría caer entonces la baraja de las manos."

No entramos a analizar aquí la teoría socio-econó-

mica de Hernández. Nuestro propósito es pesquisar su intención, y comprobar en qué medida sus proyectos cristalizaron en realidades. Un año y medio más tarde aparecía la décima edición de *El gaucho Martín Fierro*. Y los editores la precedieron de un prólogo fechado en Buenos Aires, enero de 1876. En él se dice: "Donde hay un lector y un cuaderno de *Martín Fierro*, la baraja y la taba están ociosas, y los gauchos sentados e inmóviles a la incierta luz de un mal candil, pasan horas enteras entregados al encanto de esa pintura vivaz e ingeniosa de los dramas animados y palpitantes del desierto. Este libro lleva en sus páginas los gérmenes fecundos de una reacción en las costumbres argentinas. Él despierta sentimientos nobles y dulces en los habitantes del campo, modifica sus hábitos y llegará a rehabilitarlos en el concepto público."

"Hacer que el gaucho lea o escuche lo que comprende; aquello que es capaz de analizar formando juicio sin necesidad de intérprete, irá desarrollando gradualmente su inteligencia. [...] Al gaucho es preciso hablarle de lo que le rodea: el círculo de su pensamiento es estrecho y no abarca lo que no es sensible a los sentidos. Ensayar su mejora sin buscar el apropiado elemento, es gastar tiempo y dinero sin resultado. Poner a su alcance un libro como el presente, es dar principio a la hermosa tarea de levantar su espíritu al nivel de su valor, haciendo de él un verdadero ciudadano, un auxiliar ilustrado de la democracia."

En julio de 1878 salía la undécima edición, inmediatamente anterior a la primera de la *Vuelta*, agotados ya en total 41.000 ejemplares. Y los editores decían: "Libro de alta crítica y de profunda filosofía, encubierto bajo la forma galana del verso, atrae y seduce a los lectores; educa y moraliza el sentimiento del paisano agreste, y despierta el afán de leerlo en la inteligencia adormecida del más ignorante de nuestros gauchos".

A la luz de estos testimonios se ve que Hernández estaba lejos, muy lejos de producir otro libro como *mea*

culpa. Cada vez más y más se intensificaba en él la convicción de que era menester llevar adelante la obra educativa por medio de folletos, vale decir libros pequeños y baratos, al alcance del gaucho. Semejante sistema era, por cierto, incomprensible y hasta absurdo para el criterio oligárquico-paternalista del que participaba, quizá a pesar suyo, Navarro Viola y su grupo antiliberal. Eso no encajaba con el viejo Comenio, ni con el método de Lancaster, ni con las renovaciones pestalozzianas, ni con ninguno de los esquemas didácticos que a la sazón se habían puesto de moda por obra del esfuerzo de Sarmiento. La didáctica escolar no servía para alfabetizar y educar a hombres maduros, curtidos, fieros, que, además, tenían buenas razones para desconfiar de cualquier plan cultural promovido por vía administrativa.

Hernández no estaba solo, sin embargo. Y lo más importante es que lo seguían los destinatarios de su enfoque educativo; los gauchos. Pero también lo acompañaban otros hombres relevantes, a los que el poema pampeano hizo reflexionar. El 12 de julio de 1874, desde París, ese médico-pedagogo que fue Ricardo Gutiérrez escribió a Hernández una carta de felicitación; decía en ella que había sido grande su asombro de ver cómo en Europa se aprovechaba la tradición artesana local, y que así resultaba que los países europeos estaban hechos por sus propios ciudadanos. Entretando, con melancólica ironía señala Gutiérrez que en Europa se creía que los gauchos eran... ¡antropófagos!... Por eso mismo, el corresponsal de Hernández ve que el poema gaucho abre la esperanza de que algún día se advierta que el gaucho es el elemento indispensable para nuestros "enormes trabajos rurales", tareas que de ninguna manera podría suplir la inmigración.

La tarea de Hernández fue doble: por una parte, quiso obligar a la *élite* a tener en consideración al gaucho, y para eso lanzó su rebelde protesta en *Martín Fierro*; por otra, debía también obligar al gaucho a que adecuara su comportamiento a las nuevas formas de vida

impuestas por el cambio operado en la vida rural, y para ello publicó la *Vuelta*. Las primeras ediciones de *La vuelta de Martín Fierro* llevan como breve prólogo todas estas ideas, que pueden resumirse con el verbo 'educar', sintetizadas por el mismo Hernández⁵⁵:

"Un libro destinado a despertar la inteligencia y el amor a la lectura en una población casi primitiva, a servir de provechoso recreo, después de las fatigosas tareas, a millares de personas que jamás han leído, debe ajustarse estrictamente a los usos y costumbres de esos mismos lectores, rendir sus ideas a interpretar sus sentimientos en su mismo lenguaje, en sus frases más usuales, en su forma más general, aunque sea incorrecta; con sus imágenes de mayor relieve, y con sus giros más característicos, a fin de que el libro se identifique con ellos de una manera tan estrecha e íntima, que su lectura no sea sino una continuación natural de su existencia. Solo así pasan sin violencia del trabajo al libro; y solo así esa lectura puede serles amena, interesante y útil."

El párrafo que antecede habla a las claras de la intencionalidad eminentemente didáctica de la *Vuelta*, poema que Hernández escribe, según propia confesión, con el propósito de contribuir práctica y eficientemente a la alfabetización del paisanaje. Y al mismo tiempo, el autor enuncia una doctrina didáctica, que solo muchos años más tarde tomaría cuerpo tras María Montessori: el libro alfabetizador debe representar un pasaje insensible, natural, espontáneo, del quehacer cotidiano al ejercicio intelectual. Nada tan acertado, sobre todo si se trata de educar a adultos. Hernández no hace cálculos alegres para un futuro remoto en el que los párvulos hayan pasado a ser hombres. Le interesan esos hombres que actúan en ese mismísimo momento. A ellos está diri-

⁵⁵ HERNÁNDEZ, JOSÉ, *La vuelta de Martín Fierro*. (Cuarta edición, adornada con diez láminas.) "Se vende en todas las librerías de Buenos Aires. Depósito central: Librería del Plata, calle Tacuarí 17, Buenos Aires, 1880 (Imprenta Coni)", pp. 3-6.

gido su afán propedéutico, porque son esos hombres, esos paisanos, esos gauchos, en fin, y no sus hijos ni sus nietos, los que están enfrentando aquí y ahora un cambio radical de la vida, razón por la cual aquí y ahora deben estar en condición de sobrellevar tal cambio para no perecer ahogados por su inadaptación.

El pensamiento didáctico de Hernández no termina allí. Conoce íntimamente la mentalidad de esos destinatarios de su libro, y sabe que si ellos quieren leerlo se ingeniarán para aprender a leer. Pero además de cumplir el libro funciones de manual alfabetizador, y en tanto llegará a hombres maduros y en su mayoría reticentes a aceptar regímenes educativos 'puebleros', debe concurrir a la educación integral de esas gentes. Hernández se ha formulado la pregunta de cómo educar, mediante un libro interesante, ameno y 'entrador', a esos hombres curtidos y muy poco proclives a escuchar prácticas propedéuticas, y se ha dado la respuesta:

"Enseñando —dice también el prólogo de la *Vuelta*— que el trabajo honrado es la fuente principal de toda mejora y bienestar.

"Enaltecendo las virtudes morales que nacen de la ley natural y que sirven de base a todas las virtudes sociales.

"Inculcando a los hombres el sentimiento de veneración hacia su creador, inclinándolos a obrar bien.

"Afeando las supersticiones ridículas y generalizadas que nacen de una deplorable ignorancia.

"Tendiendo a regularizar y dulcificar las costumbres, enseñando por medios hábilmente escondidos, la moderación y el aprecio de sí mismo; el respeto a los demás; estimulando la fortaleza por el espectáculo del infortunio acerbo, aconsejando la perseverancia en el bien y la resignación en los trabajos.

"Recordando a los Padres los deberes que la naturaleza les impone para con sus hijos, poniendo ante sus ojos los males que produce su olvido, induciéndolos por

ese medio a que mediten y calculen por sí mismos todos los beneficios de su cumplimiento.

"Enseñando a los hijos cómo deben respetar y honrar a los autores de sus días.

"Fomentando en el esposo el amor a su esposa, recordando a ésta los santos deberes de su estado; encareciendo la felicidad del hogar, enseñando a todos a tratarse con respeto recíproco, robusteciendo por todos estos medios los vínculos de la familia y la sociabilidad.

"Afirmando en los ciudadanos el amor a la libertad, sin apartarse del respeto que es debido a los superiores y magistrados.

"Enseñando a los hombres con escasas nociones morales, que deben ser humanos y clementes, caritativos con el huérfano y con el desvalido; fieles a la amistad; gratos a los favores recibidos; enemigos de la holgazanería y el vicio; conformes con los cambios de la fortuna; amantes de la verdad, tolerantes, justos y prudentes siempre."

En verdad, quien se propusiera llevar una obra semejante al campo argentino en 1879, merecería bien el título de Apóstol o de Misionero. E indudablemente en cuanto alguien comenzara a predicar en las pulperías y en las ramadas y en los fogones estos preceptos altamente morales y plausibles, se encontraría con que ni un solo gaucho estaría dispuesto a escuchar semejante perorata...

Pero a todo gaucho, en cambio, le resulta altamente placentero el ingenioso repertorio de los refranes pampeanos. "Qué singular es —asienta Hernández en el mismo lugar— y qué digno de observación, el oír a nuestros paisanos más incultos expresar en dos versos claros y sencillos, máximas y pensamientos morales [...] que la civilización moderna repite por medio de sus moralistas más esclarecidos, y que se hallan consagrados fundamentalmente en los códigos religiosos de todos los grandes reformadores de la humanidad". La proclividad

por el adagio, el apólogo, la moraleja, el refrán, no es, como advierte Hernández, una excepción pampeana; pero las gentes sencillas son, naturalmente, mucho más sensibles al impacto emocional que produce una máxima enunciada en el momento oportuno. Y en tanto conoce la ingenua sencillez del gaucho, sabe aprovechar la vía emotiva para desarrollar sus potencias mentales.

Quien se proponga, como Hernández, llevar a cabo entre los maduros y curtidos paisanos de la pampa un plan educativo que contemple los ambiciosos fines antes detallados, tendrá que recurrir, no más, al arbitrio de tocar las cuerdas sensibles, a fin de que tales principios morales sean absorbidos mediante intuiciones emocionales. De allí que Hernández afirme: "Un libro que todo esto, más que esto, o parte de esto enseñara sin decirlo, sin revelar su pretensión, sin dejarla conocer siquiera, sería indudablemente un buen libro; y por cierto que levantaría el nivel moral e intelectual de sus lectores aunque dijera *nadies* por *nadie*, *resertor* por *desertor*, *mesmo* por *mismo*, u otros barbarismos semejantes; cuya enmienda le está reservada a la escuela, llamada a llenar un vacío que el poema debe respetar, y a corregir vicios y defectos de fraseología, que son también elementos de que se debe apoderar el arte para combatir y extirpar males morales más fundamentales y trascendentes, examinándolos bajo el punto de vista de una filosofía más elevada y pura".

La declaración de Hernández es categórica. Déjese a la escuela la sistematización pedagógica y la corrección de los vicios de dicción, ortografía y sintaxis. Pero el campo argentino adolece de males cuya terapéutica exige acción inmediata y eficiente. El remedio no es quirúrgico. No hay gangrena ni atrofia para recomendar la amputación lisa y llana; hay solo una inadecuación de órganos que puede corregirse mediante la ejercitación higiénica. El progreso pampeano no se logrará, como quiere la *élite* europeizante que detenta el poder, eliminando brutalmente al gaucho, sino educándolo adecua-

damente. El gaucho es útil, necesario, y hasta imprescindible para el desenvolvimiento nacional; el cumplimiento de la inhumana sentencia condenatoria de la oligarquía paternalista, aparejaría en el momento un suicidio económico. Educándolo, se salvará el gaucho y se beneficiará el país.

No se opone Hernández a los brillantes planes de Sarmiento y su círculo. Pero advierte serenamente que así no se logrará nada con la población adulta de nuestros campos que, en definitiva, es la que tiene en sus manos la promisoría realidad de la ganadería, fuente principal, a la sazón, de la riqueza agraria. A ese paisanaje inculto, a esa buena gente ignara pero emotiva y voluntariosa, destina Hernández la *La vuelta de Martín Fierro*. Lanza con ello un nuevo desafío a la *élite* europeizante, seguro de que ese libro es lo que necesita el gaucho para redimirse, adecuándose a la nueva realidad nacional y demostrando a la oligarquía paternalista su positiva utilidad. "Allá va a correr tierras —termina Hernández— con mi bendición paternal". Su bendición fue fecunda. Casi en los mismos días en que aparecía *La vuelta de Martín Fierro*, Avellaneda promulgaba la ley 947 (5 de octubre de 1878) para financiar la expedición contra el indio; y en mayo de 1879 Roca daba término a su rápida y victoriosa campaña al desierto. El nuevo poema de Hernández llegaba, pues, al paisanaje, cuando se habilitaban 20.000 leguas de territorio para la obra civilizadora que reclamaría a voces el concurso de su esfuerzo, de su baquía, de su saber campero. En pocos años más, la *élite* se convencería de que la población criolla debía ser, como postulara Mitre, el vínculo de cohesión nacional, y cambiaría su actitud aniquiladora hacia el gaucho. Y el gaucho pudo empezar a vivir en paz...

3. El gaucho matrero.

En la carta que Mariano A. Pelliza remitió a Hernández el 27 de marzo de 1873, hay también una interesante disquisición con el propósito de diferenciar *gaucho* y *compadre*. A propósito de los autores que se han dedicado a temas gauchescos, dice Pelliza: "Los que han manejado este género entre nosotros poseyendo un medio literario, desconocían las peculiaridades de moral, de filosofía, de religión y aun de política que hacen del gaucho un ser excepcional, difícil de medirlo en el cartabón de los compadritos dicheiros. El *compadre* en la campaña es la depuración incorrecta de la sencillez rústica que, perdiendo todo su sabor original, se aproxima y entremezcla con el *compadre* de la ciudad, degeneración correcta del habitante culto; y en esa zona que deslinda la civilización de la barbarie, los predios rústicos de los urbanos, término medio del estado social argentino, se desenvuelve la existencia del tipo estudiado para representar al gaucho; y que en su eterna manía de espectacularizarse hace grotesco lo que es bello".

Algo parecido repite Casadevall en nuestros días ⁵⁶: "La figura correlativa del *gaucho malo* de la campaña fue el *malevo* de las orillas de Buenos Aires. Así como aquél, huyendo de la Justicia, vivía entre las tolderías indígenas y la semicivilización pueblera, el segundo alternaba sus actividades en el suburbio agreste, pobre y maleante y el centro urbano, opulento y europeizado". Tanto Pelliza en 1873 como Casadevall en 1957, destacan, pues, la existencia de dos personajes más o menos similares que representan sendos 'tipos' malos del campo y la ciudad porteña.

Ya hemos observado que entre la promiscuidad de los arrabales porteños poblados de 'reos', había tipos diversos de malevos que de ninguna manera pueden iden-

⁵⁶ CASADEVALL, DOMINGO F.: *El tema de la mala vida en el teatro nacional*, Buenos Aires, Kraft, 1957, p.p. 12.

tificarse globalmente con el compadrito. En verdad, el único genuinamente 'malo' del arrabal porteño era el compadrito, personaje prepotente, sádico y vil. Los demás taitas malevos no van a la zaga del compadrito en prepotencia, pero distan mucho de caracterizarse por su sadismo o por su vileza.

Así como es inexacto atribuir a todos los taitas el denominador común de compadrito, es también inexacto motejar a todo el gauchaje levantisco, con la calificación de *compadre* que apunta Pelliza, o de *gaucho malo* que señala Casadevall. Tal vez esta lamentable confusión, persistente en nuestros días como lo prueba la afirmación de un autor inteligente, se debiera en épocas de Pelliza a mala información emergente de lo que se creía en su círculo, y ahora a la afiebrada imaginación de ciertos autores de novelas supuestamente gauchescas, un poco más a los fabricantes de sainetes hipotéticamente camperos, y por sobre todas las cosas a la malhadada creación del gaucho *cocoliche*, parodia barbarizada o italianizada del paisano de la pampa que en trasnochada ocurrencia sacó a luz José J. Podestá.

No se puede negar que asiste buena dosis de razón a Casadevall cuando culpa a Eduardo Gutiérrez de haber transformado en héroe a un maleante como Juan Moreira ⁵⁷. Pero muchísimo peor resultó ese apócrifo personaje cuando Podestá lo llevó al teatro, falseando desde las vestimentas hasta la idiosincrasia del gaucho.

Casadevall tiene seguramente razón cuando asienta a propósito de Moreira: "A ese torvo maleante, de regular estatura, algo grueso, tez picada de viruelas, ojos verdosos y bigote rubio, sin barba alguna, de pésima índole moral y de escaso intelecto —no sabía leer ni escribir, ni tocar la guitarra ni cantar—, le esperaba una espléndida metamorfosis literaria. [...] Se transformó en un romántico héroe de bizarra figura, moreno, gallardo, ágil, de larga y sedosa barba, buen bailarín, ex-

⁵⁷ *Ibidem*, p.p. 28-29.

perito guitarrero y melodioso cantor, tierno marido, padre ejemplar, espejo de hidalguía y desinterés, brazo vengador de las arbitrariedades y abusos de comisarios, pulperos y milicos". Adhiere también Casadevall a opiniones de José Ingenieros y Nerio Rojas, médicos que, tras incursionar en el campo psico-histógráfico, catalogaron al famoso Moreira como perverso instintivo, amoral congénito y criminal nato. La circunstancia de que Rojas avale la opinión de Ingenieros nos obliga a respetarla, aunque nos parece un poquito apresurada la formulación de tan categóricos diagnósticos sin mediar la entrevista con el personaje real. En cuanto al resto de las afirmaciones de Casadevall, están suficientemente probadas con los testimonios que exhibe.

Moreira era, sin duda, un canalla, cuya fama de matón ha sido bien documentada por Juan Álvarez en *La Prensa* (1927) y por Enrique García Velloso en sus *Memorias de un hombre de teatro*⁵⁸, y por curiosa paradoja, los mismos elementos de que se ha valido Eduardo Gutiérrez como propaganda a favor de su tesis de que Moreira era un perseguido que se defendía de la injusticia, no hacen más que poner en evidencia la desfachatez del presunto héroe. En la segunda edición de *Juan Moreira*⁵⁹ agrega Gutiérrez, a manera de epílogo, una carta de Julio Llanos fechada en Buenos Aires el 29 de marzo de 1880, mediante la cual el remitente da fe de dos hechos que ponen de relieve la nobleza [sic!] de Moreira. Vale la pena transcribir el testimonio:

"El viernes santo se le ocurrió a Moreira pasar al galope por frente a la iglesia de San Justo. No podía nadie pasar por allí a caballo y cinco de los soldados encargados de la vigilancia lo atacaron sable en mano:

⁵⁸ Editado por EUDEBA, Buenos Aires, Serie del Siglo y medio, n° 21, 1960.

⁵⁹ GUTIÉRREZ, EDUARDO, *Dramas policiales. Juan Moreira. Escrito para "La Patria Argentina"*. (Con ilustraciones), segunda edición, Buenos Aires, Imprenta de "La Patria Argentina", calle Bolgrano n° 137 y 139, 1880, p. 102.

bajóse Moreira y sin duda por ser día santo, solo empleó el rebenque en la defensa parando los golpes con el sombrero, pues no llevaba poncho. Los soldados atacaban con brío al ver que Moreira no usaba sus armas, pero tan repetidos fueron los rebencazos, que volvieron al atrio de donde en mal hora salieron, haciéndose humo como dinero en las cajas nacionales." Hasta aquí el primer episodio.

En tanto nadie ha puesto en duda la temeraria valentía de Moreira, lo único que la anécdota transcrita aporta como novedad, es la irrefrenable petulancia de Moreira y su desenfado ante las órdenes de bien público establecidas. Nada tiene esto de raro si se atiende a que este matón era el guardaespaldas de las autoridades locales: "el comisario, el juez de paz, el alcalde y el comandante militar de Navarro", según resume Casadevall. Su maldad, por otra parte, queda manifiesta en la detestable actitud de solazarse ante la incompetencia de esos pobres milicos atemorizados, que nada entendían de esgrima de sable. La primera anécdota, lejos de acreditar nobleza, es índice de que Moreira procuraba fundamentar su bien ganada fama de matón y de temerario para tener a raya a los parroquianos que votarían medrosos por su candidato, y para recordar a los infelices milicos que era un hueso duro de pelar.

El segundo episodio que relata Julio Llanos confirma lo dicho: "La partida de San Justo al mando entonces del teniente Ponce hizo un día la tentativa de tomarlo y preparándose como para vérselas con ese ser que se había convertido en aviso permanente de su incapacidad y cobardía, hallólo en una fonda y lo que jamás se hubiera creído, Moreira huyó. Envalentonados con ésta, al parecer muestra de temor, salen tras él con la algaraza del que pretende animarse a sí mismo. Poco les duró el contento; pues al llegar Moreira al paraje conocido por 'El Estanque' vieron que se bajó, y desensillando con tranquilidad, ató el caballo con el lazo y se sentó en el recado. El teniente hizo alto a respetar-

ble distancia y se pusieron a deliberar si debían o no llevarle un formidable ataque —hacían esto en medio de los sangrientas pullas del gaucho—; se propuso la idea de no molestarlo, lo que obtuvo mayoría sin necesidad de cuociente. Volviéronse a San Justo acompañados por las carcajadas de Moreira”. Sigue esto probando que la fama de matón del gaucho era tremenda, y aumenta el grado de ineficacia y temor de los ‘mílicos’, incluido el teniente Ponce. Pero no aporta una sola gota de nada que se parezca a un rasgo de nobleza, desinterés, hidalguía, ni lo presenta de ninguna manera como “desfacedor de entuertos”.

Pero Eduardo Gutiérrez —Dios y él sabrán por qué— no se detiene a medir el valor objetivo de esos testimonios. Para los lectores de sus *Dramas policiales* (*Juan Moreira*, *El tigre de Quequén*, *El jorobado*, etc.), tales cartas seguramente sonarían a hazaña heroica, o al menos el autor así lo creía. En esa misma edición agrega también Gutiérrez un relato titulado *La daga de Moreira* —cuya vera efigie reproduce en un dibujo de Clerice—, en el que recuerda que esa arma formidable fue obsequiada a Moreira por Adolfo Alsina; y ni corto ni perezoso, agrega: “La daga de Moreira es digna de figurar en un museo al lado de la espada del Cid o cualquier otra arma que simbolice un brazo de extraordinaria pujanza y un corazón de un temple espartano⁶⁰. ¡Cuánto mejor hubiera sido que Gutiérrez dejara en paz a los manes para él desconocidos de Rodrigo y de Leónidas! . . .

Gutiérrez está dispuesto a mostrar la grandeza de su héroe. Y en ese mismo relato sobre la daga del matón, reproduce un episodio referido al doctor Leopoldo del Campo, criminalista que, poco antes, había sacado de la cárcel a Juan *el Chico*, compadre de Moreira. Este abogado iba camino a Navarro para entrevistar a su feliz defendido, cuando se topó con Moreira; y cuando este Juan *el Grande* supo quién era, se emocionó tanto

⁶⁰ *Ibidem*, pp. 99-101 (el dibujo de la daga ocupa la p. 100).

que hasta soltó un lagrimón ante este hombre capaz de arrancar del presidio a su buen compadre. Y luego se despidió del doctor del Campo con estas sentidas palabras: “Vaya con Dios, lindo mozo; yo soy Juan Moreira; y si alguna vez necesita de mí, ocúpeme como si fuera su peón, que seré feliz en servirlo. No Juan el Chico es compadre mío; dígame que Moreira le manda muchas memorias”. Y entonces apunta Gutiérrez, a modo de epílogo: “Del Campo quedó un momento sorprendido al saber que aquel hombre de carácter tan noble y tan fácil de enternecer era Juan Moreira, el tremendo Juan Moreira”. Esto, claro está, sumado a la carta de Llanos, se supone testimonio definitivo de una indiscutible hombría de bien y nobleza de alma, cuando solo prueba que el bandido Juan Moreira —lo mismo que Al Capone en Chicago— brindaba su emocionada amistad al picapleitos que había sido capaz de sacar de la cárcel a uno de sus secuaces. . .

Muy lejos de nuestra intención se halla el propósito de denigrar ni de justificar a Juan Moreira; simplemente, hemos querido mostrar algunos ribetes de la misma cara de la moneda que muestra Gutiérrez. Sin duda —de ello hay pruebas contundentes— Moreira no recibió “de arriba” su bien ganada fama de matón. Este gaucho es la resaca del orillero, al servicio de la infamia política. Y cuando Podestá lo llevó al teatro, agregó lo único que faltaba para completar el cuadro apócrifo de lo gauchesco: impuso a Moreira la modalidad del compadrito porteño. Y así salió un híbrido absurdo, como no podía salir otra cosa de ese engendro y refrito de Gutiérrez, que Podestá, desconociendo hasta el color del pasto de la pampa, pretendió transformar en drama gaucho ‘auténtico’, sumando a la exageración de la pantomima la inautenticidad de la escena y la elocución. A partir de entonces (1886), y aunque hubo autores que escribieron buenas obras, se impuso el tipo de gaucho *cocoliche* engendrado por Podestá y su compañía de payasos, saltimbanquis y trapecistas metidos a actores dra-

máticos. Y el público porteño, cuyos conocimientos sobre el gaucho ya hemos destacado, aplaudía a rabiar...

Mientras en Buenos Aires la fanfarronería, exaltada por la incompetencia, desvirtuaba radicalmente la índole gaucha que con tanto primor había dibujado Hernández, en el interior el gaucho real seguía arrastrando su vida, que se desenvolvía conforme a los lineamientos anotados en *Martín Fierro* y en la *Vuelta*.

Juan Moreira cabe exactamente en ese 'tipo' que Pelliza ha calificado como compadre, quien, "en su manía de espectacularizarse, hace grotesco lo que es bello". Pero Moreira no puede tomarse con seriedad, ni en su realidad de delincuente ni en su ficción de héroe, como fiel de una mentalidad gaucha.

Ya nos ha mostrado Hernández con riqueza de colorido cómo el paisano tranquilo se hace matrero, alzándose contra la autoridad. La voz 'matrero', que académicamente significa 'astuto', equivale en nuestra campaña más a 'rebelde' o, mejor aún, 'arisco'. Se habla de hacienda matrera para hacer referencia a la que es difícil de dominar. Y el gaucho que no se dejaba dominar con facilidad recibió, por extensión, el mismo calificativo de 'matrero'. Todos los "vagos y malentretidos" de que hablan los partes policiales del siglo XIX, en tanto no se doblegaban mansamente al capricho y la arbitrariedad del comisario o el juez de paz, y reclamaban el respeto de los derechos que, como ciudadanos, les acordaban las leyes, eran tachados de matreros. Y entre éstos había algunos de más agallas y menos paciencia que se sublevaban abiertamente y se lanzaban a la aventura de la soledad para vivir de lo que la naturaleza les brindara, escapando a las garras de lo que irónicamente se llamaba la Justicia y la Ley.

También el lenguaje campero denomina 'alzado' al yeguarizo que, en la época del celo, derrumba barreras, salta cercos, rompe cabestros y se lanza impetuoso en pos de su pareja. Y el gaucho que saltaba el cerco de la ley y en vez de entregarse detenido volcaba su ímpetu en la

búsqueda de la libertad, recibió, por extensión, el nombre de 'alzado'. Naturalmente, todo alzado era rebelde, arisco, vale decir matrero; quizá también matreaban muchos sin haberse alzado formalmente, pero a la postre tenían que alzarse sin más remedio.

Matreros y alzados tenían por escenario el campo abierto, en donde la acción policial era casi imposible. Llegaban a los poblados de cuando en cuando, solo para hacerse de yerba, una limeta de ginebra y un naco, mediante la venta de plumas de avestruz logradas por la destreza del brazo armado de boleadoras, o de cueros no siempre bien habidos (aunque el "no siempre" suene a eufemismo). El *Viejo Vizcacha* de Hernández pone de manifiesto la proliferación del abigeato entre el gaucho: *Vizcacha* era un viejo "muy renegao, muy ladrón" (verso 4477), "lleno de camándulas, con un empaque a lo toro" (versos 4485/86), "metido en no sé que enriedos" (verso 4488). Y así 'ganaba' sus haberes:

4497/502 Carniábamos noche a noche
alguna res en el pago,
y dejando allí el rezago
alzaba en ancas el cuero,
que se lo vendía al pulpero
por yerba, tabaco y trago.

En definitiva, tan abigeo era el viejo como el bolichero que facilitaba la operación a sabiendas del origen de la mercadería, falseando la documentación pertinente:

4503/8 Ah! viejo más comerciante
en mi vida lo he encontrao.
Con ese cuero robao,
él arreglaba el pastel,
y allí entre el pulpero y él
se extendía el certificaio.

En las 'trasquilas'⁶¹ se hacía el comedido, pero siempre se alzaba "un vellón o unas tijeras" (versos 4509/14); cada vez que podía, y con cualquier pretexto, se llevaba "unas guascas, para eso era como zorro" (versos 4519/20); costumbre inveterada en él era la de "cerdiar yeguas ajenas" (versos 4525/26), y en cuanto veía una punta de yeguarizos ponía todo su empeño hasta lograr cortarles las cerdas (versos 4539/44); y como lo descubrieron, se ingenió de allí en adelante en "maniarlas de día para cerdiarlas de noche" (versos 4557/62). En el canto 17, cuando se apuntan los pintorescos funerales del viejo, otra vez aparece la descripción del matrero: un viejo dijo que le había conocido "un pastoreo de terneros robados" (versos 4843/44; el alcalde confirmó que "con eso empezó a poblar", y que sus "travesuras" determinaron "que le privasen carniar" (versos 4845/50); y era tan amigo de enredar las cosas, que "mesturaba las ovejas" de manera que, cuando se separaban, elegía las mejores y se quejaba después (versos 4857/62); un tercero apuntó que

4865/68 Siempre robaba carneros;
 en eso tenía destreza.
 Enterraba las cabezas⁶²
 y después vendía los cueros.

Entre las cosas que sacaron a relucir, había "un gran manojo de argollas de cinchas, que había cortao" (versos 4933/34), y entre muchos otros efectos hasta "apareció un tintero que se le perdió al Juzgao". Y el alcalde, quejoso, apunta:

4948/52 Es poco cuanto se diga:
 había sido como hormiga.

⁶¹ Equivale a 'esquilas' (acción y efecto de esquilar).

⁶² Las ovejas suelen marcarse en las orejas, de allí que el viejo se ocupara de ocultar la prueba de su robo.

He de darle parte al Juez.
 Y que me venga después
 con que no se los persiga.

Pero el mismo Hernández extiende la manía ratera del *Viejo Vizcacha* a todo el paisanaje, sin discriminar jerarquías, en esa expresión entre ingenua e irónica del hijo segundo de Martín Fierro:

4953/58 Yo estaba medio azorao
 de ver lo que sucedía.
 Entre ellos mismos decían
 que unas prendas eran suyas;
 pero a mí me parecía
 que esas eran aleluayas.

Estas expresiones de Hernández, insertas en su libro didáctico, apuntan a resaltar una inveterada y habitual condición del paisanaje: el raterismo, y más aún el cuatreroismo en diversas expresiones y modalidades. Una autora norteamericana que se preocupó en estudiar el gaucho objetivamente⁶³ concluye en que la actividad específica del hombre de nuestra campaña era el contrabando, y se vale de diversos testimonios para confirmar su aseveración. En verdad, no se trata de contrabandos, sino de formas de abigeato y raterías diversas.

Si esta especie de piratería pampeana y terrestre se hallaba muy adentrada en la modalidad gaucha, no va a la zaga de ella otra característica gaucha que Hernández destaca a lo largo de su primer libro y en repetidos cantos del segundo: la pendencia. Y si, dejando a Her-

⁶³ NICHOLS, MADALINE WALLIS, *El gaucho. El cazador de ganado. El jinete. Un ideal de novela*, trad. C. Correa Morales de Aparicio, prólogo de F. de Aparicio, Buenos Aires, Peuser, 1953, cap. V. Las observaciones de esta autora están referidas al gaucho del siglo XVIII en este capítulo, pero no aclara nada respecto de qué ocurre con esta actividad en el siglo XIX.

nández, tomamos otros testimonios de época, también veremos cómo sobresalen ambos defectos.

Ya hicimos, más o menos de pasada, una referencia a Cunningham Graham⁶⁴; en el mismo pasaje muestra este autor que en las pulperías de campaña solía aparecer de cuando en cuando un ebrio pependenciero que, resucitando viejos rencores, vivaba desafiante a un caudillo, puñal en mano, buscando riña. Si unas veces el paisanaje lo dejaba estar, limitándose a una prevención tensa, otras surgía un opositor vehemente, ebrio o fresco, que dirimía violentamente la cuestión. Ahora nos servirá también el testimonio de otro observador extranjero de indudable mérito: Alfred Ebelot⁶⁵; éste hace referencias a un gaucho malo, tan malo que hasta tenía cara de felino y vileza de cantárida, razón por la cual se le llamaba *Gato Moro*. Y sin que esto pretenda justificar las infamias del célebre criminal, señala Ebelot que sus malos instintos se desarrollaron fácilmente por obra y gracia de las arbitrariedades promovidas por la 'autoridad'. A propósito, nuestro autor diferencia bien la actividad y la mentalidad del matrero y del matón, aun tratándose de alzados: "En los principios de su carrera de bandido —apunta Ebelot hablando del *Gato Moro*—, era simple cuatrero, como existían entonces muchos en la provincia de Corrientes". Según el testimonio del ingeniero francés, razón asistía a Hernández, pues, para destacar y combatir el cuatrero entre el gauchaje: "Su número —sigue Ebelot— estaba siempre en relación con los abusos de la administración, y su historia era siempre la misma". Y con la intención de resumir la historia de los matreros, pone Ebelot de manifiesto que la índole más o menos pependenciera del gaucho se exaltaba hasta el paroxismo cuando se veía precisado a jugarse la vida en

⁶⁴ CUNNINGHAME GRAHAM, R. B., *vide* selección, editada por Peuser, episodio 5 'La Pulpería', pp. 65-72.

⁶⁵ EBELOT, ALFREDO, *La pampa*, Buenos Aires, EUDEBA, 1961, Serie del Siglo y medio, n° 24, pp. 37-49.

defensa de su libertad. Véase esa historia: "Habían tratado de establecerse, de trabajar, de formar una familia honrada. Un día habían tenido que saltar precipitadamente en pelo sobre su mejor caballo, y disparar de la partida de policía que venía a sorprenderlos con el fin de mandarlos a un batallón atados codo con codo. ¿Por qué razón? Porque el juez de paz codiciaba su mujer, o un oficial de la partida su parejero, o porque no votaban con docilidad, u otros análogos motivos. Una leva legal, un reclutamiento regular eran cosas que ni se mentaban en aquellas épocas de mandones". Ebelot se refiere al año 1880; y sin duda sus apreciaciones coinciden maravillosamente con las de Hernández.

"No falta quien asegure —continúa el autor francés— que este modo arbitrario y sin control de reclutar defensores de la patria no iba dirigido sino a los pependencieros, a los enlazadores de vacas ajenas; pero contados son los gauchos que no reúnen ambas condiciones". Como ratificación, véanse los agudos versos del canto 25 de la *Vuelta* de Hernández, en donde *Picardía* (el hijo de Cruz) detalla las acusaciones que se hacía al grupo de paisanos arreados al volteo por la partida. "Y para los pobres diablos que caían en la trampa —sigue Ebelot— a lo crítico de su situación se añadía frecuentemente la amargura de ver la ejecución de las sentencias del juez de paz entregadas precisamente a bandidos célebres o vagos de profesión, cuyos antecedentes les eran por demás conocidos". Aquí se ve que la profesión de Juan Moreira, el verdadero, no era exclusiva de los alrededores de Buenos Aires.

"Sálvese quien pueda era su lema —afirma Ebelot—. Pensaban que cuando la ley se aplica tan caprichosamente, están libres de culpa y cargo los que se sus traen a sus arbitrariedades." Y parece oportuno recordar aquella expresión de Sarmiento a Mitre, referente a que "el derecho no rige si no para los que lo respetan". La actitud del gaucho era, en resumen, la réplica rotunda, tan válida como el argumento sarmientino: si

unos entendían que al gaucho no le cabía el derecho porque no respetaba la ley, otros lícitamente adecuaban la cosa entendiendo que si la autoridad no respetaba la ley carecía de derecho para aplicarla. Aquí no importa discutir la legitimidad de la doctrina jurídica, sino mostrar en toda su crudeza la realidad vital.

Seguimos con la historia del matrero, según Ebelot: "Nuestro hombre está, pues, solo, a caballo, en plena pampa, después de haber cansado los mancarrones flacos de la policía, libre de ir a donde quiera, menos a su casa. Ha pasado de la condición de gaucho casi sedentario a la de gaucho errante. Es cuatrero, no ha entrado todavía en la condición de gaucho bravo". Así queda pintada, en pocas líneas, la situación inicial del alzado. Pero enseguida observa este autor, muy atinadamente, que no todo alzado es matón por ese solo hecho: "Se necesitan — advierte — para que se verifique esta transformación, una vocación especial y circunstancias particulares. En el caso del *Gato Moro*, las circunstancias especiales se dieron cuando la intervención federal a Corrientes presidida por el general Winter⁶⁶ en 1880; "en cuanto a la vocación, la tenía muy marcada".

Si por matrero hemos de entender arisco, y si por arisco entendemos un calificativo aplicable a quien no se somete buenamente a los caprichos y a las insidias de una autoridad arbitraria y prepotente, es casi seguro que todo gaucho merecerá la calificación de matrero: por algo fue el adjetivo que más circuló en torno del sustantivo gaucho. El alzado llevaba su matrismo a extremos rayanos en la sutileza, pues tenía que vivir escondido de la partida y aprendía a desconfiar hasta de su sombra. Una forma peculiar de alzado era el 'desertor', vale decir aquel que, habiendo sido atrapado en un contingente,

⁶⁶ Actualmente (desde 1963) el Archivo General de la Nación posee el archivo privado del general Winter, adquirido a sus descendientes por la Comisión Nacional de Recuperación del Patrimonio Histórico.

huía a la primera oportunidad propicia; en tales casos, el refugio más seguro era allende la frontera, mezclándose con los indios y participando en sus depredaciones. La mayoría de los gauchos 'fronterizos' eran desertores, y todos, por supuesto, alzados. Y como la desertión se penaba con la muerte o con castigos inaguantables, el gaucho que cruzaba una vez la frontera sellaba con ello su destino definitivo: vivir absolutamente solo y a la buena de Dios, sin poderse confiar jamás a nada ni en nadie, o plegarse a las hordas indígenas, o adherir a alguna banda de facinerosos. En cualquiera de los tres casos, tenía que aprender a matar para vivir.

Confundir la situación del fronterizo con la del orillero es el defecto principalísimo de las muchísimas novelas gauchipoliciales del proficuo Eduardo Gutiérrez. Una de ellas, *Juan Sin Patria*, parecía indicar — por el título — la dramática angustia de ese fronterizo que se ve obligado a renegar de lo suyo; pero se queda, no más, en otro Moreira, tan orillero y fanfarrón como éste.

En la mentalidad gaucha se da un caso curioso, sobre todo si se atiende a lo que está ocurriendo con la generación del 80, tan amiga de exaltar el estupendo destino nacional y el patriotismo exasperado sobre la base de las instituciones democráticas importadas de Europa e impuestas a presión; la producción gauchesca, incluso las exageraciones de Gutiérrez, omite, por algo, el tema de la patria y de las glorias nacionales, mientras siempre tiene algún recuerdo más o menos grato y emotivo para la religión. Es del caso preguntarse qué podía sentir por la patria quien solo recibía de la autoridad política estacueadas y prisiones, mientras el gobierno se llenaba la boca ponderando el patriotismo fácil y exigiendo el cumplimiento de obligaciones que no engendraban ningún derecho. Ha dicho algún incisivo autor que el patriotismo empieza y termina en el píloro; y en verdad, quien analiza la situación del gaucho a fines del siglo XIX concluye en que muy poco amor había de tener al suelo patrio aquel que solo conocía el suelo para esconderse o

para disparar de las leyes a uña de caballo. *Martin Fierro* tiene de todo, menos de patriota. Esto mismo hace más comprensible la facilidad con que se desertaba y se pasaba al bando pampa, ranquel o mataco, según las zonas; y si no justifica, al menos hace entender la infamia de los más avispados que, como Juan Moreira, se ponían al servicio de caudillos inmorales que buscaban en la fama del matón y en el temor a su daga mayor cantidad de votos... o menor número de opositores.

Si, de acuerdo con Pelliza y Casadevall, hemos de hacer una correlación entre los personajes del campo y de la ciudad capital, podremos decir que el compadrito porteño equivale al matón orillero y rural, mientras los otros taitas podrían representar la versión urbana de los matreros, salvos los escenarios y las modalidades peculiares y características de unos y otros.

El matón suele vivir en las orillas cuando tiene el apoyo de un caudillejo político. Cuando no, se alza a la frontera y se transforma generalmente en asaltante, reclutando en su banda a cuanto alzado encuentra, que, en su desesperación, se entrega de lleno al delito como salida para su soledad, satisfacción de sus necesidades perentorias, y protección contra la partida por una parte y contra el indio por la otra.

Richard Arthur Seymour, un inglés que, llegado al país, se estableció en la frontera cordobesa hacia 1865, dejó una interesante relación de las experiencias vividas durante cuatro años; y su traductor y prologuista, Justo P. Sáenz (h.), completó esas informaciones con excelentes notas⁶⁷. Entre ellas, asienta Sáenz un comentario de *The Standard* (19 de agosto de 1868) referido a un viaje de cierto corresponsal del diario inglés en la galera que iba de Córdoba a Mendoza. Se apunta allí que los pasajeros viajaban con revólveres, mientras el mayoral

⁶⁷ SEYMOUR, RICHARD ARTHUR, *Un poblador de las pampas*, traducción, prólogo y notas de JUSTO P. SÁENZ (h.), Buenos Aires, Editora y Distribuidora del Plata, 1947. *Vide* nota 440, a p. 322.

y el conductor portaban carabinas. Con estas armas lograron repeler el ataque de "una montonera de quince gauchos". Esto habla a las claras que las bandas de facinerosos no fueron algo exclusivo del *Far West* norteamericano, y da pie, por cierto, al criterio de la oligarquía paternalista consistente en limpiar la pampa de gauchos, proyecto que, como respuesta, engendraría el *Martin Fierro* de Hernández. Ese mismo artículo de *The Standard* trae otra interesantísima información: a propósito del ataque a la diligencia, anota el diario "el tremendo peligro en que se vivía en la campaña". Ya se estaba sobre la hora en que Sarmiento se haría cargo de la primera magistratura, y el cronista, luego de afirmar que "Sarmiento es la panacea universal de hoy en día", dice: "Lo que sigue, constituye las facetas más acentuadas de su futuro programa de gobierno: 1º) Terminación de una manera o la otra, pero inmediata, de la guerra del Paraguay. 2º) Barrer con igual celeridad de la superficie de las pampas, a gauchos y montoneros. 3º) Los indios serán empujados hasta el otro lado del río Negro, en cuya margen norte se establecerá una línea de fortines y se destinará una flotilla de vapores a patrullar constantemente ese río, y 4º) se construirá de inmediato el ferrocarril de Chivilcoy a Mendoza". Y muy lejos de recomendar mesura ante ese afán, colocado en segunda prioridad, de barrer a todos los gauchos, el articulista termina: "El cúmulo de beneficios que se piensa recibir es interminable y no prosigo"; finalmente, teme que Sarmiento no llegue a cumplir ni la mitad de lo que se propone...

No es del caso señalar ahora si se cumplió o no; simplemente, hemos querido señalar otro aval de época referido a la mentalidad oligárquico-paternalista en cuanto al gaucho. Y convengamos en que si por gauchos ha de entenderse exclusivamente las bandas de alzados asaltantes, buena razón asistía a Sarmiento y a sus adláteres y discípulos. Por eso mismo hemos dado tanta importancia a la obra de Hernández, aparecida en 1872, en

tanto muestra que el gaucho es algo más que eso y algo distinto de eso, aunque muchas veces se vea conducido al delito por las arbitrariedades del gobierno, desconocedor de la índole gaucha y en consecuencia insensible ante sus verdaderos problemas.

El valor del gaucho era muchas veces rayano en la temeridad. Quizá fuera hasta ingenuo querer aportar pruebas de tal aseveración: basta leer cualquier comentario de época para comprobarlo. Pero todo su valor, su audacia y su coraje se derrumbaban estrepitosamente ante el indio, al que odiaba con todo su ser y temía hasta el pánico; el odio era mutuo, y el gaucho nunca confiaba en la amistad del 'salvaje'. De allí que fácilmente, como hemos dicho, los alzados, sin ser hombres de avería, integraran las bandas de salteadores. Semejante temor y recelo venía de antiguo; ya lo observó Haigh⁶⁸ en 1817, cuando afirmó que el gaucho "está siempre en riña implacable con los aborígenes, y constantemente en tren de ataque o defensa con ellos". También Sáenz puntualiza diversos testimonios que no dejan dudas sobre el miedo que el indio inspiraba al paisanaje, confirmando una aseveración de Seymour: "Fue [Lizada] casi el único nativo que tuvo suficiente coraje como para acompañarnos tan hacia el sur, pues los gauchos les tienen verdadero terror a los indios⁶⁹". Según la opinión de Sáenz, los indios se envalentonaban más con los gauchos porque éstos no tenían armas de fuego. Si hemos de dar fe a Daireaux —y sin perjuicio de lo dicho por Sáenz— la crueldad combativa del indio pampa no emerge de su índole perversa, pues era hasta generoso, sino que surge, a manera de venganza, cuando se abusa de su hospitalidad⁷⁰; es probable que el ensañamiento contra el gau-

⁶⁸ HAIGH, S., *Bosquejos...*, cap. II.

⁶⁹ SEYMOUR, R. A., *Un poblador*, p. 70 y nota 48.

⁷⁰ DAIREAUX, EMILE: *Les races indiennes dans l'Amérique du Sud*, en *Revue des Deux Mondes*, 1876, t. VI. Citado y transcrito por HAYDÉE J. BIOCCHA en su utilísimo trabajo: *Una imagen de la*

cho tuviera origen en depredaciones que éstos hicieran en las tolderías. De cualquier manera, y sea por lo que fuere, lo cierto es que el indio causaba un terror pánico; mas, a pesar de su miedo instintivo, el gaucho alzado tenía que enfrentar al indio cuando se alzaba y cruzaba la frontera: naturalmente, se sentía y estaba muchísimo más protegido cuando se unía a una montonera de salteadores.

Para penetrar la mentalidad del gaucho matrero nos será nuevamente útil el espíritu observador de Fray Mocho, gracias a una obra referida a la campaña enterreriana⁷¹, cuyos intrincados vericuetos de islas y selvas facilitaban enormemente la vida errante de cuantos matreros se refugiaban allí para vivir conforme a la naturaleza. En ese mundo isleño se internó Álvarez en la última década del siglo pasado, dejándonos luego el relato de sus ricas experiencias "en la región que los matreros han hecho suya por la fuerza de su brazo". Así fue como pasó Álvarez agradables y provechosas horas en compañía de un viejo matrero, don Ciriaco, que en su tiempo había sido hombre de avería y ahora era el principal cuatrero de la comarca. De él escuchó Fray Mocho relatos de 'acontecidos' que luego supo aprovechar, agregándolos en su libro junto con observaciones directas. Porque Álvarez estaba interesado en averiguar la vida de esas gentes, y aunque era huésped del estanciero Gomensoro, de continuo se corría hasta el misero rancho de don Ciriaco con el propósito de conocer de cerca esa vida agreste, dura y curiosa de los matreros.

Argentina en el siglo XIX francés, según "La Revue des Deux Mondes", Bahía Blanca, Universidad Nacional del Sur, Instituto de Humanidades, mayo de 1963, pp. 33-34.

⁷¹ FRAY MOCHO, *Un viaje al país de los matreros*, Buenos Aires, Imprenta Ivaldi y Checchi, 1897. Reproducido con otros cuentos y advertencia de Pedro Daniels por ed. Hemisferio, Buenos Aires, 1953. Hay edición Biblioteca del Suboficial, con prólogo de P. DEL HEYE, Buenos Aires, 1926, y otras de Orientación Cultural (1959) y Acme (1957).

Uno de esos días —mejor dicho, una de esas noches— apareció frente a la tapera un hombre robusto que, luego de detener el galope violento de su caballo, dio las buenas noches y permaneció quieto y mudo, avanzando solo cuando el viejo don Ciriaco le invitó a aproximarse al fogón. Allí, sin rodeos, declaró que necesitaba ayuda, porque lo seguía la partida y su caballo estaba aplastado. Don Ciriaco, sin preguntar nada, le brindó comida, caballo y hasta un enorme cuchillo envainado, pues el imprevisto huésped se hallaba 'indefenso'. Sin que nadie le obligara, el paisano informó a su anfitrión que era un perseguido porque en un baile peleó con un sargento y lo mató; y entonces tuvo que alzarse, dedicándose a matrerear "hasta que lo comongan"...

Ser matrero no supone ser canalla. El viejo don Ciriaco, que vivía con cinco muchachos alzados a los que protegía, tenía sin embargo una mujer e hijos que lo querían y respetaban, a pesar de que poseía un voluminoso historial de matrero. Cuando muchacho, vivía en San Pedro, y como todos los de su edad estaba lleno de ímpetus. Se hallaba cierta vez en una pulpería, cuando llegó un tal llamado el *Surero*, tipo desafiante y prepotente, que aprovechó la ocasión para lanzar pullas a diestro y siniestro. Don Ciriaco, que por entonces era bastante farfanton y ligero de genio, le contestó; se trenzaron, claro está... y dejemos a Fray Mocho el resto de la historia: "No faltó quien me contara, más tarde, la historia del viejo y por ello vine en conocimiento de los muchos claros que él dejó en su corta relación. Lo había muerto al *Surero* y a dos amigos que quisieron defenderlo; había peleado policías, formado parte de cuadrillas de bandoleros; después había sido indio de la tribu de Manuelito, aquel célebre cacique que fue terror de la frontera de Santa Fe, y, más tarde tomado prisionero y destinado al famoso 'seis de línea', desertó y fue a aumentar la cuadrilla numerosa de los vagos y cuadreros que, cuando ya no tienen cabida en las costas, se refugian en las islas buscando que la naturaleza los de-

fienda y los ampare. Más o menos todos los que habitaban las chozas miserables que quiebran la monotonía de este paisaje, siempre igual, tienen la misma historia".

Pero no porque tengan aproximadamente un pasado similar son iguales todos los matreros. Hay entre ellos seres despreciables, como hay seres meramente desgraciados. El viejo don Ciriaco no se diferencia de los muchachos que protege, ni del mozo perseguido que cayó a su rancho en demanda de ayuda. A fin de cuentas, ésta es gente común, que antes de entregarse a los horrores del contingente o de la penitenciaria, opta por volar lejos de las leyes, la Constitución, los derechos, las garantías... y los gobiernos. Y esta gente común siente hondo desprecio hacia los criminales impíos que también se esconden entre las islas escapando de la represión y planeando sus miserables fechorías.

Uno de estos seres despreciados y despreciables era el *Yacaré*. Según la información recogida por Alvarez, este maleante, recogido por sus generosos patrones cuando quedó huérfano, a los quince años mató a sangre fría a sus protectores y se llevó a los pajonales a la inocente hija de éstos, que fuera en su infancia compañera de juegos y travesuras; allí, furioso por su resistencia, la degolló y guardó el cráneo de la víctima como recuerdo de su hazaña, pegando luego fuego a la casa en que lo recogieron; huyó a las islas y desde allí, luego de emborracharse y darse coraje con la bebida, cruzaba a las costas para incendiar, matar y gozarse con el sufrimiento ajeno, para satisfacción de su repugnante sadismo. Se trata, pues, de un caso mucho más aberrante que el del *Gato Moro* que cuenta Ebelot, dedicado a 'despenar' jueces de paz a fuer de insensata y despiadada venganza por la injusticia que uno de éstos cometiera con él. Estos casos patológicos son propios, quizá, de índoles enfermizas y narcisistas, incitadas por un ambiente agresivo y falto de solidaridad social; el resultado son los *matrones*, que muchas veces, como Juan Moreira, hallaron la protección de políticos quizá tan ruines como ellos. Pero

eso no es lo general ni lo común del matrero y el alzado, aunque, sin duda, ninguno de ellos hacía ascos a la necesidad de matar ante el peligro inminente: pero lo hacían en defensa de su libertad, no por placer ni por paga como los matones. Volviendo a la comparación inicial, se dan entre estos personajes diferencias similares a las que ya señalamos entre el taura y el compadrito de los arrabales porteños.

Es interesante destacar también una característica que Fray Mocho señala en estos matreros finiseculares: el uso del revólver y una fabulosa puntería. Lograban esta habilidad por imperio de las circunstancias, ya que vivían de la caza y la pesca y debían ingeniarse para alcanzar sus abastecimientos de boca. Era cosa de ver, "allá bajo los ceibos florecidos", los torneos de tiro que se realizaban entre el matreraje: "Como quien dice a galope cantado" —apunta Álvarez— hacen sus tiros de bala y pocas veces el proyectil se desvía del punto que se ha señalado". Tampoco, pues, esta habilidad ha sido exclusiva de los *cow-boys* famosos del *Far West*. Y de paso, pone de manifiesto que el comercio clandestino de armas y municiones estaba a la orden del día...

A pesar de esta prodigiosa puntería y de tratarse de hombres sin otra ley que la fuerza, esos mismísimos matreros respetaban las vidas de los pobres milicos enviados a las islas por la autoridad policial para acabar con el materismo. Las palabras que Fray Mocho pone en boca de don Ciriaco representan una valiosa confesión: "De lástima no los matamos, señor; sabemos que son mandados y los dejamos pasar. A veces los pobres andan días y días sin hallar un hombre, y nosotros estamos ahicito no más, mirándolos y avisándonos los movimientos". Hay un fondo de genuina humanidad en esta curiosa ley de la selva impuesta por los matreros, que sienten hasta un piadoso placer en despistar a sus ocasionales enemigos: "Si uno se acuesta entre las pajas y se echa barro encima, [los milicos] lo toman por un tronco; si se para al lao de un ceibo lo toman por el árbol y si oyen el que-

jido del carau, la risa de un sirirí o el aleteo del chajá se creen que es endeveras y no hacen caso". El ingenio lúdico y el hondo sentimiento humanitario que destilan estos párrafos del matrero don Ciriaco, están, por cierto, muy lejos del sadismo ostentoso de los matones.

Si hemos de atender al gaucho para penetrar en su mentalidad, tendremos, sin duda, que valernos de las más diversas expresiones de la vida gaucha, sin descuidar el materismo, en tanto matreros y alzados eran multitud. Pero no es lícito quedarnos en los casos de morbosidad propios de un Juan Moreira, un *Gato Moro* o un *Yacaré*. Bueno es recalcar la diferencia entre 'tipología' y 'mentalidad'. El 'tipo', elaborado sobre personajes sobresalientes, es un producto patológico; la 'mentalidad', que equivale a conciencia del ambiente, es una expresión vital de la realidad plena de cálidas sensaciones, de colorido dramatismo, de quehacer cotidiano, de honda humanidad.

El Museo Histórico Nacional de Montevideo, preocupado por el tema *En torno del gaucho y lo gauchesco*, ha reproducido⁷² una especie de polémica publicada en el diario montevideano *El Nacional* entre el 14 y el 26 de marzo de 1895. En ella intervienen, a manera de opositores, Javier de Viana y Abdón Arósteguy, que discuten en torno del asunto *Dramas criollos*. Viana se lanza violentamente contra el gaucho cocoliche de Podestá; y luego, sin advertir el cambio de plano, aplica esa mismísima condenación a todo cuanto tenga olor a gaucho. Arósteguy, en la orilla opuesta, comienza por advertir que el "drama criollo" se propone mostrar los dos tipos: el gaucho y el compadre; y luego comienza a envolver los dos presuntos tipos en uno, que es 'su' gaucho, y lleva la apología hasta lo inverosímil. En verdad, siempre que se enfrenta el tema del gaucho para defenderlo o atacarlo, se cae en un extremo o en el otro. Y segura-

⁷² *Revista Histórica*, n° 94/96, Montevideo, agosto de 1962, pp. 591-623.

mente seguirá cayendo en extremos en tanto se siga pretendiendo tipificar, vale decir, procurando aprehender aquello que sobresale para configurar el tipo con la media estadística. La realidad comprende, sin duda, lo que sobresale; pero también lo que está y lo que subyace. En nuestra vida cotidiana no nos preocupamos solo de lo más importante, ni de lo más urgente, ni de lo más necesario, ni de aquello que se destaca por sobre las demás cosas: nos ocupamos de vivir, y ese árido y continuo menester comprende el todo unívoco y coherente de nuestra acción. La historia es vida, y la realidad histórica no es la resultante media de un cuadro comparativo de valores sobresalientes; si queremos comprenderla, hemos de esforzarnos hasta aprehender la coherencia del todo vital, y no quedarnos en la mera exterioridad de la apariencia destacada por motivos diversos.

Los diarios vespertinos del martes 15 de octubre de 1963 publicaron, con titulares destacados, el horroroso hecho de un hombre que mató a puntapiés a su hijito de dos años, episodio que ocurrió en una villa miseria. Y a quien le agrada tan espeluznante tema, hallará rico material casi todos los días, pues casos como el apuntado se dan, sin duda, en los citados rancheríos porteños. Esto, claro está, no autoriza a decir que en las villas miseria los padres matan a patadas a sus chiquitines. Pero sí autoriza a pensar que esos ambientes torvos facilitan la explosión de la perversidad malévola en seres faltos de solidez moral, y sobre todo en débiles mentales. De la misma manera, el investigador que se preocupe hallará decenas de actos humanitarios, caritativos y hasta heroicos desarrollados en esos mismos caseríos; y esto tampoco autoriza a afirmar que allí se vive entre la caridad y el heroísmo, aunque sí a destacar que no falta una cosa ni la otra. Esto mismo está indicando que la forma habitual de la vida cotidiana de las villas miseria no consiste en matar chicos a palos ni en hacer actos heroicos. Ambas son situaciones extremas, susceptibles de tipificar, pero no por ello representativas de una supuesta realidad

determinada por un tipo bueno y un tipo malo en eterna pugna. Dejemos esas comparaciones para los predicadores y los poetas, fieles a los exquisitos y nobles lineamientos de San Agustín y Hesíodo, respectivamente. Al historiador no le corresponde predicar moral ni hacer poesía, y tampoco defender ni atacar esquemas extrahistóricos.

Aplicada esta pauta metodológica al gaucho matrero, hemos de desechar por inoperante la tentadora tipificación a que es proclive tanto el político moralista como el autor de novelas. Juan Moreira representa quizá el tipo malo en la vida efectiva y el tipo bueno en la creación imaginativa; pero ni su vida de bandolero ni su idealización heroica sirven como índice de la mentalidad del matrero. Su vida real puede servirnos para comprobar el caso patológico del matón; y el personaje novelado tal vez sirva como elemento sintomático del nacimiento de la apología gaucha, generada probablemente en una necesidad social de apuntalar la pervivencia del hombre de campo a base de una tradición folklórica.

Conforme a cuanto hemos visto, el gaucho no es un degenerado ni un santo, ni un bandido ni un héroe. Es un hombre despreciado o al menos menospreciado por la oligarquía paternalista, que debe enfrentar una vida difícil y dura correspondiente a un período incierto de transformación de la vida rural. Esa transformación fue, en verdad, mucho menor de lo que suponía la *élite* gobernante, cuya farolería le hacía ver como ya realizado un porvenir aún muy lejano. Y esos hombres seguían siendo necesarios para el desenvolvimiento del país, mientras se los suponía inútiles y se los trataba física, moral y jurídicamente como tales.

Si fuera preciso aportar más pruebas concretas, remitimos a un trabajo de Carracedo⁷³ que bien podría

⁷³ CARRACEDO, ORLANDO, "Trayectoria del gaucho rioplatense", en *Anuario del Instituto de Investigaciones Históricas*, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral, n° 5, Rosario (Santa Fe), 1961, pp. 315-350.

servir de estudio preliminar del *Martín Fierro*. Este autor demuestra, con acopio documental, cómo las autoridades administrativas entorpecían el desenvolvimiento de la vida rural, y hasta dificultaban la circulación interna con sus manías antigauchas abusivas y arbitrarias. Como mero dato supletorio, agregamos un expresivo documento que Carracedo reproduce, fechado en Córdoba el 5 de junio de 1865, obrante en fondos del Archivo Histórico de Santa Fe:

"Al excmo. Señor Gobernador de la Provincia de Santa Fe.

"Se ha hecho presente a este Gobierno, que habiendo llegado al Rosario algunas tropas de carretas procedentes de esta Provincia, se les ha quitado sus peones. Lo que no solo ha paralizado las operaciones de esas tropas, sino también que habiendo llegado aquí la noticia, los troperos que están cargando y que necesitan marchar, no encuentran peones [que] quieran conchavarse por no correr ese peligro.

"Como esta circunstancia irroga perjuicios incalculables para el comercio de esta Provincia, entorpeciendo completamente todas sus operaciones, me dirijo a V. E. [para que] se digne [tomar] la medida que estimase más conveniente, a fin de que los peones de las tropas de carretas procedentes de esta Provincia y que lleguen a aquélla, no sean molestados por el servicio allí, teniéndose presente que todos ellos están debidamente enrolados en la Guardia Nacional de ésta.

"Me es honroso reiterar a V. E. mi distinguida consideración.

"Dios guarde a V. E. [Firmado] **Roque Ferreyra.**"

Aunque no dice Carracedo cuál fue el resultado de esta petición, agrega muchos otros materiales que ponen de relieve la arbitrariedad de las autoridades en cuanto a reclutar el paisanaje se refiere. Además, asienta una importante observación sobre el alzamiento en masa de gauchos en Tandil: "El resentimiento —dice— había

ganado las capas más modestas de la población, y las hizo presa fácil para la aventura. Para más, la continua incorporación de extranjeros al país, con la competencia que ello suponía para el trabajador criollo⁷⁴ alentó un sentimiento proclive a la xenofobia. Vale la pena detenerse en los trágicos asesinatos de Tandil, ocurridos en 1872, porque revelan con toda la fuerza de una explosión brutal, el estado de ánimo, y por cierto, que también de bárbara ignorancia de nuestros campesinos. Dirigidos por Tata Dios, en la madrugada del 18 de enero de 1872 los gauchos juramentados salieron a ganar su salvación y asaltaron el pueblo para hacerse de armas sacándolas del arsenal policial. Luego que asesinaron el primer 'gringo' por el camino, un italiano organillero, se dirigieron a la plaza de carretas donde acampaban dos tropas, cuyos peones eran en su mayoría vascos recién llegados, a quienes pasaron a degüello. Ya en campo afuera cruzaron la estancia de Thompson matando a cuantos encontraron a su paso; lo mismo hicieron en un negocio de ramos generales. Dieron muerte indiscriminadamente a hombres, mujeres y niños hasta que al día siguiente una tropa de guardias nacionales los redujo".

El recuerdo de estos horrores estaba fresco cuando apareció *Martín Fierro*. Y mientras muchas voces se levantaban enfurecidas contra el gaucho, la del defensor de estos infelices y la de Hernández clamaban comprensión y educación para el peón de campo que, forzado por la arbitrariedad administrativa, se hacía matrero y se tornaba delincuente ante la imposibilidad material de vivir dentro de la ley.

El mismo Carracedo reproduce también una interesante lista de los destinados a la Frontera Norte

⁷⁴ Disentimos respecto de esta aseveración. La competencia del inmigrante en cuanto a los trabajos propios del gaucho fue infima, quizá nula. La xenofobia fue producida por el trato preferencial dado al inmigrante y por la actitud de éste respecto del nativo, al que minusvaloraba. Más adelante nos ocuparemos del problema con algún detalle.

de Santa Fe, fechada en Rosario el 3 de abril de 1863. A un tal Rosario Peralta se lo condena a dos años de trabajos por "robo de caballos"; idéntica pena dan a Ramón Gómez por robar "una vaca", a Eleuterio Fuentes por "vago incorregible", a Antonio Sosa por "ebrio vago", a Javier Quintero por "robo de una montura". Dejemos de lado cómo se condenaba a estas gentes; piénsese, simplemente, en la desproporción de delitos y penas. Sin duda, José Hernández, lejos de exagerar, se queja con acierto. Cada día de gobierno de la oligarquía paternalista era más difícil ser peón de campo y trabajar bien; y cada día aumentaba el número de alzados y crecía el matrerismo en toda la campaña, constituyéndose en la forma habitual de vida de quienes querían evitar la esclavitud de la frontera. Ser matrero no significaba, pues, ser malo ni ser bueno, sino ser arisco, ser rebelde ante la impiedad arbitraria y caprichosa de un sistema de gobierno que, ocupado en el futuro, se tornó insensible para la realidad presente que tenía entre manos.

Que tal situación fuera campo propicio para que los matrones desarrollaran sus fechorías, no supone, sin más, que el matón haya sido "un producto social", como quieren muchos autores. Creemos, con Ebelot, que el pasaje de matrero a matón requiere "una vocación especial y circunstancias particulares". Sin esa vocación no se da el fenómeno a pesar de las circunstancias. Y cuando hay vocación, muchas y diversas son las circunstancias particulares que impulsan a cruzar el puente. El matón de nuestra campaña habría sido *gun man en el Wild West*, compadrito en Buenos Aires, *maffioso* en Nápoles, *gangster* en Chicago, bandolero y criminal en cualquier parte... y en una villa miseria porteña de 1963 habría matado a patadas a su hijito de dos años...

4. El gaucho peón de estancia.

Ha dicho Borges⁷⁵ que las dolorosas vicisitudes del gaucho en el último tercio del siglo pasado, representan "la época de la decadencia y próxima desaparición de este tipo local y transitorio nuestro [el gaucho] ante una organización que lo aniquila". Próximo a la misma concepción se halla Martínez Estrada, cuando afirma que el gaucho pasó a ser un ente folklórico, "un tipo de evocación literaria o una mera forma de vida o de carácter"⁷⁶. También Carracedo, adhiriendo a ambas opiniones, entiende que el gaucho "fue vencido por quienes estaban mejor dotados"; y piensa que fue virtualmente inútil el intento de querer trocar al gaucho en asalariado, en tanto era "reacio a incorporarse a formas de vida más complejas que la suya y que le repugnaban"⁷⁷. Sería excesivamente largo continuar con citas de autores que, de una u otra forma, coinciden con esta opinión generalizada de que el gaucho desaparece más o menos al finalizar el siglo XIX, hasta el extremo de que no ha faltado quien dictamine en tono apodíctico que "en las postrimerías del siglo pasado", junto con las prendas de vestir características, "desapareció, también definitivamente, el gaucho"⁷⁸. En síntesis todos aceptan aproximadamente los lineamientos fijados a su hora por Ingenieros: "El caudillo se convierte en estanciero, el gaucho en peón. Junto a ellos nace una fuerza nueva: el colono, menospreciado por aquéllos, sin advertir que sus hijos constituirán medio siglo más tarde la fuerza política más im-

⁷⁵ BORGES, JORGE LUIS, *El Martín Fierro*, Buenos Aires, Colymba, 1953, p. 71.

⁷⁶ MARTÍNEZ ESTRADA, EZEQUIEL, *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, México, Fondo de Cultura Económica, t. I, p. 209.

⁷⁷ CARRACEDO, O., *Trayectoria...*, p. 341.

⁷⁸ INCHAUSPE, PEDRO, *Las pilchas gauchas*, con ilustraciones de Luis Macaya, Buenos Aires, Dupont Farre, Biblioteca Manantial, 1947, p. 7.

portante en las provincias en que se radica ⁷⁹. Y la cosa parece clara: en tanto el gaucho se convierte en peón de estancia... desaparece el gaucho.

Las cosas, por muy sabidas, pronto se convierten en 'clásicas', y se dan por demostradas sin más análisis. Pero ocurre que el gaucho se había convertido en peón mucho, muchísimo antes de lo que supone gratuitamente Ingenieros; y bastaría leer el *Martín Fierro* para comprobar que Hernández, cuando habla del gaucho, se refiere principalmente al peón de estancia. El cambio de actividad del gaucho ha sido señalado por el erudito profesor Otto Jessen, de la Universidad de Munich ⁸⁰, quien dice: "La reducción de las manadas de caballos y bóvidos semi-salvajes por efecto de la caza, tuvo por consecuencia que desde los principios del siglo XVIII los Indios se dedicaron más intensamente al robo de animales, mientras los Gauchos se pusieron a disposición de los estancieros para servir como pastores y peones. El modo de vivir de los últimos no se cambió esencialmente por esta nueva ocupación, pues el cotidiano rodeo de las manadas que pastoreaban en el campo libre, la búsqueda de animales extraviados, el cercar y desollar el ganado y la doma de los caballos, conservó en su entereza el carácter que había tenido en el ejercicio de la caza. Con los Indios siguieron peleando, pero ahora no por su propia cuenta, sino en defensa de las manadas de los estancieros o en el servicio del gobierno".

No. El gaucho no desapareció por trocarse de recolector de alimentos en jornalero; en tal caso, ya en el siglo XIX no habría habido gauchos. Lo que sí disminuyó —aunque tampoco desapareció— a fines del pasado siglo, fue el gaucho matrero, y sobre todo el matón. Y decimos

⁷⁹ INGENIEROS, JOSÉ, *Sociología* . . . , pp. 61-62.

⁸⁰ JESSEN, OTTO, "Cosacos, cowboys, gauchos, boers y otros pueblos a caballo propios de las estepas", en *RUNA, Archivo para las Ciencias del Hombre*, vol. V, partes 1-2, Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, Instituto de Antropología, 1952, pp. 171-187 [180].

que no desapareció absolutamente ninguno de estos personajes gauchos, porque después de 1930 seguían asolando las campañas argentinas individuos como *El Chicho Grande* y *El Chicho Chico* en el Nordeste, y Juan Bautista Bairoleto en Mendoza, célebres matones de características curiosas, pues al bandidaje y a la falta de escrúpulos por las propiedades y vidas ajenas agregaban gestos de bondad con el pobre y el desvalido cuando no estaban borrachos; y entre esos pobres y desvalidos, había muchos matreros que seguían actuando más o menos como el viejo don Ciriaco. Bairoleto, muerto a tiros por la policía mendocina en 1961, en San Pedro del Atuel, es considerado todavía más o menos como un santón por las buenas gentes lugareñas, que se llegan hasta su tumba para depositar ofrendas al lado de la rústica cruz que ostenta este elocuente epigrafe: "Aquí yace el último gaucho". . .

La disminución de la delincuencia rural se debe principalmente a la organización militar del país, iniciada por Roca y terminada por Ricchieri. Y el punto de partida fue la célebre expedición al desierto (1878-1879) y la consiguiente eliminación del indio; a ésta siguieron otras campañas en el Norte chaqueño, y bien pronto desapareció el problema de la 'frontera' y, con él, las infames levas de "vagos y malentretrenidos", con lo cual dejó de pender sobre las cabezas de los hombres de campo esa inquietante espada de Damocles. Y careció de sentido alzarse . . .

La importancia capital de la expedición militar de Roca suele diluirse por diversos motivos. Sin embargo, quienes observan el problema desde afuera, resaltan su significación: "Para terminar los asaltos de los Indios —anota Jessen a continuación del párrafo ya transcrito—, el gobierno en el siglo XIX celebró tratados con tribus vecinas, los que generalmente no fueron respetados. El hurto de ganado no cesó, hasta que en la séptima [sic, por octava] década del siglo pasado el general Roca logró limpiar definitivamente la Pampa de los Indios y

empujó los escasos restos más allá del Río Negro. Se apoyó en esta tarea particularmente en la ayuda de los Gauchos, de los cuales ya se había servido el general Rosas en su expedición punitiva de 1832-1833". Pero esto no era tarea fácil; más aún: en la época se consideraba una utopía la suposición de que en poco tiempo se podría terminar con las depredaciones de los indios. Biocca ha sacado a luz un importante testimonio de Ebelot: "Yo recuerdo —dice— haber visto los indios dueños de esos campos. Unos pretendían que sería menester un siglo, otros que se necesitarían tres para someterlos. Ahora se puede ir hasta los confines de Chile sin encontrarlos. ¿Cuánto tiempo se puso para operar esta transformación? Un poco más de tres años ⁸¹".

La organización militar iniciada por Roca como ministro de Pellegrini eliminó del ejército de línea los abusos y las arbitrariedades, y en esas filas hallaron refugio muchos antiguos matreros, más hábiles para la ejercitación militar que para otros menesteres. El general Agustín Pérez, que ingresó al ejército como soldado voluntario en 1889, cuando apenas contaba catorce años, y doce meses más tarde era cabo, solía contarnos la impresión que le causaba mandar a gauchos maduros y curtidos en sus bregas camperas de matreros, que ahora se habían 'enganchado'. Años más tarde, a raíz de los conflictos con Chile iniciados en 1898, la ley 4031, inspirada por el general Ricchieri, establecía el servicio militar obligatorio (6 de diciembre de 1901), y el famoso ministro sentaba las bases definitivas del ejército regular ⁸². Por entonces, ya el 'enganchamiento' voluntario era pobre,

⁸¹ EBELOT, ALFRED, "L'expédition au Río Negro", en *Revue des Deux Mondes*, t. III, 1880. Citado por BIOCCA, H. J., *Una imagen...*, pp. 26-27.

⁸² Sobre el particular, vide RODRÍGUEZ, AUGUSTO G., *Reseña histórica del ejército argentino (1862-1930)*, Buenos Aires, Secretaría de Guerra, Dirección de Estudios Históricos, año I, n° 1, serie II, 1964, cap. IV y V.

quizá porque el hombre de campo había encontrado ubicación y estabilidad en la vida de peón de estancia.

Los sostenedores de la desaparición del gaucho a fines del siglo XIX podrían argüir que este hombre de campo ya no era gaucho. Y en tal caso cabría preguntar por qué. Desde un punto de vista, hasta el censo de 1914 se opone a semejante pretensión, pues, sobre bases muy poco objetivas, calcula la pervivencia de 200.000 gauchos ⁸³. Creemos que está equivocado el censo —expresión final de un régimen administrativo que moría—, pues ya hemos señalado que no es lo mismo 'gaucho' para la oligarquía paternalista (autoridad censista) que para el hombre de campo. Éste se siente gaucho, aunque aquélla le quiera dar otra designación. En tal sentido, es muy importante atender a lo que dice ese elegante porteño y bizarro soldado que fue Lucio V. Mansilla, cuando quiere hacer diferencias que no le resultan demasiado felices: "Camilo es un paisano gaucho —dice ⁸⁴— pero no es gaucho. Son dos tipos diferentes. Paisano Gaucho es el que tiene hogar, paradero fijo, hábitos de trabajo, respeto por la autoridad, de cuyo lado estará siempre, aun contra su sentir. El gaucho neto es el criollo errante, que hoy está aquí y mañana allá, jugador, pendenciero, enemigo de toda disciplina; que huye del servicio cuando le toca, que se refugia entre los indios si da una puñalada, o gana la montonera si ésta asoma. El primero tiene los instintos de la civilización; imita al hombre de las ciudades en su traje, en sus costumbres. El segundo ama la tradición, detesta al *gringo*; su lujo son sus espuelas, su chapeado, su tirador, su facón. El primero se quita el poncho para entrar en la villa, el segundo entra

⁸³ Vide JESSEN, O., *Cosacos...*, p. 181.

⁸⁴ MANSILLA, LUCIO V., *Una excursión a los indios Ranqueles*, edic. y pról. de C. A. Leumann, Buenos Aires, 8° ed., Espasa-Calpe Argentina, 1962, p. 186. La primera versión del libro, muy reducida, apareció en *La Tribuna* de Buenos Aires, en forma de cartas periodísticas, a partir del 20 de mayo de 1870.

en ella haciendo ostentación de todos sus arreos. El primero es labrador, picador de carretas, acarreador de ganado, tropero, peón de mano. El segundo se conchaba para las *yerras*. El primero ha sido soldado varias veces. El segundo formó alguna vez parte de un contingente y en cuanto vio la luz se alzó”.

Es curiosa la diferenciación de Mansilla, según la cual Camilo Arias es un paisano gaucho... que no es gaucho. ¿Por qué el adjetivo, cuando no calza el sustantivo? Para él, gaucho es el pérfido y artero Manuel Alfonso, pero no el simpático y leal Camilo. Mansilla tenía en el fondo de su ser la concepción oligárquico-paternalista, según la cual el gaucho era el matrero, un ente despreciable que debía ser extirpado. Pero conoció y recorrió mucho, comprobando, lo mismo que Hernández, que esos buenos paisanos como Camilo Arias se autodenominaban gauchos, aunque la *élite* quisiera imponerles el refinado mote de campesinos... Pero mientras Hernández enfrenta el problema con un realismo concreto, Mansilla no logra —¿o no quiere?— ver que esos nobles paisanos gauchos se hacen las más de las veces matreros, aunque no deja de advertir que hay en todos un positivo desengaño por la vida.

Lo que vio Mansilla es lo mismo que vio Hernández. *Una excursión a los indios Ranqueles* (1870) es contemporánea de *El gaucho Martín Fierro* (1872). Mas Hernández llama gauchos a todos, incluso el paisano gaucho que quiere Mansilla. Prueba de que el paisanaje aceptaba la versión de Hernández está dada por la difusión de su libro, que no se dio entre los matones ni entre los alzados allende la frontera: se difundió entre ese elemento que Mansilla llama paisano gaucho, pues era el que se reunía en los fogones de las estancias, en las pulperías, en las ramadas, en los altos de las carretas. Los matreros estaban en pulperías y ramadas apenas de paso, porque allí los acechaba la autoridad administrativa. Si en las pulperías y ramadas solo se hubieran reunido matreros para jugar, beber, cantar y delinquir,

el materismo habría terminado muy pronto, pues la policía habría tenido facilitada inmensamente su labor... Lo que Mansilla, por razón de clase, llama tímidamente paisano gaucho, es lo que nosotros, basados sobre diversos autores, especialmente Hernández, llamamos concretamente gaucho; y eso que Mansilla llama gaucho, es el matrero.

Si fuera preciso fundar nuestro juicio recurriendo a una autoridad contemporánea, podríamos valernos de Saubidet⁸⁵, quien analiza diversas acepciones circulantes en épocas distintas (comenzando por Azara, para quien gaucho equivale a jornalero campestre, en pleno siglo XVIII, y da razón a Jessen); y termina Saubidet por dar la siguiente definición de gaucho: “Campesino rioplatense, tipo étnico, diestro en el dominio del caballo y por excelencia, en el trabajo de ganadería”. Al cabo de nuestro análisis, compartimos casi enteramente el criterio de Saubidet, con la sola excepción de la supuesta tipificación étnica. Y no lo hacemos por sumirnos en autoridad, sino porque los testimonios que hemos analizado confirman que el gaucho es el campesino de estas tierras que se destaca por su habilidad de jinete y de pastor de ganados. Por eso mismo ese gaucho, cuando desapareció el matrero a la par de las levas forzosas, fue por muchos años más, gracias a su habilidad para el trabajo ganadero, irremplazable puntal de la economía argentina.

A simple título ilustrativo, tomamos de Ferrer⁸⁶ algunos datos de interés: “La superficie total sembrada de granos y forrajes pasó de 340 mil hectáreas en 1875, a 6 millones en 1900, a 20 millones en 1913, y a 25

⁸⁵ SAUBIDET, TITO, *Vocabulario y refranero criollo con textos y dibujos originales de [...]*, Buenos Aires, Kraft, 6ª ed., 1962, p. 178.

⁸⁶ FERRER, ALDO, *La economía argentina. Las etapas de su desarrollo y problemas actuales*, México-Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1963, p. 116.

millones de hectáreas en 1929. La expansión de la superficie explotada acompaña durante todo el período el crecimiento de la producción y de las exportaciones agropecuarias. Las exportaciones crecieron vertiginosamente. En 1875 representaban alrededor de 260 millones de dólares de hoy para llegar a 460 millones en 1900 y cerca de 2 mil millones de dólares en 1929, cuando se cierra la etapa de la economía primaria exportadora. El ritmo de crecimiento de las exportaciones fue excepcionalmente acelerado siendo de 3.8 % anual acumulativo entre 1875 y 1900 y de cerca de 5 % entre este último año y 1929”.

Enseguida resume Ferrer, valiéndose en buena medida de las conclusiones de Giberti, las proporciones correspondientes a este aumento a la ganadería y la agricultura: “Hacia 1870 las exportaciones de productos agrícolas representaban menos del 1 % del total y las de productos ganaderos el 95 %. La participación agrícola estaba cerca del 20 % hacia 1890, y la ganadera en alrededor del 80 %. En el primer quinquenio de este siglo, las participaciones de la agricultura y la ganadería eran va prácticamente equivalentes con cerca del 48 % de las exportaciones totales para cada una. A partir de entonces, esta relación se mantiene salvo por lo que se refiere a variaciones de corto plazo”. Por tanto, hacia 1905 se estabiliza por partes iguales el valor de los productos agrícolas y el de los ganaderos.

Y se impone la pregunta: ¿quiénes hicieron posible este desarrollo nacional?... Se dirá que los capitales invertidos y los inmigrantes radicados. En cuanto a capitales, por esta misma época se inició la gran afluencia estadounidense, ávida de competir con los monopolios británicos⁸⁷; y en lo que hace a inmigrantes, también se intensificó pavorosamente, casi en progresión geométrica durante algunos años. Pero ocurre que muchas veces el cálculo de la inmigración se subvierte con la mejor

⁸⁷ Vide McGANN, T. F., *Argentina...*, pp. 384-387.

buena fe, porque se olvida que también nacían criollos por una parte, y que los inmigrantes, como buenos seres humanos, se morían... Según el mismo Ferrer⁸⁸ hay un “saldo inmigratorio neto de 3.300.000 personas, entre 1857 y 1914”. Si evitamos estos redondeos generalizadores, el problema se presenta distinto. Según el censo de 1895, hay 1.004.527 inmigrantes. Entre 1895 y 1914, entraron 1.948.929 personas que, sumadas a las anteriores, daría, efectivamente, unos tres millones (2.951.686). Pero el censo de 1914 acusa solo 2.357.952 inmigrantes. Los 593.734 restantes —en tanto hasta 1915, por la guerra, no se registran saldos emigratorios— probablemente habrán muerto o desaparecido. Sea como fuere, la cifra precedente indica una merma anual de 31.249. Y en este orden de cálculos, el incremento real resulta de la diferencia entre 102.482 y 31.249, es decir 71.233 inmigrantes por año. Y al cabo de diez años, en 1905, el incremento neto de población inmigrante llegaría a 712.330 almas. Sumado este incremento al total del censo de 1895, da un total de 1.716.857 inmigrantes efectivamente radicados.

Si tomamos ahora la población total que acusan ambos censos (4.044.911 para 1895 y 7.885.237 para 1914), el índice anual de incremento demográfico resulta de 202.122 para este período; de donde en diez años (1905) el aumento de población respecto de 1895 será de 2.021.220, totalizando 6.066.131. A mérito de lo dicho, es lícito calcular que en 1905 la Argentina estaba poblada por seis millones de almas, incluidos 1.700.000 inmigrantes (35 por ciento).

La población infantil, constituida por menores de seis años, oscila en los censos en aproximadamente el 20 por ciento del total. Este porcentaje no debe cargarse exclusivamente sobre los nativos, ya que muchos inmigrantes llegaban con hijos pequeñitos. Con amplísima generosidad, tomaremos el equivalente a tres generacio-

⁸⁸ FERRER, A., *La economía...*, p. 107.

nes infantiles para establecer la población útil de más de 18 años, descontando un total del 60 por ciento. Aplicado a la población de 1905, el saldo útil (mayores de 18 años) queda en 3.600.000 almas. Pero ha de considerarse que en las tareas agrícolas y de granja, propias de las colonias, el niño mayor de seis años presta servicios útiles, lo que no ocurre en las ganaderas; por ello, también generosamente, no descontaremos de la población inmigrante más que el 20 por ciento correspondiente a la población infantil neta. Seamos todavía más generosos en los redondeos, y consideremos que la población inmigrante alcanzaba a dos millones; descontado el 20 por ciento, queda 1.600.000 de inmigrantes útiles, contra 2.000.000 de nativos útiles.

Ya tendremos oportunidad de ocuparnos de los inmigrantes en sus tareas específicas de colonos y artífices. Entretanto, supóngase, si se quiere, que toda, absolutamente toda la agricultura de 1905 estaba en manos de inmigrantes. Pero entonces —y sin entonces— hay que calcular también que toda la tarea ganadera estaba en manos de los criollos. Y ha de tenerse en cuenta la equivalencia de valores agrícolas y ganaderos que, siguiendo a Ferrer, hemos señalado ya para este momento. Si en 1875 las exportaciones ganaderas (el 95 por ciento del total) llegaban a unos 250 millones de dólares actuales, en 1905 (el 48 por ciento del total) se habían elevado a cerca de mil millones, vale decir, cuatro veces. Esto supone, claro está, más actividad, más movimiento, más trabajo, más gente ocupada en tareas ganaderas, más peones de estancia... más gauchos activos.

En la explotación ganadera hubo, sin duda, grandes modificaciones; lo ha anotado Giberti y lo resume Ferrer diciendo que “la introducción de reproductores importados permitió un rápido mejoramiento de la calidad de las haciendas y las prácticas organizativas de la producción pecuaria fueron mejoradas en muchos establecimientos por la incorporación de personal especializado

proveniente de Inglaterra y Escocia⁸⁹”. Aceptada esta verdad, no se quiera por ello exagerar la nota suponiendo que ese personal especializado fue el que tuvo a su cargo el cuidado y mantenimiento del ganado.

Hacemos esta notación para evitar falsas perspectivas, sobre todo en cuanto se refiere a la cantidad de ingleses que vinieron a encargarse de la cría de ovejas. Antes de tomar como moneda de buena ley esa creencia tan generalizada, conviene tener en cuenta lo que un pionero inglés anotó allá por 1866: “No puedo dejar de mencionar de pasada un hábito muy arraigado entre algunos compatriotas que vienen a la Argentina. Me refiero a los que se aprovechan injustamente de la hospitalidad, que de tan buena gana les ofrecen casi todos los pobladores ingleses, dejándose estar en sus estancias durante meses, viviendo a sus costillas y sin comedirse en lo más mínimo para ayudarles en cualquier forma de sus tareas. [...] A todos, pues, nos hacía sufrir bastante lo que llamábamos ‘ejército de holgazanes’, es decir, un cierto número de jóvenes venidos de Inglaterra en calidad de presuntos criadores de ovejas, para simplemente emplear su tiempo en trasladarse de una estancia a otra, como mero entretenimiento, y que permanecían en el lugar mientras su dueño los mantuviese. Circulaban, podría decir, por esos campos, hasta que los estancieros llegaban a considerarlos una moneda tan sin valor, que finalmente rehusaban seguir dándole curso”. Muy oportunamente, puntualiza Sáenz: “Quedamos así enterados de que no solo los criollos sabían vivir de ‘agregados’ en las estancias de antes⁹⁰”.

Por nuestra cuenta, agregamos que la mayoría de los peones que tenía Seymour y los demás ingleses a que se refiere su valioso relato, eran criollos, gauchos de pura cepa, aunque algunos estancieros, como los propietarios

⁸⁹ *Ibidem*, p. 117.

⁹⁰ SEYMOUR, R. A., *Un poblador*..., p. 154. La nota de Sáenz es la 158. Véase también p. 155.

de la estancia Las Rosas, si bien se dedicaban a la ganadería, "orientaban con preferencia sus actividades hacia la agricultura". Como se ve, también el elemento nativo realizaba faenas agrícolas, siquiera como quehacer complementario. Por algo Hernández hace decir a Fierro en la *Vuelta*: "Sé dirigir la mansera" (verso 2455).

Esos dos millones de nativos útiles que había en 1905 eran, no más, gauchos. En boca de Mansilla serían paisanos gauchos, vale decir, campesinos jornaleros dedicados a tareas ganaderas que representaban "la masa argentina en lo social". Y es hora ya de terminar con la duda: ¿eran gauchos o no eran gauchos? ... ¿es o no es lo mismo gaucho y paisano? ... ¿era o no gaucho el peón de estancia? ...

Según el testimonio de Félix de Azara que reproduce Saubidet, hacia 1781-1801 (época en que Azara estuvo en la América Meridional) se llamaba gaucho al "jornalero campestre". Este testimonio es mucho más serio que el de Concolorcorvo, quien, por lo que dice, apenas si oyó mentas del gaucho en su periplo, hasta el extremo de que, guiado por un purismo ya anacrónico en 1783, lo llama *gauderio*. Paisano y gaucho, que son sinónimos para Azara, siguen siendo términos equivalentes en 1814 según el testimonio de San Martín. A lo largo del período 1820-1852, se conserva también la analogía entre paisano y gaucho, aunque el grupo romántico antirrosista usara el vocablo gaucho despectivamente como referido a las hordas de don Juan Manuel y sus adláteres. Con Urquiza sigue en pie la sinonimia. Después de Pavón, cuando comienza la estructuración en plano nacional de la oligarquía paternalista cada vez más europeizante, la voz gaucho adquiere un abierto tono despectivo; y aunque Mitre doctrinariamente ponderara los valores del paisanaje, prácticamente concurriría al aniquilamiento del gaucho, dando pie a la infamia de las levas y contingentes e impulsando la proliferación del matrerismo: ya hemos señalado, a través de Carracedo, lo que ocurría hacia 1865. Con Sarmiento se inten-

sifica la política antigaucha y toma estado doctrinario, situación que perdura hasta los albores de nuestro siglo. En resumen, durante cuarenta años predomina la confusión de los términos gaucho y matrero. Y a lo largo de esas cuatro décadas, la *élite* decreta un tono peyorativo para la voz gaucho.

Con estos antecedentes, cabe preguntar si es lícito para el historiador dar por sentado como algo definitivo, y atribuir un valor permanente y aun 'tradicional' a una acepción que solo tuvo vigencia plena en ambientes antitradicionalistas durante cuarenta años. Si antes y después de esos cuarenta años gaucho fue sinónimo de paisano —y durante esos años siguió siéndolo entre el paisanaje, malgrado lo que quisiera la *élite*—, no hallamos razón valedera para que se insista en que el verdadero valor semántico del vocablo sea el que le dio la oligarquía paternalista. Como hemos anotado ya, posiblemente sea lícito decir que a comienzos del siglo desapareció el gaucho equivalente a matrero que pretendió universalizar la oligarquía paternalista; pero no desapareció, ni mucho menos, el gaucho equivalente a paisano que tradicionalmente trabajó como jornalero campestre en nuestras campañas, por lo menos desde el siglo XVIII en que dejó de ser recolector para transformarse en peón y pastor de ganados: ése es el gaucho que vio Azara, que ponderó San Martín, que integró las huestes de Quiroga y de Paz, que impulsó a Hernández a escribir su inmortal poema. Quien quiera comprobar la pervivencia del gaucho y de lo gaucho antes, durante y después de esos cuarenta años de peyoración oficial y pretendida eliminación, puede recurrir al camperísimo relato novelado de Cipriano Isidoro Newton —nieto de Richard B., el primer alambrador— con referencia a las andanzas de un gaucho que murió en 1933, a la edad de 105 años, y que el autor conoció muy de cerca en tanto fue peón de su estancia. La intención de Newton —Nautes, según pronunciaba el paisanaje— es clara y sincera, y por lo mismo valiosa: "Con el solo propósito

de presentar al gaucho tal cual lo conozco —dice en el prólogo⁹¹—, en sus costumbres y sentimientos, es que trataré de describirlo. No es el gaucho aquel individuo pendenciero, haragán e indolente, como generalmente se le toma en sus merecimientos confundido con el malevo arrabalero u otros que por circunstancias especiales vivieron al margen de la ley. El gaucho fue siempre un hombre respetuoso, aguerrido, fuerte, trabajador. Con un amor propio tal que lo coloca por sobre todo prejuicio; susceptible y quisquilloso en extremo. Capaz de matar en defensa de su honor, por lavar una ofensa. Compromiso ineludible su promesa; su hombría, su orgullo; su palabra, un juramento. Capaz de sacrificarlo todo por un ser querido; por hacer un servicio se desvivía, y en tales casos afrontaba los más grandes peligros con la sonrisa en los labios”.

Compárese esta estampa del gaucho con lo que dice Mansilla a propósito del paisano gaucho; indudablemente, cabe el sustantivo a quien se aplica el adjetivo. Cuando Mansilla habla de un paisano gaucho que no es gaucho, no hace más que señalar por una parte la sinonimia tradicional y por otra la antinomia postulada por la clase social a que pertenecía este autor. Mansilla sabía y veía que los paisanos se autodenominaban gauchos, como su fiel Camilo Arias; pero no podía romper radicalmente con el criterio clasista de la *élite*. Mientras ese criterio imperara, tendría sentido confundir gaucho y matrero. Durante el gobierno de Juárez Celman en Córdoba, Victorio Amuchástegui era jefe político de un departamento; y un día recibió la comunicación siguiente de un comisario de campaña: “La cosa se ha puesto hedionda y los gauchos me la han olido”; allí gaucho equivale a matrero, y así lo entendía, sin duda, el destina-

⁹¹ NAUTES, ISIDORO [CIPRIANO ISIDORO NEWTON], *Bicho Moro*, Buenos Aires, Tor, 1934, p. 5. Las informaciones pertinentes nos han sido suministradas por el nieto del autor, Horacio Enrique Newton.

tario. Pero la generación siguiente —a la que perteneció Isidoro Newton (1879-1942)— ya no vio en el gaucho un ser criminal ni un delincuente nato; por el contrario, volvió a la sinonimia gaucho-paisano. Y Ricardo Güiraldes (1886-1927) servirá de vocero de esa generación.

Gustara o no el término a la *élite*, durante esos cuarenta años antitradicionalistas el gaucho siguió siendo lo que señaló Azara en el siglo XVIII: jornalero campestre. Éran gauchos los que cuidaban el ganado, lo llevaban a los pastos, lo recogían, lo amansaban, lo manejaban en todos los órdenes. Seymour habla de las dificultades que representaba domar bueyes para que aprendieran a tirar de un arado norteamericano que habían conseguido. Y aunque se incluye entre los domadores diciendo que “domar estos animales nos resultó un trabajo extremadamente duro”, explica enseguida que quienes realizaron esta penosa tarea fueron sus peones gauchos, aunque se escandaliza del vocabulario que éstos empleaban para lograr sus fines. . . . Sobre el particular, dice Seymour que en la marina británica es fama que los subordinados solo aprenden a obedecer cuando el superior acompaña la orden de groseros adjetivos, y agrega: “Y yo, basado en mi personal experiencia en el tópic, me permito declarar que si semejante sistema de mandar es realmente efectivo, los gauchos deben tener en sus bueyes a sus más obedientes servidores⁹²”.

No queremos desmerecer ni un ápice, por cierto, el valor y el aporte estupendo de esos inmigrantes que, como Seymour, se aventuraron en el desierto con el propósito de hacer productivas decenas de leguas ricas e incultas. Queremos, simplemente, señalar que ellos llevaron la iniciativa y aportaron el capital y la maquinaria técnica del caso, pero que eran los gauchos quienes hacían el trabajo con la hacienda.

⁹² SEYMOUR, R. A., *Un poblador . . .*, p. 291.

“Gringo platudo, y el gaucho pobre como el peludo”, apunta un dicho campero. Allí hay, sin duda, un fondo de resentimiento contra esos inmigrantes esforzados e ingeniosos que ganaban plata con las vacas, ovejas y caballos que cuidaban los gauchos. Pero con resentimientos o sin ellos, el gaucho tuvo necesidad de aprender a convivir con el gringo. No solo convivió, sino que hasta aceptó muchas costumbres foráneas, pues, como ya veremos, fueron múltiples los fenómenos de aculturación e inculturación que produjo la ola inmigratoria. Como ha señalado López Osornio⁹³, hasta el acordeón italiano —la inicialmente ridiculizada ‘verdulera’ de los colonos— pasó a integrar el instrumental músico de los fogones, donde antes solo imperaba la guitarra; y ni hablar del litoral, pues allí la guitarra, el arpa y el tambor indígenas hallaron pronta compañía en ‘la acordeona’ y el trombón.

Pero no ha de creerse que la convivencia se dio con tanta facilidad. Y aunque López Osornio supone que el gaucho se limitó a hacer bromas al gringo —especialmente al italiano— “sin maldad ni menosprecio”, conviene advertir que el menosprecio fue patente; en cuanto a la maldad, si no la hubo, por lo menos puede advertirse un firme dejo de envidia por parte del elemento criollo. Hacia 1915, un español muy acriollado, José Alonso Trelles, afincado en la Banda Oriental y harto popularizado como poeta gauchesco con el seudónimo de *El Viejo Pancho*, escribía en su composición *¡Si estos gringos!*:

¡Si estos gringos! ¡Ni qué hablar!
Pa vender, mezquinos de uña,
pero clavan la pezuña
cuando tocan a cobrar.
A poco de negociar

⁹³ LÓPEZ OSORNIO, MARIO A., *Oro nativo*, Buenos Aires, El Ateneo, 1945, p. 282.

y cuando usté ni se sueña,
se le atracan a la dueña
del potrerito arrendádo
y le pagan al contádo
casa y campo, monte y leña.

Se arranchan con cualquier negra
que de balde les cocina.
No quieren comer gayina
porque no les hace cuenta,
pero adoban la pulenta
con pajaritos guisáos,
porque estando amontonáos
de un tiro matan cincuenta.

No nos adelantaremos al tratamiento del gringo. Hemos querido tan solo señalar que el gaucho, cuando pudo vivir pacíficamente tras la eliminación de las levaduras forzadas, tuvo que alternar con los inmigrantes y sus experiencias no fueron siempre cordiales. Pero esa convivencia terminó enseñando al gaucho que, en definitiva, cada uno estaba en lo suyo, y que más podría lograr aprendiendo de los gringos lo que conviniera que lanzándose a nuevos actos de violencia como los que se produjeron en los comienzos de la inmigración masiva, cuyo trágico testimonio es la hecatombe tandilera de 1872. En verdad, el poemita del *Viejo Pancho* es ya anacrónico en sus propios días. En 1915, gauchos y gringos vivían en paz. Nada mejor que la obra de Güiraldes para conocer cómo se desenvolvía la vida del gaucho en el ocaso del período que hemos elegido para esta historia de mentalidades. *Don Segundo Sombra* apareció en 1926; los acontecimientos a que allí se hace referencia son más o menos inmediatos. La obra de Güiraldes es, al mismo tiempo, una descripción y una comprensión del paisaje campero y del gaucho hacia 1916, año del centenario de la Independencia. Pero ahora se trata del gaucho que está de vuelta, no del gaucho que se va...

Don Segundo Sombra sirve para muchas cosas. Para pasar un rato entretenido, según la inmensa mayoría de quienes lo han leído. Para hacer un formidable estudio estilístico, como el de Raúl H. Castagnino, por ejemplo ⁹⁴. Para disimular —según unos— una biografía del personaje real que fue don Segundo, o para insinuar —según otros— una autobiografía de Güiraldes. Muchos lo leen y releen con el objeto de tener una idea más o menos general de la vida del resero bonaerense. Por nuestra parte, tenemos ya algunos elementos que nos permitirán valernos de este libro ⁹⁵ como fuente informativa sobre el gaucha como peón de estancia.

No puede haber duda de que Güiraldes está convencido en 1926 de que el gaucha existe como algo real y concreto que él conoce y palpa. Si alguien dudara, hallaría pronta respuesta del mismo autor, quien se encarga de apuntarlo en su novela con minucioso cuidado. Dos veces repite las mismas palabras, referidas la primera vez a un sueño delirante (p. 123) y la segunda al encuentro de Fabio Cáceres con su tutor (p. 184): “Ya has corrido mundo y te has hecho hombre, mejor que hombre, gaucha. El que sabe los males de esta tierra por haberlos vivido, se ha templado para domarlos”. Tal reiteración no deja dudas, a nuestro juicio, de la firme y manifiesta intención de señalar puntualmente que el verdadero hombre de campo, el paisano auténtico, es gaucha. La misma idea se repite en el capítulo XXII (p. 161), cuando el patrón, admirado ante don Segundo, dice de él: “no me parece ser como cualquiera de los muchos que somos”; y el patrón de marras era hombre muy campero. Insiste en señalar la pervivencia de la condición gaucha cuando finaliza el capítulo XXIII (pp. 180-181); después de que Fabio descubre su origen y se sabe

⁹⁴ CASTAGNINO, RAÚL H., *El análisis literario*, Buenos Aires, Nova, 1953.

⁹⁵ GÜIRALDES, RICARDO, *Don Segundo Sombra*, Buenos Aires, Losada, 13ª edición, 1952.

rico estanciero, declara su pesar ante la tremenda comprobación: “Yo ya había dejado de ser un gaucha”. Y el muchacho, desesperado, angustiosamente triste, pregunta a don Segundo si por tener estancia, plata y mando ya no es un gaucha: “Mirá —le contesta el paisano—. Si sos gaucha en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina’e tropilla”.

Y así, Güiraldes asienta algo que estimamos importantísimo: solo se es gaucha cuando se tiene mentalidad de gaucha. Por eso Fabio, que se había hecho gaucha, declara que para él “gaucha y gaucha” resultaban sinónimos, “porque entendía que ambas cosas significaban ser hijo de Dios, del campo y de uno mismo” (p. 183). Es gaucha quien siente que “huella y vida es una sola cosa” (p. 189). La mentalidad gaucha, como toda mentalidad, representa una toma de conciencia del ambiente propio, sin que importe la raza en cuanto tal ni tampoco la condición social. De allí esas bromas que se cruzan entre Raucha (el hijo de Leandro Galván) y Fabio Cáceres: éste llama al hijo de su tutor estanciero “un cajetilla agaucha”, mientras Raucha moteja a Fabio de “gaucha acajetillao” (p. 185). Precisamente por esta circunstancia hemos aceptado ‘casi’ completamente la definición que Saubidet da a gaucha, en tanto no creemos, como él, que constituye un ‘tipo étnico’, sino una mentalidad. Santos Vega, Aniceto el Gallo, Martín Fierro, don Segundo Sombra, Bicho Moro, en fin —para tomar épocas distintas—, son gauchos de pura cepa, gauchos de pies a cabeza, y no hay un solo pasaje de sus gauchísimas vidas en donde se haga la más remota referencia a alguna peculiaridad racial específica.

Posiblemente en la creencia de que el gaucha, para ser tal, tiene necesariamente mezcla con sangre indígena, reside el error básico del enfoque de quienes, como Martínez Estrada, han querido explicar las modalidades gauchas mediante argumentos bioantropológicos fundados sobre supuestos atavismos generadores de resentimientos

hacia el blanco. Nada autoriza seriamente a suponer en el gaucho resentimientos de esa naturaleza; sus resentimientos no apuntan contra una raza, sino contra una forma de trato despiadado que impuso la oligarquía paternalista. Terminada la actitud hostil de la *élite* gobernante, sucumbió también la actitud hostil del gaucho, aunque permaneciera prevenido ante manifestaciones más o menos paralelas a las de aquella *élite*. Tal prevención se observa respecto del 'rico', generalmente abusador; recuérdese esa advertencia de don Segundo a su ahijado, cuando éste se levanta contra la personalidad de quien resultó ser su padre, pero "que andaba de güen mozo por los puestos, sin mucha vergüenza": "Espacio, muchacho —advierde Sombra—, espacio. Tu padre no andaba de florcita con las mozas, ni faltaba de vergüenza. Tu padre era un hombre rico como todos los ricos y no había más mal en él. Y no tengo otra cosa que decirte, sino que te queda mucho por aprender y, sin ayuda de naides, sabrás como verdá lo que aura te digo".

Esta prevención hacia el rico, sin embargo, no se manifiesta en rebelión contra el patrón. Muy lejos de ello, el gaucho de nuestro siglo ha aprendido a respetar la autoridad legítima, tal como aconsejaba Fierro a sus hijos en *La Vuelta*: "Obedezca el que obedece y será bueno el que manda" (versos 7035-36). Y el respeto se torna en admiración y hasta en devoción cuando el patrón también es gaucho, vale decir cuando ha tomado conciencia del ambiente campero. Güiraldes muestra palmariamente el sentido de natural respeto hacia el patrón en el gesto del peón Pedro Barrales, viejo compañero de andanzas de Fabio que ahora le traía la noticia de que había heredado la estancia; y como Fabio es su patrón, Pedro le brinda un saludo formal tocándose el ala del sombrero y espetándole un respetuoso "cómo le va" (p. 177). Pero también aparece en seguida la prevención cuando el mismo Pedro, insultado por el muchacho enriquecido, está dispuesto a no dejarse pisotear la dignidad por más patrón que sea (p. 179). La intervención de

Sombra llamando a ambos a la cordura llena otra vez la escena de calor gaucho, y los viejos compañeros, ahora patrón y peón, siguen unidos en idéntica situación de simpatía porque el patrón no ha dejado de ser gaucho.

Reiteradamente muestra Güiraldes el respetuoso afecto que despierta entre el paisanaje el gauchismo de los estancieros. En el capítulo XXII, sobre todo, lo señala claramente: "El patrón era joven. Andaba bien montado y su trato con el paisanaje daba confianza". Ese mismo patrón se une a los peones para colaborar en la doma, la más gaucha de las tareas camperas, y participa con sus consejos, sus bromas, sus ironías como cualquier otro gaucho. Y al final, cuando el viejo domador, ya retirado, ofrece a Fabio su puesto en nombre del patrón, Güiraldes pinta de cuerpo entero el personaje que ha venido delineando (p. 162): "El patrón —dice el viejo—, aunque es medio mandón p'al trabajo, es servicial cuando quiere. Más de un hombre ha salido del campo con su tropilla o su majada... y, hasta yo mesmo, aunque trabajando fuerte, es cierto, he conseguido asegurar mi tranquilidad p'a mi vejez y mis cachorros. Don Juan es generoso en la ocasión. Sabe abrir la mano grandota y es fácil que se le refalen unos patacones".

Como se ve, el consejo de Fierro no solo prendió en los peones, sino también en los patronos. Y el gaucho se sentía hondamente satisfecho, según muestra Güiraldes, de haber pasado bien las pruebas de coraje y guapeza a que lo sometía el patrón (p. 164), lo mismo que Fierro se alegraba y henchía de orgullo porque el patrón premiaba su esfuerzo con un simple trago de caña.

En 1938 se publicó *Campo y cielo* de Gualberto Márquez (*Charrúa*), viejo criollo nacido en la otra banda y radicado en la provincia de Buenos Aires, en donde llegó a ser mayordomo de una importante estancia hasta su muerte en 1962, cargado de años. En una de sus composiciones hace referencia a los patronos de antes, para oponerlos a los 'delicaos' que ahora recorren la estancia en automóvil e, insensibles a lo campero, gastan inútil-

mente en Europa la plata que sacan sin esfuerzo de estancias heredadas. En verdad, más que *Patrones de antes* sus décimas podrían titularse *Patrones gauchos*, pues, quitada la última —censoria y catoniana—, describe allí puntualmente lo que hacían y hacen esos patrones que, por haber aprehendido el alma paisana, saben qué tiene que hacer el gaucho y le exigen eficiencia mediante el ejemplo de su propia eficiencia gaucha:

En un tiempo los patrones
eran de lay pa mandar,
y se vían trabajar
misturaos entre los pioneros.
Eran hombres baquianones
pa lo que se les pusiera,
igual sabían de manquera
que de tientos ramaliaos ⁹⁶,
de ingerir ⁹⁷ lazos cortaos
que de pialar puerta ajuera.

Sabía el patrón lidiar
con cualesquier herramienta,
como le echaba una cuenta
y era capaz de alambrar.
Él sabía hacer parar
de la cola al más enclenque,
atar un potro al palenque,
hacer novillo al ternero ⁹⁸
y mordaza pal mañero
con la manij'el rebenque.

Nada para él fue distante,
y si un río desbordaba
a nado se lo bandiaba

⁹⁶ Entretejidos.

⁹⁷ Anudar los ramales.

⁹⁸ Castrarlo.

con tropilla por delante.
Tenía pingos de aguante,
era resuelto y campero,
y cuando ya pendenciero
el sueño lo atropellaba,
al raso desensillaba
durmiendo sobre su apero.

No interesa ahora el final admonitorio que agrega *Charrúa*. Lo transcripto basta para señalar cómo el gaucho admira y pondera la destreza y la hombría, precisamente porque él, para ser gaucho, tiene que ser diestro y curtido. No sólo la doma exige valor y resistencia. Un arreo agota, y cuando al cansancio se suma la inclemencia del pampero, el rigor de la lluvia y el rugido de la tormenta, se termina exhausto tras el sobrehumano esfuerzo de calmar el ganado que se espanta por los relumbros y truenos, que se hunde en el fondo fangoso de las cunetas, que quiere alzarse en cada relámpago, y que pelagra en su integridad por las mutuas embestidas y las traicioneras costaladas. Se termina agotado, sí, pero se termina. Porque el resero sabe que de su destreza depende la suerte del ganado, y al servicio de su eficiencia pone una voluntad de hierro que solo puede darse en quien hace una cuestión de dignidad personal el vencer la pampa. Esto no es tarea para todos; no la hace el que quiere, sino el que puede porque sabe: “Los dieciséis cencerros de distintos tañidos echados a vuelo en la disparada —dice Nautes, testigo del episodio, a p. 43— acosados por la novillada que los perseguía, el ruido de las astas al chocar unas contra otras, los truenos, gritos y rebencazos de los hombres, y el chapaleo de los novillos y jinetes en la vertiginosa carrera por entre los charcos de la lluvia que arreciaba momento a momento, producían un descomunal tropel, ensordecedor, impresionante. Aquello parecía un duelo a muerte entre esos gauchos valientes, llenos de valor y coraje por dominar

a los novillos que como fieras embestían para abrirse el paso que aquéllos no les cedían”.

También Güiraldes, en el capítulo XXIV de *Don Segundo Sombra*, muestra con firmes trazos esas fatigas y penurias del gauchaje, que hoy siguen repitiéndose a diario en nuestros campos. Véase un solo párrafo: “Con excepción de los que quedaban guerreando con la tropa, bajamos todos a lo hondo de la grieta, donde forcejeamos a lazo y hasta a mano, para enderezar a los caídos y cuartear a los embarrancados. En un barro machucado por el pisoteo, los mancarrones pisaban en falso, buscando los desniveles apropiados para apoyar sus vasaduras; y había que saber abrirse a tiempo en la caída y la costalada, en las que, al menor descuido, se deja un hueso, en una quebradura que suena como gajo que se astilla dentro de una bolsa” (p. 173). Y la marcha sigue, sigue con todo su rigor, sin parar más que para engañar al estómago a las horas de las comidas. El agotamiento llega a ser total. Güiraldes describe ese esfuerzo titánico con trazos de notable expresividad: “Sabía que si en gran parte se resiste por tener hecho el cuerpo a la fatiga, más se resiste por tener hecha la voluntad a no ceder. Primero el cuerpo sufre, después seazona y va, como sin tomar parte, adonde uno lo lleva. Después, las ideas se enturbian; no se sabe si se llegará pronto o no se llegará nunca. Más tarde las ideas, tanto como los hechos, se van mezclando en una irrealidad que desfila burdamente por delante de una atención mediocre. A lo último no queda capacidad vital sino para atender a lo que uno se propone sin desmayo: seguir siempre. Y se vive nada más que por eso y para eso, porque todo ha desaparecido en el hombre fuera de su propósito inquebrantable” (p. 174).

Esta dura faena era propia de los gauchos en el siglo XVIII, en el XIX, en la época durante la cual la *élite* quería arrasar lo gaucho, en las primeras décadas de nuestro siglo... La siguen desarrollando hoy, y la seguirán haciendo por muchos años más, mientras haya

regiones sin caminos adecuados para que circulen los pesados camiones de hacienda. Los arrosos serán quizá más cortos, la hacienda menos guampuda y más gorda, pero se necesitarán gauchos que manejen las tropas a fuerza de destreza y voluntad; gauchos voluntariosos, dispuestos a llegar a destino, aunque al arribo les ocurra como al Demetrio de Güiraldes, que cayó al suelo en la desmontada final y se quedó dormido durante diez horas seguidas (p. 175).

Muchas cosas tiene que saber el gaucho, porque en sus andanzas por la huella sin más compañía que su saber debe ingeniarse para todo. Ya ha apuntado Güiraldes lo que debía conocer el aprendiz de gaucho: “Aprender a carnear, enlazar, pialar, domar, correr como la gente en el rodeo, hacer riendas, bozales y cabrestos [sic], lonjear, sacar tientos, echar botones, esquilar, tussar, bolear, curar el mal del vaso, el haba, los hormigueros y qué se yo cuántas cosas más” (p. 55). Y todas esas cosas hay que saberlas, porque sin eso la pampa lo devora (p. 65). La escuela es la vida diaria, que enseña momento a momento algo nuevo...

Marchar, andar, seguir; seguir siempre. A lo largo de cinco años, el oficio de resero ha hecho recorrer a Fabio Cáceres las zonas de Ranchos, Matanzas, Pergamino, Rojas, Baradero, Lobos, Azul, Las Flores, Chascomús, Dolores, Tuyú, Tapalqué “y muchos otros partidos” que vieron a don Segundo y su ahijado “pasar cubiertos de tierra o barro, a la cola de un arreo”, en ese continuo y pertinaz trajín. No deja de ser gracioso, pues, que se pretenda desmerecer esa agobiadora vida de trabajo del ‘gaucho errante’, llamado así porque no se aferra a la dependencia eterna de ningún patrón, sino que busca trabajar duro sin atarse a sentimentalismos. Sin estos hombres, nuestra ganadería habría sucumbido en poquísimo tiempo. Porque, como hemos dicho, para hacer esto no basta con querer; hay que saber hacerlo, aprendiéndolo, como Fabio Cáceres, desde que se inicia la pubertad, al lado de gauchos curtidos y ‘sabedores’.

No hay gringo capaz de rivalizar en ello. Y los hijos o nietos de gringo que hoy lo hacen, y por cierto que bien, no lo aprendieron de sus padres y abuelos sembrando lechuga ni manejando un torno eléctrico en un taller industrial.

Árida tarea ésta del resero más o menos errante, que solo permanece poco tiempo en cada lugar, como don Segundo, para no aquerenciarse ni hacerse caudillo (*vide* p. 66). Pero la del peón estable no es más blanda. También Güiraldes apunta que éste tiene que saber hacer de todo, como Antenor Barragán: "Su ocupación era cualquiera, porque lo mismo le daba lucirse en un man-carrón macaco, en una faena de horquilla, o trabajando de a pie en el corral. Saltaba cualquier animal limpi-to y alzaba al hombro cualquier peso" (p. 165). A fin de cuentas, el peón de estancia hace lo que anunciaba Fierro en su *Vuelta*:

2455/60 Sé dirigir la mansera
y también echar un pial;
sé correr en un rodeo;
trabajar en un corral;
me sé sentar en un pértigo
lo mesmo que en un bagual.

La característica sobresaliente del trabajo del peón estable consiste en hacer de todo, vale decir, en no ser característica. Mas, para hacer de todo, tiene que aprender a hacer de todo. Y le gusta, porque en tanto hace de todo se siente más libre. La descripción que hace *Charrúa* de los viejos patrones, está indicando también que eso mismo hacía el 'mensual'. El campo exige estar siempre encima, y no hay especialización que valga. La especialización del gaucho consiste, precisamente, en la multiplicidad de sus actividades para vencer a la naturaleza e imponerle su voluntad. *Vencer*, anota Güiraldes, es la "grande y continua tarea gaucha" (p. 165). Exactamente en la medida en que se vence a la pampa

se toma posesión de ella, sin que importe en este caso la noción de 'propiedad' escriturada. El gaucho siente que la pampa es suya no porque la compra ni la hereda, sino porque la posee en tanto la quiere y se goza con ella. Nada más fiel respecto de este sentimiento hondamente arraigado en el paisanaje, que esa expresión de Fabio Cáceres: "Podía mirar alrededor, en redondo, y decirme que todo era mío. Esas palabras nada querían decir. ¿Cuándo, en mi vida de gaucho, pensé andar por campos ajenos? ¿Quién es más dueño de la pampa que un resero? Me sugería una sonrisa el solo hecho de pensar en tantos dueños de estancia [...]. ¿Dueños de qué? Algunos parches de campo figurarían como suyos en los planos, pero la pampa de Dios había sido bien mía, pues sus cosas me fueron amigas por derecho de fuerza y de baquía" (p. 187). Convengamos que esta convicción del gauchito de Güiraldes cabe bien en la idea del gaucho dibujada por Samuel Haigh en 1817, y en la presentación de *Martín Fierro* que hace Hernández en el canto primero, cuya síntesis se da en esos conocidos versos:

79/82 Soy gaucho, y entiendanló
como mi lengua lo explica.
Para mí la tierra es chica
y pudiera ser mayor.

Y antes ha aclarado, para despejar dudas:

77/78 El que se tiene por hombre
ande quiera hace pata ancha.

Esa sensación de posesión presente y plena hace que el gaucho se despreocupe del tiempo histórico. La historia nos interesa y nos angustia a quienes hemos advertido que este presente fugaz es la única realidad para armar nuestro futuro; y entonces reflexionamos en lo que hemos hecho para afirmarnos en nuestro hoy y pro-

yectar nuestro mañana conforme a la experiencia presente de nuestro ayer. Ya ha advertido Croce que solo en esa medida la historia es "maestra de la vida". Ese tiempo histórico no solo preocupa al intelectual, al poeta o al artista, sino también al comerciante, al industrial, al agricultor, al profesional, al estanciero, al obrero, a todo aquel que de alguna manera elige su hoy a base de lo hecho hasta ahora para acariciar un mañana promisorio. Pero no preocupa al gaucho, una, porque no tiene tiempo para reflexionar, y otra, porque no tiene ganas de hacerlo.

El doctor Ernesto M. Aráoz, conocido abogado y político salteño, relata un episodio que le ocurrió en 1929 con un gaucho de Salta afincado como 'arrendero' en Cachipunco (Jujuy). Encontró al gaucho en un sendero de la serranía de Santa Bárbara, mientras éste había detenido su alazán para acomodar sus pozuelos⁹⁹ que se habían corrido de su lugar. Dióse a conocer Aráoz, y resultó que el gaucho, Martín González, había estado trabajando en Rosario de la Frontera, en la estancia Ovando de la familia Güemes, de la que había salido "hace unos años con la intención de volverse enseguida pa sus pagos"; y contó a Aráoz que "de puro dejao" iba demorando la vuelta día tras día. "Algunas veces mi digo —continuó el gaucho— qué sabrá pensar de mí el patrón, porque yo me vine sin decir nada en una ocasión en que él se había ido pal pueblo y cayeron unos ingenieros a la Frontera a contratar piones pa un camino que se estaba haciendo por estos laos, y como ofrecían güen jornal yo me tenté y me vine por juntar unos pesos. Mi patrón es muy güeno y yo siempre he estao muy acostumbrao a él, como mozo e mano". Pero Aráoz le hizo saber que el patrón ya no podía decir nada, porque se había muerto, muy anciano, varios años atrás. "No puede ser —respondió el gaucho, sorprendido—; el patrón no era viejo". Claro que no. No era viejo cuando

⁹⁹ Petacas de cuero.

él se fue; pero Aráoz, a mérito de otras conversaciones, le hizo notar que por lo que contaba había salido de Rosario de la Frontera en 1890, vale decir, treinta y nueve años antes... Y el viejo gaucho advirtió entonces que él tenía como noventa años, cosa en la que jamás se le había ocurrido pensar. Luego, agradecido por las noticias, reflexionó Martín González: "Ahora yo sé que no tengo ya a mi patrón, y que la vida se me ha gastao, que soy muy viejo y que pronto me voy a morir¹⁰⁰". Por ahí, si no se da cuenta, no se muere nada...

Sin este encuentro con el doctor Aráoz, seguramente el gaucho nunca hubiera recapacitado en el hecho de que su 'demorita' en volver a sus pagos se había prolongado un poco... Pero, ¿qué le importaba el tiempo al viejo gaucho? Lo pasado pasó; ¿para qué lamentarlo? Como decía *Martin Fierro*, las cosas tardarán más o menos, y eso, no más, es el tiempo. Ahora advierte Martín González que tiene como noventa años y que la muerte no ha de andar lejos. Y bueno, que llegue cuando tenga que llegar. No la espera ni la rehúye. Como Martín González, todo gaucho, en tanto no se interesa por su pasado ni cuida proyectarse hacia un futuro venturoso, en tanto vive mordiendo con fuerza el presente fugaz, se hace fatalista, pero con un fatalismo que no le preocupa mayormente. "¡Suerte! —exclama Fabio Cáceres después de la desgracia de su amigo Antenor— ¡No hay más que mirarte en la cara y aceptarte linda o fea, como se te dé la gana venir! Por su bien —agrega— el resero no tiene la vida demasiado cerca para poder perderse en cavilaciones de índole acobardadora" (p. 170). Y por lo mismo que no reflexiona, sigue teniendo fe en sí mismo. Lo único que no podrá parar es la muerte. ¿Qué hacerle?... "La muerte ni me asusta ni me encuentra arisco", pensaba don Segundo Sombra (p. 171). Y su ahijado Fabio acota: "Cuando todos estaban de ida

¹⁰⁰ ARÁOZ, ERNESTO M., *El alma legendaria de Salta*, Buenos Aires, La Facultad, 1936, pp. 25-31.

hacia la muerte, él venía de vuelta". No. Al gaucho no le cabe la angustia existencial. Hombre acostumbrado a resolver el todo en cada presente, no piensa, no se le ocurre pensar, que es un ser inacabado pero finito. Se sabe el gaucho finito, pero se acaba todos los días, precisamente porque necesitado de aferrarse a su ahora, olvida su ayer y ve el mañana como una utopía inasible. ¡A quién se le ocurre pensar en después cuando está enhorquetado en un potro chúcaro que debe dominar ahora!... Y es claro que esta mentalidad no puede conciliarse con la de esa oligarquía paternalista farolera, que quiere vivir en el presente un futuro no realizado, creándose para ello la ilusión de un pasado proficuo, colmado de glorias y de grandezas que sustentan el porvenir venturoso...

Al gaucho no le importa la historia. Cuando Fabio Cáceres inicia su vida de estanciero advierte que de pronto, y sin quererlo, ha ido rumiando su pasado. "Hasta entonces —dice— no tuve tiempo. [...] Cierto, había pensado mucho, mucho, pero siempre enfocando las vicisitudes de cada segundo. Había pensado como el hombre que pelea, con los ojos bien abiertos hacia el peligro, y toda la energía pronta para ser empleada, allí mismo, sin dilaciones ni mermas" (p. 186).

Quien vive inconsciente de su historicidad se despreocupa olímpicamente por cuanto sea fenómeno esencialmente histórico, como las instituciones, la patria, la nacionalidad. Como que la nacionalidad no es más que historicidad consciente localizada. En todo el libro de Güiraldes solo hemos hallado una vez la palabra *patria* —salvo otra que habla de los botines así llamados—, y aparece apenas Fabio Cáceres comienza a reflexionar sobre su pasado, cuando tiene que regresar, por imperio de las circunstancias, al pueblo del que huyó con el propósito de no volver más: "Pago —dice— es patria chica y, por más que nos independicemos, nos quedan metidas dentro cuñas de goce o de dolor, ya hechas carne con el tiempo" (p. 182). En esa expresión ni siquiera hay

un sentimiento genuino de patria: hay apenas una sensación de querencia, tinta de matiz telúrico. A Fabio le pasa exactamente lo mismo que a sus bestias: "Tanto las yeguas como los caballos viejos olfatearon el camino de la querencia" (p. 182). Güiraldes insinúa la identidad de sentimientos del muchacho y las cabalgaduras, pero no la aprovecha a fondo; quizá ello se deba a que no quiere parecer irreverente con el gaucho, cuyo manido patriotismo heroico —tan exaltado ya hacia 1926— no aparece para nada en el paisano que él conoció, ni aparece en los coetáneos de don Segundo que conocieron Newton y Magnanini... como tampoco aparece en el que describió Hernández.

En *El gaucho Martín Fierro* de 1872 no figura ni una sola vez la patria; ya dijimos que en *Martín Fierro* hay de todo menos de patriota, y es hora de probarlo. Como en *Don Segundo Sombra*, las referencias en la obra de Hernández se quedan en el pago, en la tierra aque-
renciada, en meras nostalgias lugareñas:

- 133/34 Yo he conocido esta tierra
en que el paisano vivía
- 254/55 Estaba el gaucho en su pago
con toda siguridá
- 289/90 Tuve en mi pago en un tiempo
hijos, hacienda y mujer;
- 804 Y volverme pa mi pago.
- 1001/02 Soy pa rumbiar como el cerdo
y pronto cái en mi pago.
- 2485/86 Es triste dejar sus pagos
y largarse a tierra ajena

2411/14 Mientras sin ningún halago
pasa uno hasta sin comer
por pensar en su mujer,
en sus hijos y en su pago.

3185/86 Y la idea nos acosaba
de volver a nuestros pagos.

3277/82 Allí pasaba las horas
sin haber naides conmigo,
teniendo a Dios por testigo,
y mis pensamientos fijos,
en mi mujer y mis hijos,
en mi pago y en mi amigo.

Muy lejos de tener Fierro un hondo amor patrio, presenta síntomas indudables de desamor; hasta adhiere al principio del lansquenete apátrida: *ubi bene, ibi patria*¹⁰¹. Así lo apunta por la menos una vez en la *Ida* y otra en la *Vuelta*:

2255/56 Todas las tierras son güenas:
Ida vamóns, amigo Cruz.

4737/38 Donde los vientos me llevan
Vuelta allí estoy como en mi centro

Jamás se le ocurre a Martín Fierro que el enganche obligado a los perversos contingentes es un servicio patriótico; lo ve, simplemente, como un servicio al gobierno:

1337/40 Y se cría viviendo al viento
como oveja sin trasquila.
Mientras su padre en las filas
anda sirviendo al gobierno

¹⁰¹ En donde se está bien, allí está la patria.

No se trata, no, de una expresión aislada; por el contrario, todo el libro está centrado en su declaración del canto 5:

805/10 Aquello no era servicio
ni defender la frontera;
aquello era ratopera
en que solo gana el juerte;
era jugar a la suerte
con una taba culera.

Hernández no se muerde la lengua cuando quiere destacar algo. Y en la *Vuelta*, aprovecha las andanzas de Picardía para señalar crudamente esa falta de patriotismo del gaucho, engendrada en su orfandad en el abuso del régimen político-administrativo:

6021/24 Y ya es tiempo, pienso yo,
de no dar más contingente;
si el Gobierno quiere gente,
que la pague y se acabó.

6029/32 Y digo, aunque no me cuadre
decir lo que naides dijo:
la Provincia es una madre
que no defiende a sus hijos.

6037/40 Y he de decir ansí mismo,
porque de adentro me brota,
que no tiene patriotismo
quien no cuida al compatriota.

6183/86 Y es necesario aguantar
el rigor de su destino:
el gaucho no es argentino
sinó pa hacerlo matar.

Como se ve, ni en el gaucho finisecular, ni en el gaucho de las primeras décadas de nuestro siglo, el pa-

triotismo se destaca como un valor ponderable. Hay, sí, amor a la tierra; pero un amor lejano, nostálgico, que se manifiesta en los momentos de angustiosa soledad. Las circunstancias en que se halla inmerso el gaucho no le incitan, por cierto, a interesarse por lo institucional. Salvo, como insinúa Cruz, que las cosas cambien y se dejen de europeizar a troche y moche:

2041/42 Le advertiré que en mi pago
ya no va quedando un criollo;

2045/46 Porque, amigo, en esta tierra
nunca se acaba el embrollo.

2093/94 Hasta que venga algún criollo
en esta tierra a mandar.

Por este lado hay que buscar, a nuestro juicio, el sentido a la despreocupación del gaucho por todo lo que se relacione con su aparente sumisión respecto del gobierno y su desinterés por la política. No se trata, como cree Lugones¹⁰², de que el gaucho haya aceptado como algo natural "el patrocinio del blanco puro" —con lo que hace al gaucho obligadamente mestizo—, por razón de que "nunca pensaron igualarse política y socialmente con él" y a mérito de que le reconocían "una especie de poder dinástico que residía en su capacidad urbana para el gobierno". Nada de eso. El afrancesado Lugones —cuya mentalidad oligárquico-paternalista le hace suponer que todo gaucho es payador— aprehendió muy poco del sentido de la vida gaucha, en tanto reflexionó sobre ella desde su bufete urbano, limitándose a captar, en sus serranas recorridas, meras formas externas que hirieron su exquisita sensibilidad bucólica. Pero no advirtió que el gaucho se hallaba al margen de lo institu-

¹⁰² LUGONES, LEOPOLDO, *El payador*, con dibujos de Alberto Güiraldes, Buenos Aires, Centurión, 2ª ed. ilustrada, 1944, p. 88.

cional en tanto desdeñaba lo histórico; y las instituciones no son sino corporizaciones formales estabilizadas de fenómenos históricos. El gaucho creía que el gobierno era una cosa que alguien —no importa quién ni cómo— imponía a la fuerza para su mal; y, como ha apuntado Haigh, vivía sin cuidarse del gobierno, que solo representaba para él arbitrariedad, prepotencia y dolo. Los párrafos que hemos transcritos de Picardía, muestran a las claras que Hernández, en su libro didáctico, se propone mostrar al gauchaje que la autoridad administrativa no tiene que ser necesariamente arbitraria, sino que debe respetar el derecho de todos sin exclusiones ni preferencias.

No nos extraña que Lugones haya equivocado el enfoque. Su sincera devoción por lo gaucho chocaba con su mentalidad, y seguía buscando en nuestro siglo aquella estampa gallarda del paisanaje enardecido que inmortalizó en *La guerra gaucha*. Güiraldes, en cambio, está en otra cosa, porque conoce cabalmente a ese gaucho de su época, que convive pacíficamente. Y es en verdad una lástima que Güiraldes no haya indagado más a fondo en la falta de patriotismo de nuestros paisanos. A nuestro juicio, ese fenómeno se hace más comprensible atendiendo al sentido que tenía para el gaucho la palabra *libertad*. Que el gaucho es un fanático de la libertad no parece dudoso; ya lo anotó Hernández:

5061/64 Anduve a mi voluntad
como moro sin señor.
Ese fue el tiempo mejor
que yo he pasado talvez.

También Güiraldes señala ese fanatismo en el riquísimo diálogo de Fabio y Sombra, cuando el muchachito, apenas púber, quiere plegarse al arreo (p. 37):

"—¿Podré dir yo?"

"—Si te manda el patrón.

"—¿Y si no me manda?

"Don Segundo me miró de arriba abajo y sus ojos se detuvieron a la altura de mis tobillos.

"—¿Qué es lo que busca? —pregunté fastidiado por su insistencia.

"—La manea.

"¿Ande la tiene?

"Creiba que te la habías puesto.

"Un momento tardé en darme cuenta de su decir. Cuando comprendí hice lo posible por reírme, aunque me sintiera burlado con justicia."

La palabra libertad suena a cascabeles en los oídos del hombre acostumbrado a poseer lo que quiere a fuerza de coraje y de baquía. Él no se conforma, a la manera del doliente Segismundo, cantando las delicias de la libertad natural mientras la contempla desde su cárcel. El gaucho ama la libertad y se aferra a ella; y la pampa es su aliada silenciosa. Rompe con todo lo que coarta su libertad, y solo se halla en su ambiente cuando doblega a fuerza de voluntad el campo inmenso en donde ejerce su dominio de la libertad.

A nombre de la libertad logró Belgrano en 1812 reclutar las primeras montoneras gauchas que le brindaron el triunfo de Tucumán. A nombre de la libertad, Warnes y Arenales con tropas colecticias enloquecían a Pezuela. A nombre de la libertad fue Güemes señor y caudillo indiscutido del Noroeste. "Libertad" se leía en los pendones de Ibarra, de López, de Quiroga, de Ramírez, de Rosas, y en pos de esos estandartes corrían los gauchos en la creencia de que federalismo y libertad eran sinónimos...

Cuando la oligarquía paternalista levantó las banderas de "Orden y Progreso", semejante postulado no dijo nada al gaucho libertario. Y menos contenido tuvo para el paisano cuando éste advirtió, demasiado pronto, que "constitución" y "organización institucional" solo traían para los gauchos muchas obligaciones y ningún derecho.

Las últimas expresiones de patriotismo libertario se dieron en las huestes de Felipe Varela, los Taboada y López Jordán. Después, los gauchos no entendían qué interés podía tener el gobierno en pelear contra los indios en aras de una ley que a ellos no se les aplicaba más que como castigo, de un orden que pretendía aferrarlos a formas de vida que les eran ajenas y extrañas, y de un progreso que no querían en tanto, para ellos, equivalía a la invasión gringa y el consiguiente arrasamiento de lo gaucho; por eso se hicieron matreros, fieles al espíritu libertario.

Por lo mismo que al gaucho no le importaba el pasado ni el futuro, sino el presente de cada instante, se olvidó de las eventuales glorias de sus mayores y le tuvo sin cuidado el problema institucional, la nacionalidad y la patria. El gaucho vivía en sí y para sí; no por egoísmo, sino por necesidad. Aprendió individualmente a exigir al máximo la voluntad para alcanzar lo que quería. De allí que tampoco rinda culto a los dioses del hogar. Martín Fierro es desamorado, a veces hasta misógino, aunque haya tenido una buena compañera:

93/94 No hago nido en este suelo
ande hay tanto que sufrir.

97/102 Yo no tengo en el amor
quien me venga con querellas,

Güiraldes, por su parte, no nos muestra gauchos enamorados, sin perjuicio de que sean enamoradizos, como el picaflor. La chinita Aurora, lograda simplemente "porque es más juerte", es un amor pasajero, intrascendente (p. 41 y ss.). Cuando el pulpero borracho tiene que doblegarse ante don Segundo, éste comenta a su ahijado: "Pobrecita la señora; seguro. que aura, ese hombre malo le va a encajar una paliza" (p. 166); en alguien habría de caer la demostración fraguada de fuerza, y

nadie mejor que la resignada compañera. En los capítulos XVIII y XIX presenta Güiraldes el romance de Fabio con Paula, que se deshace precisamente porque Paula ejercita su legítimo derecho de ser constante en su principio: "Entoavía no tengo dueño que me ande mandando" (p. 130). La literatura gaucha más legítima no habla de amores enfermizos; ellos aparecen después, con la apología del gaucho. La riquísima obra de Nautes desmerece un poco, precisamente, en la medida en que el autor, cediendo a la moda apoteótica, introduce el chirle romance de *Bicho Moro*.

El respeto hacia la madre —que resalta en *La vuelta de Martín Fierro* pero no en la *Ida*— tampoco se observa como una ferviente muestra de cariño cordial. El gaucho respeta a la madre simplemente porque ésta le dio el ser, sin que ello suponga demasiadas obligaciones. Cuando Fabio, intrigado por su origen, pregunta a don Segundo por su madre, éste se limita a responder: "Como la finada mi madre, ánima bendita". "No pregunté más nada —agrega el muchacho—, pues me pareció que con lo dicho mi madre no podía ser sino una mujer digna de admiración." (p. 178) Tampoco hay hondo vínculo familiar entre hermano y hermana; Patrocinio, hermano de Paula, llama *cuñao* a Fabio, pero se interesa muy poco en lo que su hermana y éste puedan tener entre manos o hacer entre sí. A fin de cuentas, la familia es una institución; y al gaucho le suena feo todo lo que representa rigidez y formas estables. Hernández se ocupó de recomendar la unidad familiar en su famosa estrofa:

7007/12 Los hermanos sean unidos,
porque esa es la ley primera;
tengan unión verdadera
en cualquier tiempo que sea;
porque si entre ellos pelean,
los devoran los de ajuera.

Por lo mismo que el gaucho tiene ansias de dominio y de posesión incondicional, es celoso; pero los celos obedecen más a dignidad pisoteada que a amor fallido: allí está, en Güiraldes, el duelo de Fabio con Numa (p. 134), que no se diferencia mayormente en el fondo con el de Antenor y el forastero (pp. 167-68). El afán posesivo corre parejo al carácter arisco; y a la primera desilusión se cae en una especie de despectiva misoginia, como le ocurrió a Cruz:

1801/12 Es triste a no poder más
el hombre en su padecer,
si no tiene una mujer
que lo ampare y lo consuele;
mas pa que otro se la pele
lo mejor es no tener.

No me gusta que otro gallo
le cacaré a mi gallina.
Yo andaba ya con la espina,
hasta que en una ocasión
lo pillé junto al jogón.
abrazandomé a la china.

1855/56 Es zonzo el cristiano macho
cuando el amor lo domina!

1867/84 Cuando la mula recula,
señal que quiere cociar:
así se suele portar,
aunque ella lo disimula:
recula como la mula
la mujer para olvidar.

Alcé mi poncho y mis prendas
y me largué a padecer
por culpa de una mujer
que quiso engañar a dos;

al rancho le dije *adiós*
para nunca más volver.

Las mujeres desde entonces,
conocí a todas en una.
Ya no he de probar fortuna
con carta tan conocida:
mujer y perra parida
no se me acerca ninguna.

Una forma distinta de celos, pero celos al fin, engendró ese resentimiento y hasta rencor del gaucho contra el gringo, cuya explosión más cruel se dio en la actitud despiadada de los alzados de Tandil en 1872. Martín Fierro no es demasiado amigo de los gringos; por el contrario, destila ojeriza. Y Hernández tampoco se muerde la lengua cuando tiene que decir por qué:

2113/24 Todo se güelven proyotos
de colonias y carriles,
y tirar la plata a miles
en los gringos enganchaos,
mientras al pobre soldao
le pelan la chaucha¹⁰³, ¡ah, viles!

Pero si siguen las cosas
como van hasta el presente,
puede ser que redepente
veamos el campo desierto,
y blanquijando solamente
los güesos de los que han muerto.

2131/42 De los males que sufrimos
hablan mucho los puebleros,

¹⁰³ "Pelar la chaucha", según Saubidet, equivale a sacar el facón. Por tanto, "pelarle la chaucha al soldao" equivale a quitarle lo que es suyo, a dejarlo sin nada, a tenerlo abandonado, desnudo, hambriento e inermis.

pero hacen como los teros
para esconder sus niditos:
en un lao pegan los gritos
y en otros tienen los güevos.

Y se hacen los que no aciertan
a dar con la coyuntura;
mientras al gaucho lo apura
con rigor la autoridá,
ellos a la enfermedad
le están errando la cura.

El gaucho de Hernández, pues, se ve desplazado, minusvalorado, mientras observa que al gringo se lo protege y sobrevalora; se siente pisoteado y responde con su resentimiento y su inquina contra el intruso que viene a disputarle la posesión de la pampa. Pero el gaucho que conoció Güiraldes ya no tiene esos problemas que afligían a los contemporáneos de Hernández. Al fin y al cabo, el gringo se ocupó de cosas muy distintas de las suyas. El gringo era inútil para las faenas gauchas; y el gaucho advirtió que él era inútil para las tareas gringas. Cada uno se quedó en lo suyo, y ambos vivieron en las zonas rurales, compartiendo la pampa y sin rivalizar. Tal convivencia se ve bien en la obra de Güiraldes: Gambutti es comerciante; Porró, relojero; Culasso, un colono desvergonzado; Salomovich, un proxeneta; Manzoni, un molinero (pp. 13-15); un inglés acriollado, Jeremías, hacía de capataz en la adelantada estancia de Galván, y sus modos, costumbres y vocabulario eran ya gauchos (pp. 27-28). El gringuerío participaba tranquilo en los bailes danzando a saltitos (pp. 75-76), al compás de dos guitarras... y un acordeón (p. 69). Los inmigrantes concurrían a las pulperías y diversiones, en donde no se metían con nadie y estaban en paz (pp. 86 y 176). En las ferias de ganado, los "ingleses de los frigoríficos, afeitados, rojos y gordos como frailes bien comidos", andaban entre el paisanaje "montados en caba-

llos de los peones" (p. 94). Y no faltaba en las cuadre-
ras algún gringo que "había instalado una carpa con
comida, masas y beberaje", que alternaba pacífico con
la china pastelera, un viejo vendedor de rifas y algún
'mamao' trashumante (p. 139).

Esta convivencia se da, precisamente, porque tam-
bién va desapareciendo de la campaña la antojadiza y
violenta crueldad de la 'autoridad' respecto del gaucho,
y éste va teniendo conciencia de sus derechos ciudada-
nos. En sus tiempos mozos, Don Segundo Sombra había
tenido "una mala partida con la policía" (p. 19), aunque
ahora vive en paz. Pero cuando el milico quiere apu-
rarlo y llevarlo preso 'en averiguación', no se deja poner
la mano encima aduciendo que "dende el año pasado"
sabe "andar solito". Al comisario lo trata con sorna más
o menos sobradora —no exenta de respetuosa formali-
dad exterior—, y sale airoso al cabo de ese episodio en
el que no falta el gesto arbitrario, sí, y hasta prepotente
del mandamás, pero se ha eliminado el toque canallesco
de antaño (pp. 91-93). La desconfianza del gaucho hacia
la autoridad administrativa sigue en pie; pero ahora con-
sidera que la policía y demás instituciones son males
necesarios, como lo son también los abogados, procura-
dores, médicos... en una palabra, "todos los que son
autoridá y viven de la desgracia y vicios de la gente".
Así lo asienta cuando relata (p. 153) el cuento del viejo
Miseria, que nunca quiso ser recibido en el cielo, ni en
el purgatorio, ni en el infierno, y anda suelto por el
mundo...

Sin duda, Hernández enseñó mucho al gaucho con
la *Vuelta*; y el gaucho aprovechó muchas de sus ense-
ñanzas; pero no todas. Hernández no pudo romper —a
pesar de cuanto dijo a manera de consejo y de cuanto
ironizó en su poema didáctico sobre la ingenua credu-
lidad del gaucho— ese hondo espíritu supersticioso de
nuestros paisanos. Hay en ellos conflictos muy signifi-
cativos de religión y superchería milagrera, que Güiral-
des apunta señaladamente. Todos los relatos que don

Segundo desgrana junto al fogón están colmados de apare-
cidos y de magia; y el gauchaje los cree a pie juntillas,
y a pesar de su temeridad llega a sentir miedo de todo
aquello que considera relacionado con fenómenos esoté-
ricos. El gaucho de nuestro siglo sigue siendo, en este
sentido, tan crédulo como el que conoció Ventura R.
Lynch. Lo declara olímpicamente Fabio Cáceres: "Se-
guía yo siendo de día un paisanito corajudo y levantisco,
sin temores ante los riesgos del trabajo; pero la noche
se poblaba ya para mí de figuras extrañas y una luz
mala, una sombra o un grito me traían a la imaginación
escenas de embrujados por magias negras o magias blan-
cas" (p. 66). El terror ante lo ignoto es, quizá, lo que
sustenta más firmemente la confianza del gaucho en la
divinidad, pues, entendiéndola omnisciente, omnipotente
y omnipresente, busca en su amparo protección contra
todo lo que supone obra satánica, incluido el azar. En
el capítulo XV queda patentizado el uso mágico de la
fe religiosa, a propósito de las alucinaciones de don Sixto,
ese hombre angustiado y atormentado por la enferme-
dad de su hijo, que a medianoche lanza puntazos al vacío
peleando con la Muerte que quiere robárselo. Y mientras
Fabio, aterrado, mudo, inmóvil, contempla la borrosa
escena parapsicológica, don Segundo, no menos aterrado
pero sereno, desafía al Diablo con las palabras mágicas:
"Nómbrese a Dios". Y roto para él el encanto satánico,
toma del brazo al hombre, lo sosiega y vuelve la calma
al lugar (pp. 102-103).

Idéntico valor mágico tienen para el paisano las
expresiones "si Dios quiere" y "Ave María Purísima",
fórmulas estereotipadas en nuestra campaña como salva-
guarda respecto de lo fortuito o lo imprevisible. Aun vive
en General Pirán (Buenos Aires), como gloria de la es-
tancia La Vanguardia, el viejo criollo don Florencio Ba-
rrera, gaucho como el mejor, pampeano como el ombú,
fuerte y bravío con su carga de años, que sigue valién-
dose de la expresión de don Segundo, plena de honda
fe cristiana, cada vez que necesita buscar un amparo

mágico en su actividad cotidiana. Así, verbigracia, en el momento de montar un bagual, cuando se lanza a la aventura del dominio del bruto, enhorquetado ya sobre el lomo arisco, repite sentencioso: "Nómbrese a Dios y San Felipe y Santiago. Dios por delante y yo atrás de él". Y enseguida agrega la esperada voz de mando: "¡Larguenmeló!"

Para dar fin al tratamiento de este párrafo referido al gaucho peón de estancia que vive en paz con la ley y el gringo, conviene atender a la ya anotada aseveración de Lucio V. Mansilla, referente a que el paisano gaucho se diferencia del gaucho en que el primero trata de imitar al pueblero en sus vestimentas, mientras el segundo se solaza ante los lujos de las espuelas, el chapecado, el tirador, el poncho, los avíos de su apero. Aquí la farolería clasista de Mansilla llega hasta el extremo de subvertir una realidad palpable en un ensueño utópico, que en buena medida concurre a desvirtuar, por antojadiza, esa pretendida diferenciación de cualidad y ser que emerge del uso discriminado de la palabra *gaucho*, como adjetivo en un caso y como sustantivo en otro.

Dejemos ahora de lado a Hernández, pues su gaucho se hizo matrero; y alguien podría argüir que su amor por las pilchas deriva de su matrerismo esencial. Pero suponemos que a nadie —ni siquiera a Mansilla— se le podría ocurrir la peregrina idea de que Fabio Cáceres tiene alma de matrero. Si aceptamos por un momento las nomenclaturas de Mansilla, Fabio es paisano gaucho desde la cabeza hasta los pies, en cuerpo y alma. Y a este paisanito criollo como el caracú le preocupan sus pilchas desde el mismísimo momento en que decide hacerse hombre de campo, huyendo de la casa de sus tías. Sin avíos camperos, se sentía desnudo: "Al tanteo extraje de bajo el lecho un par de botitas raídas. Junto a ellas coloqué riendas y bozal. Encima tiré el cariñoso poncho, [...] y unas escasas mudas de ropa. [...] Era difícil encontrar las desparramadas pilchas de mi recadito, pero por suerte tenía en mis bolsillos una caja de

fósforos. A la luz insegura de la pequeña llama, pude juntar matras, carona, bastos, pellón, sobrepuestos y pegual. Ajustado el todo con la cincha, me eché el bulto al hombro, volviendo a mi cuarto, donde agregué mis nuevos haberes al poncho, las botas y las riendas" (p. 25). Más adelante, después de cobrar su primer sueldo de 25 pesos como mensual, reflexiona sobre su situación: "¿Qué más quería? Tres petisos, de los cuales uno chúcaro que podía reservarme una mala sorpresa, es cierto; recado completo con su juego de riendas y bozal, su manea, lonjas y tientos; ropa para mudarme en caso de mojadura y buen poncho que es cobija, abrigo e impermeable" (p. 42). Y apunta luego que con eso tenía "los haberes necesarios del buen gaucho" (p. 46). Por si quedara duda de la atracción hasta angustiada de este paisanito por cuanto tuviera que ver con los avíos gauchos, allí está ese párrafo referido a la feria: "La peonada que llevaba y traía los lotes era numerosa, y, tanto entre ella como entre los peones de las estancias, se veían paisanos lujosos en sus aperos y su vestuario. ¡Qué facones, tiradores y rastras! ¡Qué cabezadas, bozales, estribos y espuelas! ¡Si ya me estaba doliendo la plata en el tirador!" (p. 93).

Fabio Cáceres se encandila ante los primores gauchos que ostentaban orgullosamente estos peones. Atiéndase y entiéndase bien: *peones*, reseros los unos, mensuales los otros. ¿Sería capaz Mansilla de aseverar que, porque lucían ostentosamente sus prendas domingueras, esos laboriosos peones de estancia eran matreros? . . . No, al gaucho le gustaba y le gusta lucir sus pilchas macucas, por la misma razón que a nosotros nos gusta vestirnos elegantemente cuando queremos floearnos en cualquier parte. Curioso es que no percibiera una cosa tan simple esé *dandy* de Mansilla, que no se sacaba los guantes ni entre los indios para no arruinarse sus arregladas manos, y que en los salones porteños sobresalía siempre por su impecable elegancia. En verdad, no es tan curioso: como buen miembro conspicuo de la *élite*, estaba

convencido de que el humanísimo placer de 'aparentar' era un derecho inherente a su clase y exclusivo de ella...

Malgrado lo que creyera Mansilla, el paisano gaucho es gaucho; y es gaucho precisamente porque tiene las virtudes de Camilo Arias y los defectos de Manuel Alfonso, conjugados en Martín Fierro. Y el peón de estancia de 1930 sigue siendo tan paisano y tan gaucho como Bicho Moro, don Segundo Sombra y Florencio Barrera, en tanto ser gaucho no significa pertenecer a una raza ni a una época, sino poseer una peculiar mentalidad.

5. *La apoteosis del gaucho.*

La obra de Güiraldes apareció 47 años después de la primera edición de *La vuelta de Martín Fierro*. Y han transcurrido 38 años desde que salió a luz *Don Segundo Sombra*. Estos 38 años están signados por la mecanización. Automóviles, camiones, tractores, sembradoras, segadoras, arados complejos, ordeñadoras múltiples y decenas de otros aparatos mecánicos han invadido nuestros campos y modificado consecuentemente la actividad campera. Muchas grandes estancias de antaño se han subdividido, las colonias han proliferado notablemente... y se habla cada vez con mayor insistencia de la necesidad de una reforma agraria.

Algo parecido a lo que ocurrió a los directores de la oligarquía paternalista, está ocurriendo ahora a algunos político-sociólogo-economistas que suponen gratuitamente como realizado mucho de lo que aspiran realizar en un futuro, próximo o lejano, pero futuro al fin. Y ese futuro-presente supone una campaña sin latifundios, con la consiguiente eliminación de grandes peonadas aquerenciadas en viejas estancias y paralela organización sindical del paisanaje. No importa ahora si eso es bueno o malo, mejor o peor. Al historiador le tiene sin cuidado lo que vaya a ocurrir. Pero debe ocuparse sin duda de lo que ocurre, comprendiendo lo que ha ocurrido.

Hacemos estas reflexiones a la vista de una valiosa obra de Gastón Gori¹⁰⁴, quien se refiere a la "forzada permanencia del gaucho", al que considera "un tipo de hombre de campo irremisiblemente sepultado en la historia". A propósito, estimamos que otra vez la falla metodológica en la investigación lleva a errores de interpretación y síntesis. Si el propósito es tipificar, y si por tipo ha de entenderse, para el caso del gaucho, la media normal correspondiente a la época de Hernández, tal vez sea lícito decir, con Gori, que ese tipo pertenece a un pasado irreversible. Pero en la historia, o sea en la vida, no se dan arquetipos; ellos son artificios que creamos mediante abstracciones formuladas *a posteriori* (las *a priori* ni se atienden, porque son aberrantes). En la realidad vital de todos los días hay, sí, mentalidades dinámicas que se adecuan de continuo a cada situación. Y el gaucho es una mentalidad, una conciencia colectiva que se desenvuelve en la vida cotidiana, adecuándose momento tras momento a cada situación peculiar. La historia científica de hoy desdeña los tipos, porque ha descubierto sus fallas radicales, y se preocupa por aprehender las mentalidades a través de sucesivas situaciones mentales vinculadas por sendas coyunturas, de manera que cada situación mental se hace comprensible en razón de sus relaciones múltiples con otras situaciones, dando por resultado una estructura unitaria y coherente en donde las partes cobran sentido con referencia al todo. Así, antes de hacer hoy afirmaciones tan categóricas sobre la definitiva desaparición del gaucho, conviene observar si perviven o no los rasgos gauchos estructurales que sustentan la actividad cotidiana y vital de nuestros hombres de campo. Además, debe tenerse en cuenta que la circunstancia de ser *menos* no supone gratuitamente el evento de ser *nada*. El mismo Gori advierte que "la supervivencia de problemas irresueltos permite aún que

¹⁰⁴ GORI, GASTÓN, *La pampa sin gauchos*, Buenos Aires, Raigal, 1952, *vide* capítulo XVII, y especialmente pp. 93 y 95.

gaucho y enorme extensión del territorio bajo el dominio de unos pocos dueños sean ideas que se asocien, por fuerza de la naturaleza de ambas cosas". Y en esta expresión el autor, quizá sin quererlo, está probando, contra su tesis, que la supuesta *nada* que sueña para un futuro que cree presente, se resuelve en un *menos* que se da positivamente en la realidad concreta y actual.

A quien analice la realidad presente sin visiones de futuro y sin intenciones extrahistóricas, le tiene sin cuidado advertir que todavía hay gauchos cuya "neta configuración individualista contradice el concepto moderno del hombre en la sociedad y en los hechos ya producidos en nuestro corpus nacional"; y tampoco se inquieta porque la calidad de gaucho sea de "ilógica permanencia". El historiador está demasiado acostumbrado a no creer que en la realidad se dan solo cosas lógicas, al extremo de que continuamente debe revisar sus conclusiones teóricas, ya que muy a menudo comprueba que se ha ceñido con excesivo rigor a una racionalidad lógica desmentida por la cruda realidad.

Quizá tenga razón Gori cuando señala que el intento tendiente a mantener en la conciencia popular la noción de pervivencia del gaucho, obedece a que "los ribetes de esa figura son, en otro orden de asuntos, algo así como las puntas de problemas que no se han resuelto desde la época en que se plantearan en el escenario pastoril donde surgieran las acuciosas preocupaciones nacionales". Debíó haber advertido, sin embargo, este sagaz autor, que, en cualquier orden de asuntos —porque la historia tiene solo un orden de asuntos, que es la vida—, la circunstancia de que subsistan situaciones no resueltas está señalando, precisamente, la existencia de una realidad que el historiador debe enfrentar como es, y no como desearía que fuera en un futuro que, de tanto desearlo, se supone presente ¹⁰⁵.

¹⁰⁵ Hemos querido formular las precedentes observaciones refiriéndonos solo a la obra de Gori porque, repetimos, ponderamos su

Por nuestra parte, da lo mismo que el gaucho exista o no exista. Pero el historiador no puede sustraerse a la necesidad de asir la realidad viva de nuestra campaña actual. Esto, por cierto, nos impulsa a enfrentar el problema que más incita al historiador moderno: el aquí y ahora. Semejante estudio supondría salirnos del tema que nos hemos propuesto desarrollar; y debemos otra vez conformarnos con la resignada expresión de Kipling: "Ésas son otras historias"...

Nuestro problema termina en 1930, cuando todavía la mecanización no ha invadido enteramente nuestra campaña. Apenas unos pocos tractores Allis Chalmers y Otto Deutz rivalizaban entonces en fuerza con los percheros, y el *fortucho* comenzaba a aventurarse con espíritu progresista por esos caminos de Dios: el Ford T, el Chevrolet, el Rugby y otros automotores 'primitivos' lanzábanse a disputar quijotesca la hegemonía de la huella que, por entonces, era aún del dominio del carro, la diligencia, el *tilbury*, el *sulky* y el *charrier*...

Vuélvase a repasar los mapas de ferrocarriles y caminos, y piénsese un instante en las posibilidades efectivas de circulación interna. Solo reseros curtidos como don Segundo podían llevar tropas por esos caminos intrasitables o a campo traviesa, hasta alcanzar las cabeceras ferroviarias; solo hombres de a caballo como Simón Corvalán, el *Bicho Moro*, podían bregar con el ganado en las pampas inmensas y en las ferias bulliciosas; solo manos firmes de avezados conductores como Eleuterio Medina podían movilizar los vehículos arrastrados por caballos y mulas, y enseñar a estas bestias a tirar de la máquina agrícola; solo seres curtidos y jinetes como Florencio Barrera podían recorrer de continuo las líneas de alambre, llevando en el apero la californiana y el perno

valor. Sería inútil distraernos en apreciaciones sobre supuestas 'verdades' que algunos autores han asentado sobre el particular con supina irresponsabilidad.

para anudar y estirar los hilos rotos. Y en tanto esos hombres hacían vida gaucha, se comportaban como gauchos y pensaban como gauchos, eran gauchos a pesar de la maquinaria agrícola, el alambre de púa, el fortacho, el telégrafo y el tren.

Sí; en 1930 hay gauchos. ¡Vaya si hay gauchos!... Los recuerdos personales obligan ahora a un paréntesis emotivo, quizá íntimo, pero fecundo. ¡Cuántas veces en mis queridas sierras de Córdoba he oído a don Anastasio Figueroa contar cuentos de aparecidos, mientras doña Manuela, su mujer, miraba temerosa hacia el derruido cementerio de campaña que blanqueaba hacia el Sur! ¡Cuántas veces don Mateo y don Segundo —amigos como Fierro y Cruz—, cuando pasaba frente al rancho miserable en que vivían, me daban charla y ofreciéndome un mate contaban aventuras de sus épocas mozas, mientras yo, chiquilín pueblero, miraba embobado y envidioso las miserias de sus catres de tientos y las guascas amontonadas en un rincón! ¡Con qué infantil curiosidad y alborozo concurría a las yerras de la Estancia Causana! ¡Cómo olvidar a don José Zacarías, entrerriano domador, guitarrero, peleador y bocasucia, pero noble como el Cid y fuerte como el quebracho... aunque a veces lo vencieran las copas en algún boliche de La Calera! Tampoco me olvido de don Luis Cabrera, que, según mi padre, llevaba muy lejos la cachaza cordobesa y pecaba de dejado; ni del peoncito Andrés (¿tendría apellido?) que me enseñaba a palenquear y a domar de abajo los potrillos chúcaros; ni de don Luis Guzmán, cuyo facón con S me fascinaba, que se reía con ganas viéndome ensayar tímidas domas con montura inglesa; ni de mi lejano pariente don Justo Ceballos, criollo de ley que se persignaba respetuoso cada vez que llegaba al paraje, cercano a su casa, en donde habían asesinado un hombre... y prefería no pasar jamás por allí de noche... Cerremos ya el paréntesis; no vale la pena recordar más la lejana infancia. Pero sí vale la pena señalar que esos paisanos eran gauchos con todas las letras: actua-

ban como gauchos, vivían como gauchos, pensaban como gauchos y se decían a sí mismos gauchos, aunque unos fueran puesteros del gringo Velucchi u otros peones del capataz Gaspar Pandurich...

Pero ocurría, además, algo notable: Mateo Pandurich, el hijo menor de don Gaspar, chiquillo de mi edad con el que a diario vagaba por entre los cerros de La Estanzuela, llamaba peyorativamente gringos a sus padres y a su hermano mayor Antonio; y les tomaba el pelo porque apenas balbuceaban nuestra lengua y les costaba adecuarse a las modalidades del ámbito campero. Sin duda, Mateo, pese a su origen yugoslavo, iba aprehendiendo poco a poco la mentalidad gaucha; y se jactaba de ello, aunque yo me complaciera, con la habitual crueldad infantil, señalándole a cada paso esta o aquella característica que denunciaba a las claras su calidad de gringo. Y Antonio, con su pelo rubicundo y sus ojos glaucos, terminó aprendiendo a domar a fuerza de voluntad... y de golpes. La vida entre los paisanos cordobeses iba mordiendo en esos gringos esforzados que querían agaucharse.

No hay mayores diferencias entre los serranos del Valle de Punilla y los paisanos sureros. Hace 23 años publicó Menvielle su difundida composición *Los Medina*, en donde pinta las actividades del paisanaje a propósito de los muchos hermanos que componen la familia ¹⁰⁶. Cirilo, el hermano mayor, andaba trabajando en la esquila y era un poco pendenciero; Belisario era un domador de fama; Zoilo, Eulogio y Azuceno trabajaban cumplidamente como reseros, y Mariano se perdió por culpa de una mujer y murió borracho en un boliche; Eleuterio, ahora ciego, fue en sus mocedades ponderado conductor

¹⁰⁶ MENVIELLE, OMAR J., *Album gaucha*, con dibujos de Jorge D. Campos, Buenos Aires, Huemul, 1941, pp. 31-41. Estas décimas fueron reproducidas, con otras composiciones camperas, por el mismo autor, en su libro *Relinchos*, con dibujos de E. Marengo, Buenos Aires, s/e [impreso en Cadel], 1962, pp. 73-77.

de galeras. Y el que relata la historia familiar, criado "al descuido como guacho en la cocina", aunque no lo dice expresamente, se desempeñaba como mensual en la estancia de doña Veneranda Altamirano, haciendo un poco de todo: Y valga la última décima, como remate del alma paisana:

Aura tienen bien pintáo
quienes somos los Medina,
gauchos parejos ansina
(perdonen si he ponderiáo).
Gente criolla, que ha llegáo
a pagos de toda laya,
amistá que nunca falla,
mano gaucha sin traición,
entraña de un corazón,
de otros tiempos... ¡ah, malhaya!

Las tareas que describe Menvielle son las mismas que aparecen en *Don Segundo Sombra*, las mismas que realizaban los serranos gauchos en nuestra infancia. Y para llevar a cabo esos menesteres se necesita conocimiento del campo, dominio de las bestias, baquía ecuestre. Nada de eso se aprende en las colonias agrícolas ni en las cosmopolitas urbes industrializadas. Son tareas camperas que solo las sabe realizar el gaucho.

Ya hemos señalado que, hacia 1890, se intensifica la escisión dentro de la oligarquía paternalista, manifestándose claramente esa quiebra en 1912. Esto no está referido solo a lo político. Hay un nuevo enfoque de la realidad que con los años va haciéndose carne en un importante sector de la *élite* volcado hacia el nacionalismo. Los conflictos sociales que explotaron en la segunda presidencia de Roca fueron fácilmente cargados a los "indeseables extranjeros anarquistas", y eso dio origen a la ley de residencia n° 4144, del 22 de noviembre de 1902. Pero tales conflictos obligaron a pensar más en el presente concreto que en el futuro inasible. Y se

advirtió, así, que había un pueblo real con necesidades e inquietudes también reales, muy distinto de ese pueblo ficticio que servía para hablar mucho de democracia y de libertad, pero que hasta entonces era una especie de ente lequía que muy pocos se habían ocupado en tocar.

Cuando se palpó la realidad de ese pueblo se advirtieron dos cosas: por una parte, que había más paisanos de lo que se suponía; y por otra, que esos paisanos hasta entonces estaban bastante tranquilos y no participaban de los conflictos promovidos en las ciudades bajo la dirección de inmigrantes. Entonces se recurrió al expediente doctrinario que Mitre había postulado a su hora: ponderar los valores nativos como vínculo de cohesión nacional. Y se batió el parche de la tradición, ya golpeado por Joaquín V. González en 1888, cuando publicó *La tradición nacional*. Pero ahora interesaba menos el paisaje que el hombre, y se advirtió que el personaje tradicional por antonomasia era el gaucho. Entonces comenzó su apoteosis, con apoyo oficial.

Índice elocuente de este cambio de enfoque es lo que ocurrió con los planes de enseñanza¹⁰⁷. En 1865, una comisión especial, hondamente influenciada por el pensamiento de Amadeo Jacques, proyectó un plan para el Colegio Nacional de Buenos Aires. Allí se atendía, por supuesto, a la historia, imponiéndose en los seis años que duraba el período secundario. Véase ese plan:

1er año: Historia del Descubrimiento de América y del Territorio del antiguo virreinato de Buenos Aires.

2º año: Historia moderna y de la Edad Media.

3er. año: Historia romana.

4º año: Historia griega.

5º año: Historia antigua.

6º año: Revista general y filosofía de la historia.

¹⁰⁷ Cf. GIANELLO, LEONCIO, *La enseñanza de la historia en la Argentina*. México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1951.

Como se ve, el egresado del célebre Colegio Nacional salía sin tener la menor noticia del mundo contemporáneo, y menos que nada de lo que luego se dio en llamar 'historia patria'. Aquí quedaban marginados los San Martín, los Belgrano, los Moreno, los Rivadavia, los Dorrego, los Paz, los Lavalle, los Quiroga, los Rosas y los Urquiza. Había que europeizar, y no interesaba la revolución de Mayo, y la Asamblea del año XIII, el Congreso de Tucumán, el Tratado del Pilar, la Liga Unitaria, el Pacto Federal... Había que importar todo de Europa, incluso las instituciones; ya habría tiempo de "llenar" lo institucional de contenidos históricos *ad usum Delphini*.

Pero en el año 1903 Juan R. Fernández estructuró la segunda enseñanza. Y entonces dio gran importancia a historia americana y argentina, historia contemporánea, instrucción cívica y derecho usual de la República, estimando que con todo eso debidamente dosificado y administrado se lograría formar "al ciudadano argentino en el pleno conocimiento de su Patria y de la vinculación de ésta con las demás naciones". De allí en adelante comenzó a asignarse "una fuerte tónica nacional al contenido de la enseñanza y a su orientación", tónica que culminó en 1934, con el plan del profesor Juan Mantovani apoyado por el ministro Iriondo, según nos informa Gianello. Esto se confirma con las lecturas que se recomiendan en 1920, entre las que anotamos: *Episodios nacionales* de Espora; *Leyendas argentinas* de Elflein, y *Tradiciones argentinas* de Pastor Obligado. Téngase en cuenta que en esas obras se hace referencia al gaucho patriota, a esos paisanos que con Belgrano, Güemes y San Martín lucharon heroicamente en las guerras de la Independencia.

La apoteosis del gaucho apuntó al aspecto heroico, destacando su contribución de valor y sangre en las gestas gloriosas del siglo anterior, porque ése era el aspecto que convenía para la sustentación del vínculo de nacionalidad. Por supuesto, no cabía hacer referencia al gau-

cho del momento: como se ha visto ya, ese gaucho no tenía nada de patriota. De allí que se insistiera en la "desaparición" del gaucho, refiriéndose a él con tono nostálgico y hasta apenado; y pulularon las composiciones en prosa y verso referidas a aquellos gauchos de antaño, soldados bravíos que dieron horas gloriosas a la patria. Las ediciones de libros más o menos gauchescos de la década 1920-1930, ostentan normalmente en la cubierta dibujos alegóricos de granaderos, banderas, sables, fusiles, lanzas, cornetas, tambores o cargas de caballería...

Hay unas octavas de Higinio C. Cazón (muerto en 1915) que muestran a las claras ese afán apoteótico, hasta el extremo de valerse del mismísimo Sarmiento como ponderador de las bondades gauchas:

Del gaucho, ¡ya ni recuerdo
de ese tipo va quedando!
Todos se van acabando
como una raza maldita.
Darle honor se necesita
porque el paisano luchó
y toda su sangre dio
por esta tierra bendita.

Sigue luego el poemita señalando las heroicidades de los gauchos de Güemes, del paisanaje entrerriano, y de los hombres que cruzaron la Cordillera y vencieron bajo el amparo de San Martín, destacando también que fueron gauchos los que pelearon contra los indios pampas. Y en el colmo de la exaltación, apunta:

Vean los hechos nacionales,
busquen un hecho de guerra,
que no esté representado
el paisano de esta tierra.
Es el primero en la guerra,
Sarmiento, solía decir:

“El último en recompensas
y el duro para morir”¹⁰⁸.

Con la apoteosis surgió también la apología, creándose hasta una doctrina gauchesca reflejada en la revista *Martín Fierro*. Y también contribuyó, a su manera, la fanfarronería porteña en esta exaltación patrioter del gaucho: nada hay tan contrario a la modalidad habitual del paisano de esa época, como las composiciones patriótico-traditionalistas que tan a menudo agregaba Gardel a su repertorio esencialmente tanguero. Quizá también por influencia del tango porteño los payadores orilleros, encabezados por Betinoti, Bianco, Caggiano y otros (no todos de apellido italiano), comenzaron a componer tristes trovas de amores fallidos, de idilios inocentes, de madres abandonadas, que se aplicaron gratuitamente al gaucho. Y en este masacote de subversiones antojadizas, parientas todas entre sí y tan bastardas como el gauchoocoliche de Podestá, se conformó un gaucho radicalmente artificial, caracterizado como guerrero incansable y heroico, esposo tierno, hijo ejemplar, padre amantísimo, prudente, medido, trabajador intenso, desinteresado hasta la santidad, frenético de patriotismo, respetuoso de la mujer, de pautas morales inflexibles. Se invirtió, así, 180 grados el gaucho delincuente que veía la generación del 80. Y es tan falso el uno como el otro.

Tales son los arquetipos que se suponen desaparecidos. No es que hayan desaparecido: no existieron jamás. En 1930, el gaucho subsiste al margen de la apología y el menoscabo, sin necesitar del lamento ni de la apoteosis para vivir su vida auténtica, y aunque haya cambiado la bota de potro por la alpargata y use la cómoda bombacha inglesa en vez del chiripá y el canzoncillo. Subsiste en tanto pervive la mentalidad gaucha, la forma de vida, los modos de actuación. La definición de Saubidet sigue en pie, sin ese especificativo equívoco de ‘tipo

étnico’. En 1930, el campesino rioplatense diestro en el dominio del caballo y, por excelencia, en el trabajo de ganadería, sigue siendo, no más gaucho, porque sigue teniendo mentalidad de gaucho. Y ese gaucho cuida y guarda y asegura la producción ganadera, fuente del 50 por ciento de la riqueza nacional.

Aunque crea lo contrario la literatura apologética y la peyorativa, el hombre de campo argentino no fue desplazado y anulado por la ola inmigratoria, ni se convirtió en un resentido social por falta de adecuación ante las nuevas condiciones ambientales. La ganadería exigió la presencia y la acción de esos paisanos, diestros jinetes, hábiles reseros, expertos desolladores, fuertes conductores, eficientes pastores, irremplazables peones de estancia; y el gringo no podía satisfacer debidamente esa demanda de mano de obra. El tan desacreditado elemento criollo aportó una destacada colaboración al desarrollo y mejoramiento de la explotación ganadera, base de nuestra economía exportadora por muchas décadas. La tan dramatizada “desaparición del gaucho”, tras las campañas contra el indio, ha subvertido la perspectiva: desapareció el matrero, no el gaucho. Por el contrario, éste desarrolló desde entonces, como peón de estancia, una positiva acción laboral. La fácil dicotomía sarmientina se hace de difícil aceptación, pues la “campaña bárbara”, ganadera y gaucha, sabía aprovechar los beneficios naturales y creaba riqueza, sin perjuicio de que también la ciudad realizara su obra civilizadora.

¹⁰⁸ Tomado de LÓPEZ OSORNIO, M. A.: *Oro nativo*, pp. 228-229.